57%
1
248
-2
EN LAS
REDES
DEL
MIEDO
NANDO LÓPEZ
13

Una noche de junio, apenas unos días antes del final de curso, se declara un incendio en el Valdés, el instituto donde estudian Laia y Joel. Juntos han construido una estrecha amistad gracias a las redes, donde guardan más heridas y secretos de los que su entorno puede imaginar. Pero todo cambia cuando Laia, preocupada el silencio de Joel, decide salir en su busca: ¿y si fuera una de las víctimas que, según se cuenta en Twitter, han hallado en el fuego? Ya nada volverá a ser igual tras esa madrugada que amenaza con sacar su pasado a la luz. Esa madrugada en la que ambos deberán enfrentarse a quienes son si quieren tener una oportunidad de salvarse de las llamas que amenazan, dentro y fuera de las redes, con devorarlo todo.

Nando López

En las redes del miedo

Título original: *En las redes del miedo*
Fernando J. Lopez, 2019
Diseño de cubierta: Eduardo Nacarino

-

Revisión: 1.0
23/12/2020

caulfield_is_back

caulfield_is_back ¿Y si fuera tan fácil...?

1

Ya son casi las doce y, como todas las malditas noches de junio en los últimos años, estoy encerrada en casa, intentando memorizar cientos de datos estúpidos para un examen, hasta que las sirenas y el ruido de la calle me interrumpen.

Abandono los apuntes, resignada a que jamás conseguiré hacerme con ellos, y me asomo a la ventana para averiguar qué sucede. Abajo, en mi portal, comienzan a reunirse algunos vecinos con esa misma intención. Desde aquí no puedo oírlos bien, así que recurro al móvil para informarme.

El InstaStories de la gente de mi clase está lleno de imágenes del incendio que, según parece, acaba de producirse en nuestro instituto. Alguien ha empezado a postear fotos con #ArdeElValdés, y el resto lo ha seguido inmediatamente, así que a lo mejor acabamos convirtiendo en *trending topic* este triste punto y final para uno de los peores cursos que recuerdo. Despedir junio con un fuego que, según veo en los vídeos, ha devorado el módulo donde se encuentra el gimnasio, es una forma tan pésima como coherente de acabar este curso.

Pienso si debo o no bajar yo también, si quiero acercarme hasta el edificio para enterarme algo mejor de lo que ha sucedido e incluso si tengo que seguir estudiando para un examen que, después de esto, quizá se suspenda. Imagino que la policía y los bomberos habrán acordonado la zona y dudo que nos dejen pasar. Además, tampoco sé si quiero ver a quienes andarán por allí ahora mismo.

Entre los tuits y los pies de foto del Insta, #ArdeElValdés se hace cada vez más popular, incluso entre gente que no estudia con nosotros, pero que sí se imaginan lo que pasaría si su instituto se incendiara en plena semana de exámenes.

«Qué suerte, ¿no? Me pido uno igual en el mío. #ArdeElValdés».

«Siempre dije que este insti era un infierno #ArdeElValdés».

«¿Y ahora qué hacemos con el baile de graduación? #ArdeElValdés».

Confieso que, en medio de las bromas macarras y de algún que otro *selfie* que, la verdad, no entiendo, yo también lo he pensado. Qué hacemos con el baile de la semana que viene… Pero no con interrogaciones, sino con alivio. Que no se celebre esa americanada que se les había ocurrido hacer este año es una gran noticia. Al menos para mí. Con que nos graduemos, nos den el diploma o lo que nos tengan que dar y nos dejen salir de una vez, ya me conformo. Solo tengo ganas de dejar esto atrás, de salir de este lugar donde todo se me hace pequeño, minúsculo, donde siento que en vez de diecisiete sigo teniendo nueve, diez, once años, porque todo sigue bajo el mismo control, bajo esa continua vigilancia que te impide tomar tus decisiones. No necesito que nadie organice un baile ni una fiesta ridícula, lo único que quiero es que me digan que ya se ha terminado, que no voy a tener que convivir más entre estas cuatro paredes con gente con la que, al menos este curso, he sentido que no tenía absolutamente nada que ver.

Menos con Joel, claro. Con Joel es diferente.

Aunque el tema del baile haya provocado cierta tensión entre los dos y todavía no esté segura de que Joel me haya entendido. Porque mi respuesta a su pregunta no tenía que ver con él, ni con un posible nosotros. Mi respuesta solo era la consecuencia lógica de mis miedos, la necesidad de controlar las voces que vuelven a mí cuando menos me lo espero. Pero eso es algo que no sé si he sabido explicar. O si ha sido él quien no lo ha sabido comprender.

Ahora mismo, es el único que no tiene imágenes del fuego en su cuenta. El resto de nuestros compañeros han corrido hasta el Valdés y los que viven más lejos están reposteando las fotografías de los que sí están. Como la mayoría estamos suscritos en Twitter a @lxsdelValdés, todos recibimos la misma información de lo que está ocurriendo allí. Nunca hemos sabido quién o quiénes se ocultan tras esa cuenta, aunque sospechamos que cada curso es un grupo diferente de gente de 2.º de Bachillerato que, tras recibir el testigo de la anterior promoción, se erigen de manera espontánea en portavoces extraoficiales de la vida en el centro. Juraría que este

año Iris es una de ellas, aunque lo niegue cada vez que le pregunto e insista en que lo único que le interesa es su propio canal de YouTube y no «la radio de rumores», como llama a @lxsdelValdés, con un desprecio que la vuelve doblemente sospechosa.

Ahora mismo, la pantalla de mi móvil es un incendio gigante, múltiple, un fuego que se extiende por todas partes y que me hace pensar que, en realidad, no sé cómo ha sido el incendio real. Pero Joel sigue sin poner nada de eso. En su perfil solo ha colgado una foto en todo el día. Una señal de tráfico en la que se lee AHEAD, y que seguro que es de alguno de los viajes que hace de vez en cuando con su madre, que, por su trabajo en la Asesoría Cultural de la embajada, se pasa el día de avión en avión. Debajo, un texto breve: «¿Y si fuera tan fácil?», como todos los que escribe en sus redes, donde nunca tiene un nombre parecido al real. Ni una foto suya.

—No necesitan saber quién soy —me respondió cuando me atreví a preguntarle por qué usaba un cuadro y un *nick* tan largo (@caulfield_is_back) en todas sus cuentas.

—El *nick* es por Holden.

Confieso que no me sonaba.

—Holden Caulfield —intenté fingir que sabía de lo que estábamos hablando, pero debí hacerlo de pena, porque enseguida se dio cuenta de que no era así—. El de *El guardián entre el centeno*.

Me encogí de hombros y a él le resultó imposible ocultar su decepción.

—¿No la has leído?

Agaché la cabeza sintiéndome —no sé muy bien por qué— avergonzada. ¿Qué le importaba a ese *nerd* de tres al cuarto lo que yo hubiera leído o dejado de leer?

—Pues deberías.

Sonó seco y borde, pero, por algún extraño motivo, le hice caso.

No sé si me empecé a interesar por Joel porque me intrigaba ese tal Holden, o si mi curiosidad por Holden surgió de la que me inspiraba Joel; el caso es que avancé en la lectura de aquella novela a la vez que comenzaba a construir con él algo que aún no sabemos bien cómo llamar. Tampoco sé si Joel y Holden tienen mucho en común, pero la verdad es que, desde entonces, me cuesta pensar en uno sin sumarle la imagen del otro.

—¿Y el cuadro? —me llamó la atención esa imagen que había elegido para su perfil: un retrato en el que daba la impresión de que el cuerpo del personaje se doblaba contra sí mismo a causa de un dolor del que no se decía el origen—. Podrías haber puesto una foto.

—Tú no tienes.

Me sorprendió que se hubiera dado cuenta. Apenas le había dado un *like* a un par de sus publicaciones, pero había sido suficiente para que él también se asomase a mi perfil, aunque no hubiera dejado rastro de su visita.

—No me gustan las fotos.

Y no le mentí. En mi perfil de Insta solo se acierta a ver la silueta femenina de una postal que me trajeron mis padres de Londres. Una cita de Virginia Woolf, a quien sí que he leído, a pesar de que Joel me subestime por no conocer a Salinger. Nadie puede adivinar cómo es la chica que se oculta tras ese @s_w_a_n_n_m_e_m_e, que llené de todos los guiones que hicieron falta hasta que la aplicación admitió que no tenían ninguna otra usuaria con mi *nick*.

—A mí tampoco. Odio las fotos.

Su respuesta no respondía a mi curiosidad. Quería saber por qué esa imagen. Por qué no dejarlo en blanco. Cuando eliges algo concreto es porque tienes un motivo para hacerlo, aunque finjas —como estaba fingiendo Joel— que había sido una elección casual.

—No sé. Vi ese cuadro con mi madre, en una galería, y me gustó.

—¿De quién es?

—¿No sabes quién es y estás en un instituto de artes?

—No tengo por qué saberlo —me defendí—. No voy a hacer Bellas Artes, ¿tú sí?

—Puede.

—¿Pintura?

—Escultura.

Cómo no. Lo suyo tenía que ser todavía más minoritario. Un *nerd* de manual.

—¿Y tú?

—Imagen.

—¿Imagen de qué?

—Cine. Televisión. No sé. Algo de eso.

—Cine —repitió con un tono estúpidamente sarcástico—. No se puede hacer buen cine sin tener ni idea de pintura.

—¿Y eso quién lo dice?

—Yo.

—Genial. ¿Me vas a decir de quién es el maldito cuadro o no?

—¿Para qué? Seguro que tampoco lo conoces.

—Gracias por subestimarme, imbécil.

Se rio. Por primera vez, pero se rio. A veces creo que si hoy somos amigos, o algo similar, es porque me atreví a llamarlo imbécil en el momento justo.

—Schiele —asentí fingiendo conocerlo—. Un pintor austríaco.

El dato geográfico me sobraba, pero el nombre se quedó conmigo en el mismo lugar en que se había grabado Holden. Lo tecleé en Google y hasta llegué a crear una galería de fotos con algunos de sus cuadros. Así que cuando empecé a leer *El guardián entre el centeno*, me imaginaba a todos los personajes con los rasgos de los retratos de ese pintor, empeñado en distorsionar las figuras de sus protagonistas, y cada vez que Holden hablaba, el personaje sonaba en mi cabeza con la voz de Joel, en un cruce de imágenes y sonidos que hizo que la lectura se volviese casi obsesiva. A lo mejor, ese punto raro suyo es el culpable de que me haya interesado en él. Porque no es muy habitual que el resto de mis compañeros mencionen pintores austríacos. Es más, yo tampoco lo hago.

«¿Estás viendo el incendio, Joel?».

Le mando un wasap que no responde. Ni siquiera aparece el segundo tic, así que imagino que tendrá el teléfono desconectado, aunque me parece bastante raro que no esté despierto. Y no solo por el examen de mañana, sino porque aún es pronto para dos fanáticos del modo nocturno como nosotros. Casi todas las noches, Joel es la última persona a la que leo. Y a la que escribo. A veces, directamente; la mayoría, a través de un mensaje abierto en cualquiera de las redes que compartimos. Con alguna canción o alguna foto que, aunque no tengan destinatario ni mención, él sabe que llevan su nombre.

Le hago una perdida, pero no me devuelve la llamada. Querrá concentrarse en los apuntes, así que me rindo y me limito a seguir mirando el fuego a través del Insta de la gente de clase. Cada vez

hay más curiosos alrededor, y resulta casi imposible distinguir algo concreto en los vídeos y las fotografías que están colgando.

«Fuego casi controlado #ArdeElValdés».

«Mierda. Mañana no nos libramos de ir a clase #ArdeElValdés».

«Parece que han encontrado algo #ArdeElValdés».

El tuit de Iris de las doce y veintiuno —¿por qué las tragedias suelen ser capicúas?— es el único que llama mi atención, así que me olvido de los que siguen colgando chistes de humor negro y memes que no me hacen ninguna gracia, para centrarme en lo que va contando ella en su hilo. Lo que no me queda nada claro es si Iris hace tantas pausas entre tuit y tuit porque está informando a tiempo real, o porque le ha parecido que ese es un buen método para alimentar el suspense y ganar seguidores. No sé si eso, ahora mismo, importa mucho, pero juraría que su ritmo de publicación —un tuit, un silencio, un tuit, otro silencio— se debe más a lo segundo que a lo primero.

«La policía nos pide que nos apartemos».

Pausa.

«Creo que es algo serio».

Pausa.

«Vuelven a decirnos que nos alejemos».

Pausa.

«Los bomberos salen del edificio sosteniendo algo. ¿Una camilla?».

Doble pausa.

«No puedo estar segura desde aquí, pero juraría que llevan un muerto».

Pausa. Pausa. Pausa. Pausa.

«Sí, confirmado».

Micropausa.

«Acaban de sacar un muerto».

Siento un escalofrío. Solo puedo preguntarme si será alguien conocido. ¿Pero quién podía estar en el gimnasio del instituto a esas horas? Sigo pendiente del *hashtag*, aunque enseguida deja de llegar información nueva. La policía se ha llevado el cadáver y ya no ha dicho nada más. Todo lo que leo son suposiciones o, directamente, idas de olla de mis compañeros. No me sorprende. Ya ni siquiera me decepciona. Además, aunque yo no escriba nada, también estoy

aquí. Como una más. Haciendo doble clic en las fotos que me gustan y que, la verdad, no sé por qué me gustan. Hay algo de belleza en este fuego. Algo que podría ser hasta poético si no hubiera una muerte de por medio. Porque eso sí que lo cambia todo. Ya no es solo el plano de las llamas en medio de la noche, esa luz intensa que ni siquiera necesita filtros. #ArdeElValdés. #SinFiltros. #L4L. Alucino, en serio. #L4L. Pero qué pintará un *like for like* en la foto de un maldito incendio.

«¿Estás dormido o qué?».

«Joeeeeeeeeeel».

Insisto sin éxito. El doble tic sigue sin aparecer: Joel no da señales de vida. Por un segundo, solo por un segundo, imagino su rostro en el cadáver que acaban de sacar del instituto. Me obligo a no pensarlo —¿cómo era ese ejercicio?, ¿cómo me enseñó Alba a evitar esas imágenes en el hospital?—, pero no soy capaz de frenar mi imaginación.

—Tienes que esforzarte más, Laia. Puedes hacerlo.

No sé cuántas veces me lo repitieron.

—La imaginación es tu peor enemiga.

Y yo les decía que la necesitaba. La necesito. Porque no se puede soñar con ser guionista sin esa capacidad para imaginar.

—Escribir no es solo eso —me corregían.

¿Cómo que no? Escribir tiene que ver con salir de estas paredes. Con ponerme en la piel del otro. Con descubrir a Salinger gracias a alguien que dice llamarse como el protagonista de su novela y no saber dónde acaba la realidad del primero y dónde termina la ficción del segundo. Escribir es escapar de este odio que a veces no me deja respirar, de este terror a los espejos, a todo lo que me obliga a verme en la piel que no es mía, en el fantasma de lo que ya estuvo a punto de ocurrir y no quiero que se repita. No se puede escribir si te quitan las dudas. No se puede vivir si no sientes el vértigo de cada nuevo día.

—Necesitas ser más realista, Laia —aquel adjetivo se repetía en todas las sesiones antes de que llegara Alba—. No te pedimos que renuncies a la fantasía. Pero cuanto más te aferres a la verdad, más difícil será que esos monstruos te hagan daño.

Llevan diciéndomelo desde hace tanto tiempo que ya ni siquiera me acuerdo de cuándo empezó. Hasta el año pasado, que se

convirtió, oficialmente, en *el problema*. El innombrable. El asunto del que no se habla jamás aunque los cuatro sepamos que sí ocurrió. Mi hermana, supongo, porque no se atreve. Mis padres, supongo, porque no quieren. Pero por mucho que no digamos nada, aún está ahí, y lo peor es que no sé si internarme sirvió de algo, porque ahora mismo sigo sin saber controlar a los monstruos de los que hablaban, por mucho que Alba, la única psicóloga que llegó a comprenderme, me dijera que sí, que soy capaz de hacerlo.

Esta noche, mientras espero cada vez más angustiada el tic azul en el chat con Joel, no veo más que su mirada en la de un muerto. Y su cuerpo, entre llamas. Y me pregunto qué sentido tenía esa última foto que colgó en su Insta. «Altead». Y hasta qué habría hecho Holden Caulfield en mi lugar en una situación así.

Seguro que no es una buena idea. Es más, estoy convencida de que es una idea pésima. Pero no lo soporto más y le llamo. Primero al móvil.

—El teléfono al que llama está apagado o fuera de servicio.

Y luego, tras esforzarme por contener (sin ningún éxito) mi impaciencia, al fijo.

—¿Está Joel?

—¿Quién eres?

Su madre, que por su tono de voz debía de estar ya durmiendo, se ha llevado el susto de la semana. Se ve que no sabía nada del incendio ni del cadáver que acaba de encontrar la policía ni, por supuesto, de los monstruos de los que necesito que alguien me salve.

—Soy Laia, su compañera de clase.

Podría decir que soy Laia, su amiga en proceso. O su amiga en construcción. O, simplemente, su amiga. Pero me cuesta traducir en palabras lo que sea que tenemos Joel y yo, así que evito ponerle etiquetas que no sean grises.

—Está durmiendo.

—Pero si mañana tenemos examen…

—¿Y…?

No sé si serán imaginaciones mías, pero siento que hay algo en mí que a su madre no le gusta nada.

—¿Puedes ver si está despierto, por favor? Solo quiero preguntarle una cosa…

Resopla y accede. Imagino que por dentro estará diciendo algo sobre lo insoportables que somos los adolescentes. O lo locos que estamos. O las tonterías que hacemos. Para qué se van a molestar en entendernos cuando pueden limitarse a juzgarnos.

—Laia, te tengo que dejar.

Su voz ha cambiado radicalmente. Ni rastro del tono medio adormilado de hace un minuto.

—¿Pasa algo?

—No está.

El incendio. Los bomberos. La camilla. La muerte. La ambulancia.

—Joel no está en su cuarto.

Los monstruos han regresado. Otra vez.

Caulfield_is_back

7	♥ 14	21
Crush posts	Quick likes	Total

Muy misterioso tú, no? A ver si quedamos y me lo explicas :P.

Anonymous
October 13, 2018 8:16 pm Report Post | Block User | Delete | Make Private

2

—Aquí vamos a estar mucho mejor.

—Nos vendrá bien, Joel.

—Me han hablado muy bien de ese instituto.

No sé cuántas razones me dio mi madre antes de que nos viniésemos aquí. A esta ciudad en la que no hay nada que tenga algo que ver conmigo.

—Es solo un cambio.

Mentira.

Huir nunca es un cambio.

Es una traición.

Una manera barata de rendirse.

Cambiar no tiene nada que ver con esto.

—Ahora podemos empezar de cero.

Otra mentira más.

No se empieza de cero.

Nunca.

Todo suma.

Todo se queda dentro.

Y todo sigue aquí, aunque lo escondas; o peor aún, todo sigue debajo. Como esa basura que se acumula en lugares que finges no ver, pero donde sabes que continúa estando. Y podría estallarte en la cara. Ensuciarte con lo que tú crees haber dejado atrás pero se ha venido contigo.

—Vamos a darle a este sitio una oportunidad.

Mi madre se mentía. Y pretendía mentirme también a mí.

No era un cambio. Era una huida.

Una maldita huida.

«En la calle de la última vez. 20.15. Quien no viene, no repite».

No es la primera vez que me apunto a algo así. Pero el circo de este diecinueve de septiembre va a ser mi estreno oficial en este lugar. Ni siquiera voy a ponerle un nombre a esta ciudad. Ni a este barrio. Para qué. Pienso largarme en cuanto cumpla los dieciocho y, para eso, ya no me queda tanto. El próximo septiembre. Dentro de un año. Tan solo doce meses más. No quiero ponerle nombre a un sitio que casi no voy a pisar y donde sé que me estoy escondiendo. Como si tuviera que sentir vergüenza por algo que no hice. Por algo que fue solo culpa suya y que nos ha jodido la vida a todos.

—No hables así.

No pienses así. No te comportes así. No nos mires así.

Ya he perdido la cuenta de todos los noes que le he oído a mi madre desde que ocurrió. Y a veces me pregunto si hay algo, alguna maldita cosa en mí, que sí le guste.

«¿Vienes?».

Pues claro que voy. Está claro que aún no me conocen.

Se piensan que soy uno de los que al final se raja.

De esos que van de valientes y cuando hay que plantar cara salen corriendo.

Y yo no hago eso nunca. Por eso me cabrea tanto estar aquí. Cada vez que pienso en el día en que mi madre y yo nos largamos, me quema la sangre, me golpea con tanta fuerza que podría tirar las paredes a puñetazos y necesito espacio para respirar antes de reventar los cristales de esta ventana. De todas las ventanas.

Recordar la mañana de la mudanza es ver sus caras una vez más.

Las de quienes se alegraron de lo que pasó.

Las de quienes estaban convencidos de que nosotros también sabíamos algo, aunque mi madre y yo nunca supiésemos nada.

No sé cuándo nos cansamos de explicarlo. Ni en qué momento decidimos que ya estaba bien de defendernos, que era mucho mejor ponerse el cartel de culpables para que, al menos, no siguiesen tocándonos las narices.

Pero siguieron.

Las pintadas en el coche.

Las piedras rompiendo los cristales.

Los mensajes en todas partes.

A todas horas.

Borré el perfil.

Desaparecí de ThisCrush.

De Ask.

De Twitter.

Hasta del Insta.

«Joel is dead».

Escribí.

Y eso me hace sentir todavía más rabia. Quiero culpar a mi madre de esta cobardía que se me pega al cuerpo y no me deja respirar, pero el primero que mató la verdad fui yo.

El primero que se escondió fui yo.

Y eso ocurrió semanas, meses antes de que mi madre me hablara de un ático en una ciudad lejos de allí. O de un instituto de Artes donde iba a poder dedicarme, al fin, a lo que me gustaba.

Como si ahora el arte me sirviera de algo.

Como si tuviera paciencia para convertir en esculturas lo que solo acierto a expresar a golpes.

A patadas contra todos los que llenaron cada muro de su basura.

De toda esa mierda que lanzaban contra mí por algo que ni

siquiera había hecho yo.

Por eso hoy voy a ir. Claro que voy a ir. Porque no pienso esconderme ni un día más. De nada ni de nadie.

«La única norma es que no hay normas. Y cuando llegue la poli, se corre».

Cuando mi madre y yo nos mudamos en verano, la huida se hizo física, pero la fuga real había empezado antes.

Comenzó en el mismo momento en que asesiné a @joelblack y lo cambié por alguien cuyo nombre ni siquiera me pertenece. Fue raro matar a mi otra mitad y darme cuenta de que ese yo ocupaba mucho más espacio del que me había imaginado. Ese yo que acababa de morir tenía amigos, y recuerdos, y hasta un lenguaje propio con gente a quien solo él conocía y de la que nunca hubo rastros fuera de la pantalla. Así que el asesinato se llevó amistades, confidencias y posibilidades que, ahora que @joelblack ya no existe, nunca sucederán.

Cuando llegamos a este barrio de edificios tan iguales que tiene algo de cementerio, de triste fábrica de autómatas, elegí nombre nuevo para esa mitad que, como esta ciudad, tampoco es mía, pero me protege de los demás.

Preferí robar uno antes que inventarme otro, y lo tomé prestado del único libro que, quizá por culpa de quien me lo regaló, he disfrutado: @caulfield_is_back.

«¿Vienes o no?».

Respondo al wasap con un sí y salgo sin despedirme antes de que se me haga más tarde.

Creo que mi madre pregunta algo, pero finjo no oírlo.

Subo al máximo el volumen de la música en mi móvil —*We're livin' in a lying trust*— y me dejo llevar por ella.

No quiero escuchar nada más. Nada que no sea este tema de los Imagine Dragons. O el que venga después.

No quiero que me pregunten adonde voy. Ni con quién.

We could be faces in the crowd.

Ya lo soy. O ni siquiera eso. A lo mejor ni siquiera soy un rostro en medio de la gente.

Suena mi móvil y sé, sin sacarlo del bolsillo, que es mi madre. Quiere escuchar una respuesta que no pienso darle. Si respondo, tendría que mentirle. Porque no le puedo contar la verdad. No le

puedo decir que voy a encontrarme en plena calle con unos cuantos tíos que ni siquiera conozco y de los que lo único que sé es que están tan cabreados como yo. Ni que necesito sentir esta adrenalina para no olvidarme de que estoy vivo. Ni que me arden los puños y tengo que hacer algo con ellos.

No quiero explicarme porque sé que ella no va… que nadie va a entenderme. Que me soltaría un rollo infumable sobre lo que estoy haciendo. O que me diría que tengo que pedir ayuda. Y no quiero que me ayuden. No necesito ni compasión ni solidaridad. Solo silencio. Porque lo único que quiero es conseguir que estalle de una vez esta ventana.

Y esta puerta.

Sentir que salta en pedazos todo lo que me encierra.

Este lugar. Esta ciudad. Y este recuerdo.

Y, ahora mismo, esa quedada —que sí, tío, que sí que voy— es lo único que puede ayudarme a que eso ocurra.

s_w_a_n_n_

s_w_a_n_n_ I run away when things are good...
#notinthemoodtoday #princesadecristal

3

Sigo sin noticias de Joel.

Iris ha corrido la voz entre la gente del instituto, pero de momento no hay novedades. Mientras tanto, el grupo de wasap de clase ha empezado a enloquecer con el tema del incendio y se mezclan las fotos con teorías de todo tipo sobre su origen. Habrá que esperar al menos hasta mañana, como muy pronto, para saber si el fuego ha sido accidental o provocado, pero puede que antes de descubrirlo sepamos de quién es el cadáver que han encontrado los bomberos.

—Alguien tiene que haber visto a Joel —insisto.

Tecleo en el chat el mismo mensaje una y otra vez, como si estuviera convencida de que, cuantas más veces lo escriba, más posibilidades hay de que aparezca. Pero no lo hace. Nadie lo ha visto.

Ni Mikel. Ni Iris. Ni Nelson. Ninguno de los de mi grupo habitual sabe nada. En realidad, tampoco sé si les importa tanto como a mí, pues siempre vieron a Joel como una imposición, alguien a quien yo me empeñé en incluir en nuestros planes incluso cuando él no mostraba ningún interés en que lo hiciéramos.

—Pero ¿qué te ha dado con ese tío, Laia? —se enfadó Mikel la primera vez que les dije que Joel se venía con nosotros.

—Me cae bien.

—Es un psicópata.

—No exageres.

Nelson le daba la razón a Mikel: desde que ellos salen juntos han decidido estar de acuerdo en todo, así que su opinión no me sirve de mucho. Y menos aún si pienso en lo raro que lo noto desde hace un par de meses. Nelson dice que no le pasa nada, que solo está

agobiado con los exámenes y la movida del Bachillerato. Y yo tampoco insisto. A fin de cuentas, llevo tanto tiempo escondiéndome de quienes temo que puedan herirme que no creo que tenga ningún derecho a exigir a los demás una valentía que me cuesta encontrar en mí misma. Así que cuando él empieza sus evasivas, me limito a escucharle. No soy buena hablando, pero creo que se me da bien escuchar. Quizá por eso me gustaría dedicarme en el futuro a escribir guiones, porque podría usar a los personajes que invente para que digan todo lo que escucho a mi alrededor. Y todo lo que yo, fuera de la pantalla, jamás me atrevería a decir.

En la red es distinto, supongo. En la red siento que las palabras fluyen de otra forma y las imágenes tienen un sentido diferente. No puedo controlar lo que llega hasta mí, pero sí lo que quiero decir. Puedo decidir qué versión quiero compartir de mí misma, qué parte de mi día exhibo para que me quieran, o me admiren, o me compadezcan. Puedo elegir ser víctima, o ser feliz, o ser invisible y limitarme a espiar a quienes sigo y me siguen, como si mi vida, esos días en que no cuelgo absolutamente nada, tampoco estuviera sucediendo.

Tengo que ser precavida, porque me consta que mis padres todavía me vigilan, aunque me hayan prometido que ya han dejado de hacerlo. Sé que copian mis *hashtags* y hasta que los analizan, preguntándose si habré vuelto a ponerme en contacto con ellas. Si quedará en mí algo de @brokenswann, ese yo que precedió a la persona que he elegido (¿de verdad lo he elegido?) ser ahora.

Cuando me internaron, me obligaron a borrar mis antiguos perfiles. Todos. Intentaron convencerme de que mi *nick* era equivocado. De que mis *hashtags* eran equivocados. De que había elegido la muerte cuando tenía que elegir la vida. Fueron dos meses de lucha allí dentro y ya llevo más de un año de lucha fuera. A veces, como anoche, echo de menos a esa chica perfecta, a la princesa que llegué a ser antes de que me encerraran contra su voluntad y a la que me han enseñado que debo temer. Te estás matando, ¿no te das cuenta? Pongo sus voces cuando me lo digo, como si así resultara más convincente su amenaza frente a la tentación de buscarlas, a pesar del mensaje en el que incluso las redes me avisan de que estoy a punto de entrar en territorio peligroso.

Por eso necesito encontrar a Joel. Porque con él ya no saltan estas ventanas. Con él hace meses que no suenan mis alarmas. Cuando conseguimos estar cerca, aunque sea en uno de esos momentos donde solo compartimos clics en el perfil ajeno, me olvido de volver a cortarme. Y las ganas de hacerlo se convierten en asco hacia ese momento en que veía fluir la sangre. Ese instante en que me odiaba con todas mis fuerzas y solo era capaz de sentir el frío de las cuchillas en mi piel. Así fue como supieron de la existencia de mi otra yo. Las marcas en mis muslos, que descubrió mi hermana, los llevaron a darse cuenta. Y entonces mis padres decidieron que había que internar a @brokenswann, la princesa de cristal que daría paso a @s_w_a_n_n_m_e_, alguien —eso dicen— mucho más fuerte, mucho más libre, aunque a veces regresen esos monstruos que Alba aseguraba que yo inventaba y que, en noches como esta, se vuelven asombrosamente reales.

—Estoy preocupada…

—¿Por Joel? —pregunta Iris, que siempre es la primera en responder en nuestro chat.

—No exageres, Laia.

—¿Y si le ha pasado algo, Mikel?

—Que no, tía, que no. Seguro que está haciendo el cafre por ahí.

—No lo conoces.

Nelson escribe algo, pero al final lo borra.

—Claro que sí —insiste Mikel—. Lo conocemos de sobra.

—Aquí todos sabemos cómo es —se suma Iris—. Tú eres la única que no quiere verlo.

Dejo de escribir. Enfadada. Furiosa con Iris. Con Nelson. Con Mikel. Harta de que todo el mundo lo (nos) mire desde ese lugar donde parece tan sencillo juzgarnos. No sé qué pensarían si hubieran estado aquí. Si hubieran tenido que convivir, como yo, con ese otro yo que te dice que no vales nada. Que no aportas nada. Que no eres nada. Ese yo que, aunque él no me lo haya explicado del todo, también tortura a Joel. Los dos lo supimos en cuanto nos vimos. Desde el primer día que me insultó por no haber leído a Salinger y yo le odié por conocer a Schiele. Desde ese momento en que supe que aquel *nerd* que sumaba una pedantería insufrible a una musculatura desproporcionada se iba a convertir en parte de mi vida.

—Hago mucho deporte —me dijo sin que yo se lo preguntase.

—¿Cuál?

—De todo.

—«Todo» no es un deporte.

—¿Siempre preguntas tanto?

—¿Siempre respondes tan poco?

—Pues de todo, ya sabes… Pesas, lucha. Y también hago MMA.

—¿MMA?

—¿Te sorprende?

—¿No es un poco primitivo para alguien como tú?

—¿Y cómo se supone que es alguien como yo?

Todo le molestaba.

Todo me indignaba.

Estábamos condenados a odiarnos o a entendernos y, al final, supongo que acabamos eligiendo lo segundo. Los dos tenemos una relación compleja con nuestro cuerpo, empeñados en llevarlo al límite para que la vida no nos duela tanto como sé que nos duele. Por eso Joel no les ha gustado nunca a los demás, porque preferían especular sobre las raíces de sus moratones, o sobre su fama de ser un broncas, o sobre la leyenda que corría por el instituto de que antes de mudarse había noqueado y mandado al hospital a un tío.

Desde que empezaron a difundir aquellas imágenes sobre su pasado Joel nunca se ha molestado en negar los hechos. Y tampoco

le he preguntado mucho por ello. Para qué. Prefiero que él elija qué es lo que necesita decirme. Pero del tiempo anterior a conocernos apenas cuenta nada, y lo poco que sé lo descubrimos todos a la vez y de la peor manera posible. Con cadenas de wasaps que, por si alguien no se había enterado a tiempo, también acababan convertidas en capturas dentro de la cuenta de @lxsdelValdés. Incluso Noelia trató de parar aquello desde Jefatura, pero cuando intervino ya era imposible, o quizá no lo intentó con demasiadas ganas.

Joel vive como si aquella parte de su pasado no hubiera existido. Como si su vida hubiese empezado en el mismo momento en que llegó aquí, igual que yo intento creerme que la mía comenzó cuando me encontré con @s_w_a_n_n_m_e_m_e, aunque haya noches como esta en que vuelvo a pensar en ellas y hasta les dejo un mensaje en clave, un verso de una canción, un *hashtag*, una imagen en blanco y negro que hará que, al día siguiente, amanezca con el Insta lleno de mensajes privados apoyándome si quiero regresar a ese lugar del que tanto me ha costado salir.

«Vuelve, @brokenswann».

«La reina Mía te necesita».

«Las hadas estaremos mucho mejor contigo».

«No tienes por qué rendirte ahora».

Los leo. Los borro. Recuerdo cuánto llegó a doler no tener fuerzas para ponerse en pie. Los días en el hospital. Las marcas que me dejaban los demás con solo tocarme en un cuerpo que apenas podía sostenerme. Recuerdo el horror y evito pensar en lo que, por una vez, creí que era la belleza, aunque hoy la ansiedad —los exámenes, el fuego, la desaparición— rompa las ataduras con las que intento aferrarme a la normalidad y me demuestre que estoy más cerca de ese abismo de lo que me gustaría.

Por eso, aunque no les cuente nada de ello, esta madrugada tengo tanto miedo. Porque los demás no tienen ni idea de que en ese abismo está también Joel. Solo saben que es un chico callado. Introvertido. Arisco. Alguien que tiene fama de matón que abusa de su fuerza y acaba a golpes cuando le llevan la contraria. Incluso hubo quien llegó a tuitear que, cuando el *tema prohibido* sucedió, Joel llegó a mandar al hospital a su propio padre.

—Nunca habla de él, ¿no te das cuenta?

—¿Y qué, Mikel? A mí tampoco me gusta hablar de los míos.

Pero sé que Mikel tiene razón. El silencio de Joel encierra mucho más. Ni siquiera nos dijo que había muerto. Y por eso Joel se puso como se puso cuando empezó a circular en el chat de clase aquella maldita foto… Es igual que su desaparición de hoy. Otro de esos misterios de los que está llena su vida. Y esa niebla que parece cubrirlo todo surge de nuevo ahora, justo cuando está ardiendo el Valdés. Cuando hay un cadáver sin identificar que podría ser el suyo. Un cuerpo sin vida que, si nadie lo hubiera impedido, podría haber sido el de @brokenswann. El de esa princesa que a veces reclama mi atención y a la que lucho por callar con todas mis fuerzas. Ese monstruo de apariencia angelical que tiene la culpa de que pueda ver también la misma oscuridad en Joel. Por eso no puedo estar tranquila. No hasta que sepa qué ha sucedido. Y si su nombre tiene alguna relación, del modo que sea, con este incendio.

«Acaba de pasar algo más…».

Iris, que debe de estar en primera línea entre los curiosos que se agolpan frente al instituto, vuelve a tuitear.

«Un momento».

Repite el mismo ritmo de su hilo anterior.

Escribe.

Por favor, Iris, sigue.

«Ahora mismo creo que…».

¿Tanta es tu necesidad de sumar seguidores?

«Esto sí que nos deja sin palabras».

¿Quieres soltarlo ya?

«Los bomberos acaban de sacar un cuerpo más».

Las posibilidades de que se imponga el abismo se multiplican.

«Pero parece que respira».

¿Dónde estás, Joel?

«Lo meten en la ambulancia. Yo diría que vivo».

Su último tuit se llena de respuestas y comentarios. Hay quien le contesta con gifs de *The Walking Dead* y quien se aventura a adivinar las identidades de los dos cuerpos. Por el hilo de Iris desfilan nombres de profesores, compañeros, conserjes… Y pronto hay quien lo lleva a un nivel superior y ofrece la opción de desear la muerte en un incendio a cualquiera que te caiga mal. El *hashtag* #QueSeQueme se viraliza en cuestión de minutos y la red inicia un

aquelarre global en el que también yo participo. Mi tuit apenas obtiene un FAV, porque pasa desapercibido en el ajuste de cuentas que los demás han emprendido con cuanto nos rodea. «#QueSeQueme el espejo», escribo. Y descubro que el tímido FAV que aparece en mi pantalla viene de otro perfil sin fotografía, con una imagen borrosa en blanco y negro y un *nick* que me resulta familiar: @brokenwindow. Veo que me sigue y, tras seguirla de vuelta, me manda un mensaje.

«¿Podemos hablar?».

Le respondo con un sí muy poco convincente y, mientras espero que vuelva a escribirme, empiezo a preguntarme qué ha podido pasar. Y si hay alguna relación entre mis ganas de volver a hablar con ellas y el incendio. Entre las llamas y la desaparición de Joel. Porque si de algo estoy segura es de que esta no es una noche más. Esta es una de esas noches en las que se decide el resto de tu vida. Y necesito creer que la mía, esa que los monstruos del otro lado del espejo estuvieron a punto de romper, sigue aún por empezar.

Editar perfil

Caulfield_is_back

@Caulfieldisback

Nada que añadir

Tweets | Tweets y respuestas | Multimedia

Caulfield_is_back @Caulfieldisb... · 5s

Lo peor no son las noches

4

Empieza puntual.

Según lo pactado.

En cuanto comenzamos a movernos, los móviles del resto se ponen en funcionamiento. Registran cada quiebro de cintura. Cada intento de acorralar al contrario. Cada golpe conseguido o esquivado.

Enseguida me aíslo y dejo de oír sus gritos, pero a mi rival le resulta mucho más difícil. No está tan acostumbrado como yo a que le insulten. A que lo traten como si ni siquiera fuera una persona.

Y ahora, aquí, no lo somos. Tampoco pretendo serlo.

Aquí solo quiero que me graben cada vez que le haga doblarse de dolor. Tocar el suelo. Arrodillarse ante alguien que —¿me veis?, ¿me estáis viendo?— no huye de nada ni de nadie.

Los gritos de los que nos rodean son cada vez más fuertes. Él empieza a dar síntomas de cansancio al poco de empezar. Es más alto que yo, pero también mucho menos rápido. Fibrado, con algo de técnica pero reflejos insuficientes. No es capaz de retirarse a tiempo y me resulta fácil derribarlo con la primera llave.

A nuestro alrededor comienzan a escucharse las protestas de los vecinos. No tardará en venir la policía. Esto no puede acabar de otra manera. El final del circo 2.0 siempre es el mismo. Un ganador. Un perdedor. Y todos dispersándonos en cuanto se oyen las primeras sirenas.

—¡Machácalo de una vez!

Ahora sí que los oigo.

Los oigo a la vez que alguien da, al fin, la voz de alarma. Eso ya no lo escucho con tanta claridad. Solo veo cómo un tipo levanta el brazo para avisarnos de que hay que largarse cuanto antes. Pero mi

oponente está en el suelo. Doblándose de dolor tras la última caída. No va a poder correr, aunque a nadie le importe.

Todos han enfundado ya sus móviles y ahora se dispersan caóticamente. Por un segundo, creo que vamos a ser arrollados por la jauría que antes nos aclamaba.

Miro mis nudillos magullados, escucho mi respiración agitada, y siento una extraña mezcla de dolor y de poder, una sensación que tiene más que ver con la supervivencia que con la vida, pero que, de algún modo, me hace sentir que la segunda sigue siendo real.

—Venga, tío, levanta.

Lo intenta, pero le cuesta ponerse en pie. Mierda. Las sirenas se oyen demasiado cerca. Es cuestión de dos minutos. Tal vez menos.

No me lo pienso: le ayudo y le obligo a correr conmigo para escondernos juntos.

Pesa mucho más de lo que esperaba y la sangre de sus heridas mancha mi ropa. Antes nunca me había pasado. Las dos veces anteriores, mis oponentes habían sido capaces de levantarse, aunque tardara tan poco como hoy en humillarlos.

En esta ciudad solo han sido tres veces, y las tres he acabado prometiéndome que no repetiré, que no volveré a dejar salir todas estas ansias de demostrar algo que, en realidad, ni siquiera estoy seguro de haber demostrado.

A fin de cuentas, nadie me reconocerá cuando vea en YouTube a dos encapuchados golpearse en medio de la calle. Ni siquiera quienes están más cerca de mí adivinarán que soy yo quien se impone sobre su rival, así que la victoria solo dura lo que dura la grabación de quienes miran.

Y el esfuerzo acaba siendo anónimo. Breve. Tan estúpido y tan insuficiente como casi todo lo que hay en mi vida.

—Tenemos que trabajar tu negatividad, Joel.

Mi madre me lo repite una y otra vez.

Cuando me quejo.

Cuando le digo que estoy hasta las pelotas de todo.

Cuando protesto porque la vida que tengo no se parece en nada a la que yo quiero tener.

Una vida donde no sienta que estoy de prestado, que ni siquiera mi habitación es mía, que solo cuando trabajo el cuerpo en el gimnasio, en la lona, en encuentros como el de hoy estoy haciendo

algo que soy realmente yo.

A lo mejor por eso, cuando me preguntan por qué me gustaría dedicarme al arte, acabo contando que me gusta mucho más la escultura que la pintura. Porque esculpir es también trabajar el cuerpo. Sentir los músculos tensarse con fuerza ante la mirada de quien los admira.

En cuanto empiezo a hablar, siempre hay alguien dispuesto a dejarme claro que de eso no se vive. Que abandone las artes. Que haga algo que sí merezca la pena.

Arquitectura, por ejemplo.

Como mi padre.

Y entonces es cuando me río y, para que se me pase la risa floja, busco dónde y cuándo será la próxima quedada. No es difícil. Solo hay que tener algo de paciencia. Mirar bien en los huecos.

Las redes están llenas de ellos.

Encontrar el lugar y la hora. Dar tu palabra de que vas a asistir. Y cuando llegas, no preguntar nada más a nadie. Limitarte a que el circo continúe.

Contigo dentro.

—Pegas duro, ¿eh?

—Cállate, anda. No deben de estar lejos.

—Me llamo Dani.

—¿Y qué?

Los dos permanecemos quietos y en silencio, escondidos detrás de los coches que hay aparcados un par de calles más allá de la zona de la quedada, hasta que dejamos de oírlos y sabemos que ya podemos volver a salir.

No le digo mi nombre.

No hablamos de lo que acaba de pasar.

Ni siquiera nos miramos a los ojos.

Chocamos los puños una última vez, en un gesto estúpidamente honorable, y nos vamos de allí, él con su derrota y yo con mi victoria, confiando en que cuando lleguemos a casa ya no quemará tanto lo que nos llevó hasta allí.

Pero nada más abrir la puerta, en el mismo momento en que la luz nos deje ver las heridas, sentiremos que todo vuelve a abrasar igual.

Entro y esquivo la mirada de mi madre hasta que llego al baño.

Agua abundante.

Alcohol.

Vendas.

Esparadrapo.

Esta vez no es gran cosa. Bastará con cubrir algunos moretones.

La cara, intacta.

Eso ya está mejor.

Cuando la cara sale sin un rasguño, nadie lo nota. Ni en casa. Ni en el instituto. Ni siquiera la policía, aunque ya estén circulando en redes vídeos de la pelea. No van a perder el tiempo con nosotros. Solo somos carne de *reality*. De programa televisivo cutre. Y hasta puede que alguna vez, en alguno de esos documentales de madrugada, aparezca lo que ha pasado hoy. Pero no seré yo. Será alguien que de mí solo tiene el tamaño. Yo seguiré fuera de la pantalla.

Invisible.

—¿Joel?

La voz de mi madre suena preocupada.

—Joel, ¿dónde te has metido?

Cierro el grifo y, antes de salir del baño, me pongo una camiseta limpia con cuidado de que no roce con la venda que acabo de colocarme en el costado izquierdo.

—¿Qué pasa? ¿A qué vienen las prisas?

Mi madre me pide que me siente. Ella lo hace mientras que yo permanezco de pie. Llevo demasiadas malas noticias en estos meses como para que una más pueda hacerme perder el equilibrio.

—Siéntate, por favor.

Me niego. No pienso dejar que la realidad me humille de nuevo.

—¿Me lo vas a decir o no?

Suspira con hartazgo. O con cansancio. O con tristeza. Ya no tengo ni idea. Se esfuerza tanto por fingir normalidad conmigo que, cuando se olvida de hacerlo, me he olvidado de cómo interpretar sus gestos.

—Es tu padre.

Me voy. Lo siento. No me interesa nada lo que tenga que decirme de ese indeseable. Ahora sí que me voy.

—No te muevas, maldita sea.

Me quedo fijo en el suelo. De espaldas a ellas. Que me cuente lo

que tenga que contar. Pero no pienso darme la vuelta para escucharlo.

—Ha muerto.

Me muerdo la lengua para no decir lo que realmente siento.

Y memorizo, no sé por qué, la fecha.

El diez de octubre.

No sé si tiene importancia que mi padre haya muerto un diez de octubre. Ni si este día, a partir de hoy, significará algo diferente. Tampoco le pregunto a mi madre cómo ha ocurrido, pero ella, sin que yo se lo diga, me lo explica.

—Lo han encontrado ahorcado. En su celda. No saben si ha sido un suicidio o un asesinato…

Sigo sin decir nada. No quiero. No puedo. Empieza a dolerme la espalda —se ve que los golpes han sido más intensos de lo que creía — y, de todas formas, no pienso añadir una sola palabra más a lo que ahora mismo tengo que asimilar.

—¿Me has oído, Joel?

Pero el silencio se hace cada vez más imposible porque el cuerpo, de repente, me quema: Los brazos están cansados. Los puños, doloridos. Y la boca, seca.

Es como si estuviera otra vez allí, con él, dos años antes. Dos años antes de que nuestra vida se fuera a la mierda. De que todo dejara de tener sentido. De las pintadas en el coche y las amenazas *on Une* de muerte.

Te voy a matar. Te vamos a matar. Te mereces morir.

Ahí fue cuando empecé a ir aún más al gimnasio. Cuando me apunté a MMA para no tener miedo. Para callarlos de una vez con cada golpe. No importa contra quién. Ni contra qué. Cuando lucho con alguien veo sus rostros. Infinitos. Sin nombre. Perfiles en blanco desde los que me acusan de lo que sucedió. Páginas con *nicks* improvisados que alguien crea solo para decirme que me odia. Que le gustaría hacerme todo el daño del mundo.

—¿No vas a decir nada, Joel? Es tu padre el que ha muerto.

Y, al fin, lo digo.

—Mejor.

caulfield_is_back

caulfield_is_back We could be faces in the crowd
🖤🎧

5

Mi madre, que es una gran experta en hacer todas esas pequeñas cosas que me molesta profundamente que me hagan, entra sin llamar en mi cuarto.

—Me acaba de llamar la madre de Iris.

Odio cuando los padres de mis amigos llaman a los míos sin avisar, como si todavía tuviéramos diez años.

—¿Y…?

—Dice que están todos allí.

—Seguro que les has preguntado quiénes son todos.

—Claro.

—Claro… No sé cómo se me olvida que vivo con la Gestapo.

—Si quieres acercarte con ellos, lo entiendo.

—¿Estás de broma?

—No, Laia. A veces hasta la Gestapo afloja un poco…

—¿Y papá?

—Papá está de viaje. No le voy a despertar para esto. Además, ya sabes que aquí la que decide de verdad soy yo.

—Eso es cierto —sonrío y le doy las gracias, aunque, en realidad, no quiero ir.

No le veo mucho sentido a salir de casa a la una de la madrugada para correr a abrazarnos delante de las llamas, como si aquello fuera a convertirse en una especie de ritual iniciático de fin de curso. Pero también pienso que si salgo de casa habrá más opciones de que averigüe algo sobre Joel. Aunque no tengo ni idea de por dónde empezar… Al menos, puedo intentarlo. Algo sé (o, mejor, puedo adivinar) de los sitios que visitaba. De los lugares donde se metía. Nunca me lo contó todo, pero sí recuerdo la vez en que le pillé con los nudillos machacados después de una de esas

peleas secretas en las que, incluso cuando se lo pregunté, quiso hacerme creer que no participaba…

Eres idiota, me digo. Y me lo repito hasta hacerme daño. Porque hay que ser muy idiota para creer que, si salgo a la calle, voy a poder encontrarlo. Seguro que hay más gente buscándolo, y que su madre habrá pedido ayuda a la policía, aunque no sé si todavía se puede considerar legalmente que Joel ha desaparecido. ¿Cuándo se supone que desaparecemos? ¿En qué momento nuestra vida deja de ser una casualidad para convertirse en algo inevitable? Se me va la cabeza, sí, se me va porque no puedo dejar de pensar en el cadáver y en el segundo cuerpo que todavía —dicen— respira. Solo quiero que alguien me diga que ninguno de los dos es Joel. Con eso me conformo.

Me pongo unos vaqueros y una camiseta ancha y desgastada, la misma que, cuando amenazan los monstruos, es mi mejor aliada para evitar que sus voces se hagan de nuevo conmigo.

—No te separes del grupo, ¿de acuerdo?

—Tranquila, mamá. Y dile a tus tropas que pueden romper filas, en serio.

Mientras bajo las escaleras, busco la primera canción que me pasó Joel. En realidad, la mayoría ni siquiera nos las enviábamos. Él colgaba las suyas en su Insta, y yo, en el mío. Podíamos habernos seguido en el Spotify, pero aquello habría sido mucho menos interesante que descubrirnos lentamente, a partir de las canciones que dejábamos ver al otro. A veces era él quien colgaba y me etiquetaba en las suyas; a veces, yo; y, las mejores veces, los dos a la vez. No sé si él lo haría conmigo, pero yo sí que empecé una *playlist* a la que le puse el nombre de Caulfield y, aunque sea una tontería, me gusta pensar que si busco en su móvil encontraré otra que se llame Swann.

La mía es privada. Imposible de encontrar y de compartir. Una lista donde, debajo de cada una de sus canciones, aún puedo escuchar las mentiras de Joel cuando se peleaba con alguien y me decía que sus heridas eran de una caída o de un golpe en un entrenamiento. Y sus ganas de confesarme algo que jamás llegó a decirme. Y mi miedo a explicarle lo que realmente me estaba pasando aunque, a su modo, intuyera que él ya lo sabía.

La primera canción de su lista es un tema de Imagine Dragons

que, en esta noche, suena casi tan inútil como cualquier otro. Cuesta ponerle música a una madrugada en la que no hay ni una sola verdad. Porque no sé si es verdad que ese fuego ha sido un accidente. Ni si es verdad que alguien lo ha provocado. Ni si es verdad que Joel estaba dentro cuando ha sucedido.

—Has tardado mucho, ¿no?

—¿Tenías muchas ganas de que viniera, Iris?

—Cariño, relaja un poco, anda, que te lo tomas todo de un intenso…

Mientras iris habla sin que me dé tiempo a escuchar todo lo que dice, me fijo por primera vez en que su cabello, muy corto y afilado, tiene el mismo color del fuego de las fotos en Instagram. No es el color del fuego que se ve desde aquí, sino el de las llamas que ya han pasado por los filtros necesarios para convertirse en un fotograma lleno de efectos especiales. El mismo color de sus gafas de pasta y hasta de la bandolera en la que veo cómo lleva un cuaderno donde, imagino, ha tomado nota de todo.

—Para mi canal, Laia, ya sabes.

Digo que sí, pero es mentira que lo sepa. No he visto ni uno solo de sus vídeos en YouTube y, salvo que alguien me obligue, dudo que lo haga en los próximos, digamos, ciento veinte años.

—¿Se ha sabido algo más?

—Solo rumores —responde Nelson mientras teclea algo en su móvil.

—De este no te fíes —me advierte Mikel—. Lleva así un buen rato. No ha dejado de wasapear desde que hemos llegado.

—¿Te molesta? —le contesta Nelson.

—¿A mí? Ya ves, nada.

—Estoy comprobando que la gente que conozco está bien —se justifica.

—Ya.

—Monosílabos a mí no, ¿eh, Mikel?

—¿Entonces se sabe algo nuevo o no? —me impaciento.

—Al parecer, ha sido provocado.

—¿Eso es oficial, Iris?

—Es lo que dice todo el mundo.

—¿La policía va incluida en «todo el mundo»?

Iris y Mikel se alzan de hombros. Nelson, que sigue escribiendo

sin parar, ni siquiera contesta.

—¿Pero quién puede estar tan mal de la cabeza como para hacer algo así?

—¿Te refieres a quemar el insti, o a quemarlo con dos personas dentro? —pregunta Iris, que ni siquiera en una noche como esta es capaz de rebajar su sarcasmo.

—A lo mejor no sabía que estaban allí…

—Venga ya, Laia —reacciona Nelson, que por fin eleva la cabeza de la pantalla de su iPhone—. No seas ingenua.

No sé si será el cansancio. O la noche. O el vértigo que me provoca la investigación que empezará mañana y que no acabará hasta que averigüen quién ha hecho esto. Pero, de repente, nos veo a todos distintos, como si esta madrugada el tiempo pesara diferente. Mikel, el alternativo oficial del Valdés, el larguirucho más encantador de su clase, hoy parece un personaje anodino y vulgar. Y Nelson, el más guapo del instituto, con esa mirada intensamente azul que tanto destaca sobre su preciosa piel negra, tiene hoy una expresión mucho más opaca, con los ojos hundidos por la falta de sueño (¿seguro que no le ocurre nada más?) y la mirada fija en esa pantalla de la que no se despega desde que he llegado.

Vuelvo a llamar a Joel, pero, definitivamente, su teléfono está desconectado. Reviso sus redes y no encuentro ningún nuevo movimiento en ellas. Solo ese AHEAD que sigue, como un aviso macabro, en su Instagram. ¿Hasta dónde estaba dispuesto a llegar hoy? ¿Hasta dónde habrá llegado al final?

—No parece que haya mucho más que ver aquí —se lamenta Mikel mientras le coge la mano a Nelson—. Deberíamos marcharnos.

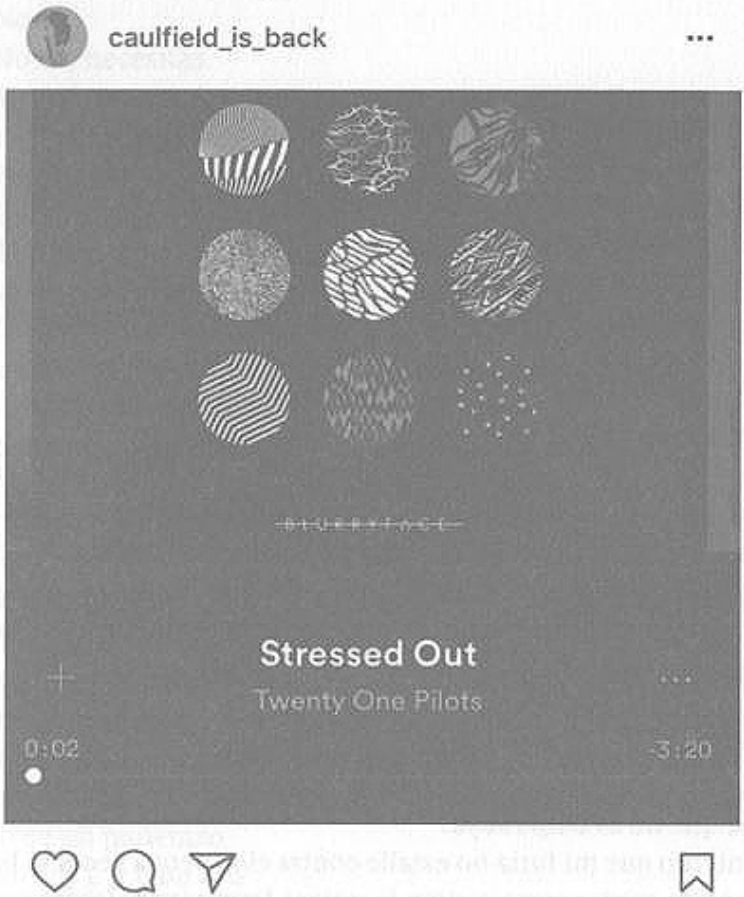
Nos quedamos unos minutos, pero al final todos decidimos hacerle caso. O, por lo menos, lo fingimos, porque nada más despedirme de ellos, justo cuando sé que ya no pueden verme ni adivinar qué camino voy a tomar, me desvío de la ruta a casa y me interno en las calles de esta ciudad donde creo que, si Joel está vivo, voy a poder encontrarlo. Por si acaso, ahora soy yo quien le quita el sonido a su móvil. No quiero desconectarlo (¿y si encuentra la manera de llamarme?), pero sí necesito que no me moleste su alarma, cuando mi madre, con todas sus fuerzas de la Gestapo, se dé cuenta de que se ha hecho demasiado tarde y empiece a

llamarme. Y justo cuando estoy silenciándolo entra un mensaje privado en mi cuenta de Twitter. Lo abro nerviosa deseando que sea él, pero el nombre, aunque conocido, me lleva a un lugar muy diferente.«@Brokenwindow: Necesito verte. Cuanto antes».

Todos los monstruos conocidos están ya listos.

En el lugar de siempre.

Esperándome.



caulfield_is_back "Wish we could turn back time, to the good old days" #StressedOut #TwentyOnePilots #cosasqueyanopuedenser

6

«Tendrías que haber ido».

«Te vas a arrepentir, Joel».

«Te vas a acordar de este momento el resto de tu vida».

Puede que mi madre tenga razón.

Pero no me importa.

Porque sé que tampoco voy a olvidarme de los momentos que hubo antes.

Del infierno en que se convirtió mi vida por su culpa.

«Cuando pase el tiempo…».

No he dejado que siguiera hablando. Porque el tiempo, en realidad, no pasa. El tiempo no se lleva consigo las heridas, ni la rabia, ni la incomprensión. Solo nos aleja hasta que creemos que las hemos dejado atrás, tiradas encima de la lona, pero sabemos que no tardarán en ponerse en pie y comenzar el siguiente asalto. La vida no se borra: sucede.

«Piénsalo, Joel. Por favor».

No es culpa de mi madre.

Lo sé.

Sé que no es culpa suya.

Intento que mi furia no estalle contra ella, pero a veces lo hace. Me cuesta contenerme, y cuando quiero frenar las palabras que sé que van a herirla, ya es demasiado tarde. Es como cuando lucho: mi cuerpo responde de manera instintiva, a veces casi automática, más allá de la táctica. Hace meses que soy más lo que siento que lo que pienso. Como si todas las ideas ocurriesen demasiado tarde, cuando se ha pronunciado el cuerpo o la palabra. Cuando no hay marcha atrás.

«No puedes ponérmelo tan difícil. No es justo».

A su manera, tiene razón. Pero no encuentro la manera de disculparme. Mi cuerpo no me deja. Mi lengua, tampoco. Porque algo en mí se sigue preguntando si ella no sabía nada. Si no sospechó (¿lo sospeché yo?) que esos números no cuadraban. Que en casa entraba demasiado dinero de repente. Que había algo oscuro en esa última licencia. La que acabó por destrozarlo todo. La que sepultó a diecisiete personas y, con ellas, nuestra identidad.

«Te necesito a mi lado».

No.

No me necesitas.

Me quieres a tu lado.

Pero eso es egoísta.

Porque a tu lado, esta vez, no sumo.

Lo único que me pides es que esté ahí para hacerte de guardaespaldas. Para que te puedas agarrar de mi brazo y te arrastre en medio de la gente que, cómo no, estará esperándonos. Todos los que hemos dejado atrás. Los amigos que dejaron de serlo. Las familias de las víctimas que nos culpaban de lo sucedido. Los periodistas que se peleaban por una declaración nuestra.

Ahora él no puede hablar.

Ahora está tan muerto como sus diecisiete víctimas.

Así que querrán que hables tú. Que les cuentes algo que no tendrá ningún interés, pero que ellos venderán en algún canal ridículo. Y entonces no habrá servido de nada venir aquí, porque todos podrán vernos de nuevo. A ti, con esa voz que te tiembla desde que solo sobrevives gracias (¿te crees que soy idiota?) a la sobredosis continua de prozac. Y a mí protegiéndote, intentando que mi cuerpo cubra el tuyo mientras alguien nos quiere meter el micrófono en la boca y yo tengo que agarrarme con fuerza las manos para no derribarlo de un puñetazo.

No voy a ir para eso.

No voy a ponerles tan fácil a la gente del Valdés que descubran quién soy.

No voy a acompañarte para acabar con mi nueva identidad justo cuando acabamos de empezar en este sitio. Bruce Wayne nunca caminaría por Gotham sin su máscara. Y yo tampoco voy a hacerlo. No he renunciado a mí para ponerme de nuevo en el punto de mira. Lo estuve, sí. Lo estuvimos los dos. Y ahora él se ha muerto. ¿Qué

importa si ha sido voluntario o no?

«No tienes derecho a ser el juez de nadie».

«Por favor, piénsalo».

«Alguna vez tendrás que afrontarlo porque, te guste o no, ese hombre era tu padre».

¿Y qué?

¿Qué se supone que significa eso?

¿Deberíamos aceptar a nuestros padres solo por el hecho de que lo son?

¿Aceptan los padres a sus hijos solo por el hecho de que lo somos?

Nadie elige a nadie.

Solo estás ahí. En medio de una vida que no te pertenece y que, de repente, alguien te dice que tiene que ser la tuya. Así que asumes los traumas de tu familia y hasta su basura moral, lo coges todo y tratas de hacer con ello lo que puedes, como si tuvieras que elaborar una escultura con los materiales que nadie te hubiera dejado escoger. A lo mejor de ahí viene mi obsesión con el arte. O mi necesidad de trabajar el cuerpo. Porque tengo que buscar el modo de construir algo que sí sea mío. Algo que no nazca de todo eso que me es ajeno y que siento que ha marcado el camino que me ha traído hasta aquí.

No estaríamos en esta ciudad si ese edificio no se hubiera derrumbado.

No habríamos huido de casa si no hubiéramos dejado atrás diecisiete muertos.

No sentiría tanto rencor hacia ese hombre, que dicen que es mi padre, si no hubiera sido quien tomó la decisión de abaratar los costes en esa construcción.

«No está claro que fuera culpa suya».

«El juicio estuvo manipulado. Él fue el cabeza de turco».

«¿Vamos a poner otro recurso?».

«¿Por qué tienes que ser tú quien nos condene a todos?».

Tampoco estoy seguro de si mi madre intenta salvar su memoria porque realmente cree que mi padre es inocente o, simplemente, porque no quiere verse a sí misma como culpable.

Por eso no voy a acompañarla.

Ni siquiera me esfuerzo en despedirme.

«Te vas a arrepentir».

Escucho su frase mientras cierra la puerta.

La sigo oyendo mientras sube a su taxi y se aleja.

Y sigue conmigo cuando ella está en el tren. Cuando se baja en la estación de la que huíamos hace solo unos meses. Cuando llega al tanatorio. Cuando intenta decirle algo a mi padre y solo logra llorar un poco más de lo que ya ha llorado hasta ahora. Por él. Por ella. Por los diecisiete cadáveres que quedaron sepultados en el edificio que había reformado su constructora.

Tampoco he dejado de oírla en el gimnasio. Ni siquiera cuando mi entrenador gritaba y me pedía que bajara el ritmo, alarmado al ver cómo arrinconaba una y otra vez a un rival que no tenía nada que hacer conmigo.

—A ver cuándo te metes con alguien de tu tamaño —me ha retado Brais, uno de los que están allí siempre y que me saca, por lo menos, un par de años. Suele entrenar con uno de los monitores, Rober, un tío tan grande como él y a quien es raro ver haciendo algo que no sea observar— y pasearse como si en vez de un entrenador fuese un vigilante —por la sala de máquinas.

—Cuando tú quieras —le he respondido.

Cuando tú quieras, sí. Y entonces, como ya no habrá desventaja, a lo mejor no paro.

Hoy sí lo hice. Porque se acercó Rober a pedirme que me alejara.

—¿Quieres dejarlo de una vez?

Quizá, si no lo hubiera oído, habría seguido golpeando. Porque no estaba viendo a quien tenía frente a mí. Estaba viendo a mi viejo. Su codicia. Su ambición. Su maldito narcisismo.

Estaba viendo al tipo que nos ha arruinado la vida y que ahora, como despedida, me deja su imagen colgado de una soga.

«Parece que se ha quitado la vida…».

No me importa.

No me preocupa.

No me interesa.

Aunque sepa que, en el fondo, el tiempo me devolverá esa imagen cuando menos lo espere. Y la pregunta de si pudimos evitarlo. De si era justo.

Pero eso no va a ser hoy.

Será cuando cese la rabia.

Si es que cesa.

Porque a lo mejor estas ganas de agarrar la vida hasta que estalle entre mis manos no se me pasan.

A lo mejor voy a tener siempre el ritmo de esta sangre que hoy me golpea.

Eso, de momento, no puedo saberlo.

Solo sé que ahora mismo no me arrepiento.

Que me duelen las manos de golpear contra el saco.

Que me duelen las piernas de dejarme la piel haciendo sentadillas.

Que siento mi cuerpo tan fuerte como necesito saberlo. Tanto como para que, cuando llegue el próximo golpe, me duela diferente. Ni más ni menos que antes. Tan solo diferente.

Tranquilo, Brais, no te pongas nervioso: ya te llegará tu turno.

Como a todos.

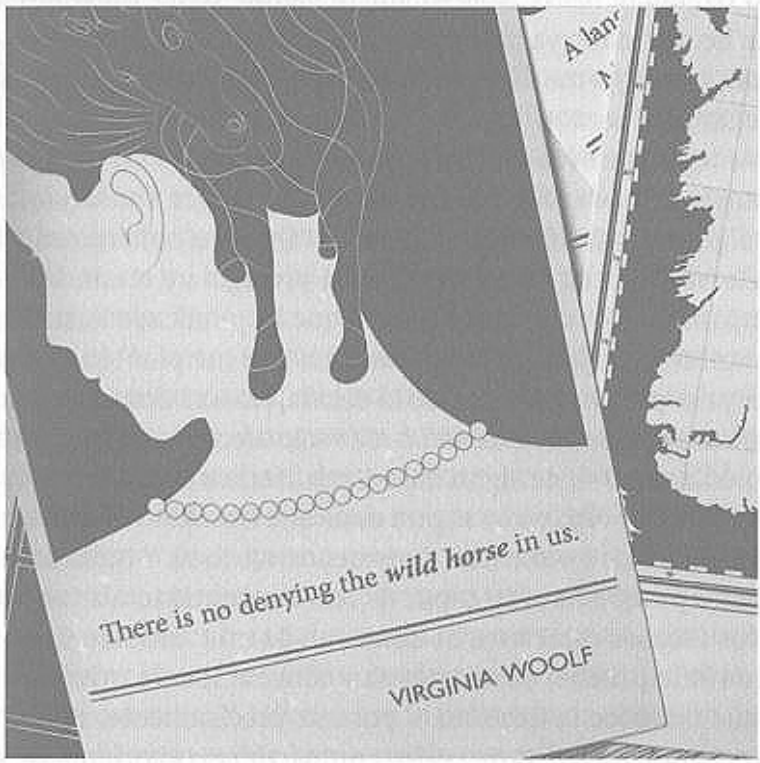
En la pantalla de mi móvil, un mensaje: alguien acaba de escribirme en el Insta.

«¿Puedes dormir por las noches, cabrón?».

Ni siquiera necesito mirar el perfil desde el que me la envían.

Hay frases —y heridas— que solo pueden tener un dueño.

s_w_a_n_n_m_e



7

Le he mandado ya más de tres mensajes, pero no consigo que @brokenwindow me diga quién es. En sus respuestas solo me pide un lugar para vernos.

«Antes de que sea demasiado tarde», añade.

Empiezo a preocuparme, pero no me parece sensato quedar con alguien cuya identidad ignoro. Tampoco consigo adivinar nada a través de su cuenta, pues está protegida y el candado que acompaña su *nick* me impide leer lo que ha publicado hasta ahora. Su nombre no figura en Instagram, así que me planteo qué debo hacer y me pregunto si, cuando lo decida, no será demasiado tarde. Tampoco sé si ese «demasiado tarde» solo afecta a ella. Si me afecta también a mí. O si, de algún modo, nos afecta a las dos.

Porque si de algo estoy segura es de que @brokenwindow es *ella*. Y tiene mi edad. Un año más, uno menos. No lo sé. Y quizá me haya escogido porque ha sido capaz de leer la oscuridad que se oculta tras los escasos caracteres de cada uno de mis tuits. No dispongo de una sola prueba, pero estoy tan convencida de mis intuiciones que tampoco la necesito. Y por eso, precisamente, siento una urgencia que me gustaría poder compartir con alguien. Con Iris. O con Mikel. O con Nelson. Pero no creo que lleguen a entenderlo y, sobre todo, no me apetece tener que volver a lo que me sucedió a mí para intentar explicarles lo que ahora intuyo que le está sucediendo a esta desconocida.

Vuelvo a intentarlo: «Dime un nombre. O manda una foto. Lo que tú quieras. Solo tienes que decirme quién eres y te prometo que nos veremos». Mientras espero su respuesta, si es que llega, me pregunto por dónde debería empezar a buscar a Joel. Es mucho más difícil este camino, el que requiere actuar, que aquel otro donde

solo tenía que dejarme guiar hasta ese lugar del que estuve a punto de no poder salir. Un recorrido donde solo había que odiarse lo bastante como para ansiar la perfección, condujese adonde condujese. Iris no sabe nada de aquellos meses. Ni Mikel. Ni Nelson. Ni mi familia inventamos entre todos una mentira que nadie creyó y que, por supuesto, los demás siguen poniendo en duda. Alguna vez preguntan, como si yo tuviera la intención de abrirme con ellos, pero no sé si nuestro grado de amistad da para tanto. No estuvieron allí cuando me rompí, así que no creo que tenga demasiado sentido que lo estén ahora que empiezo a recomponerme. Pudieron verlo, claro, sabían lo que pasaba. Veían lo que yo veía. Pero callaban…

Los comentarios desde l.º. La maldita ESO convertida en un túnel infinito, estúpidamente gigantesco, un lugar del que no parecía que hubiera salida porque cada día podía convertirse en algo mucho peor que el anterior. Nadie miraba más allá de lo necesario. En realidad, era fácil fingir que no se daban cuenta. Nada en la pizarra. Ni en mi mesa. Ni un solo empujón en el pasillo. Tampoco en el patio. Todo era casi perfecto en las horas que compartíamos en el Valdés, aunque se sintiera la frialdad y hasta el rechazo (no te sientes aquí, mejor busca otro grupo, no te lo vayas a tomar a mal, ¿eh?), aunque en 2.º empezaran los ataques de ansiedad cuando sonaba el despertador y pensaba que debía volver a clase. Pero allí, en realidad, no sucedía nada. Todo era frío. Aséptico. Gente con la que no me entendía pero a la que no podía acusar por ello: no tenía enemigos, pero tampoco amigos. Estaba Iris, claro, cuando no andaba metida en su mundo y más preocupada de los *likes* y los *follow backs* que de cualquier cosa que yo pudiera contarle. Y Mikel, si se lo permitía su obsesión por el chico de turno, porque se había creído ese rollo del príncipe azul y lleva buscando el suyo desde que lo conozco. O Nelson, que fue la salvación de todos —y el príncipe elegido por Mikel, cómo no— cuando apareció en 3.º recién llegado de Baltimore, con una vida que imaginábamos apasionante y que, en realidad, tampoco era mucho más especial que las nuestras. Pero lo peor nunca sucedía allí, en esas clases. Ni en esos pasillos. Ni en ese patio. Lo peor era llegar a casa y mirar el móvil. Algún rumor insidioso desde @lxsdelValdés. Algún comentario fuera de lugar en cualquiera de mis perfiles. Un silencio atronador —cero *likes*, cero retuits, cero

interés— en todos ellos. Así fue como nació @brokenswann, cuando decidí que era mejor dejar morir las cuentas que mis compañeros sí conocían, esas en las que les empezó a resultar divertido combinar la omisión con hablar de mí, o de mi ropa, o de mi cuerpo. Dejé de leer lo que escribían, aunque pudiera adivinarlo. Y me dediqué a buscar gente en la red que sí me comprendiese. Lo que no sabía entonces es que, a cambio de esa comprensión, iba a tener que jugarme la vida.

—A ti te gusta Joel.

—¿Pero qué dices, Iris?

—Venga, tía, confiésalo.

—Pues claro que le gusta —la apoya Mikel.

—¿Podríais ser menos infantiles, por favor?

No sé cuántas veces hemos tenido esta conversación desde que llegó él al Valdés el pasado septiembre. Ellos afirman, yo niego y al final todo acaba en tablas y en unos puntos suspensivos que anuncian que habrá que retomar, en breve, ese mismo diálogo.

A veces dudo, claro. Cuando me sorprendo mirándolo. Y hasta he estado a punto de dejarme abrazar por él. Aunque al final eso no ocurriera y aún me pregunte si mi huida afectó a nuestra relación más de lo que me gustaría. Fue una noche, en el Sky, en medio de una de esas canciones estúpidas que solo sirven para acercarse a la persona que te gusta y dejarte llevar. Quería intentarlo. Estaba frente a mí y notaba que sus ganas de probar suerte eran tan rotundas como las mías de que ocurriese. Como mi deseo de sumergirme en ese cuerpo tan fibroso, siempre en tensión, con músculos que aparentan estar siempre tan crispados como sus emociones. Hay algo de erizo en su forma de ser y de comportarse, una aspereza extraña que, por algún motivo, me atrae y me hace preguntarme qué esconde debajo. Pero aquella noche no sucedió. Se impuso en mí ese miedo que no soy capaz de explicar y que no tiene nada que ver con Joel, sino conmigo. Quizá fue una estrategia para asegurar lo que ya tenemos. No estoy segura de cómo debería llamarlo, solo sé que desde que decidí que era el tipo más insufriblemente arrogante que había conocido, encontré en nuestros silencios un modo de comunicación que, con los demás, no me resulta imaginable.

Con eso debería bastarme para encontrarlo, ¿no? Con lo que

hemos hablado estos meses. Con lo que hemos callado. Con las músicas con que nos despedíamos o con los mensajes en clave encerrados en las fotos del Insta o en algunos de los anónimos del ThisCrush.

—¿Ves como sí te gusta?

—Que no, Iris. Que no me gusta.

—Lo que tú digas.

Supongo que me da algo de rabia, porque siempre me dije que mi vida nunca sería un tópico. Que no me colgaría del primer macarra que se cruzara en mi camino. Y que, si me gustaba alguien, intentaría que no encajase en ese prototipo. El mismo por el que babea la mitad de mi clase.

—No eres mejor que yo —apunta Mikel—. Eso es lo que te fastidia, ¿verdad? Tanto tiempo metiéndote conmigo por colgarme de tíos difíciles y ahora va a resultar que la que elige al más chungo de todos eres tú.

A Mikel y a Iris les divierte todo esto. Lo sé. Hay una parte en ellos que siente que lo que sea que me une a Joel forma parte su propia venganza contra mí, por no haberme dejado arrastrar por el romanticismo desbordante de uno ni por la burbuja de popularidad youtubera de la otra. Debo de ser la única que no forma parte del grupo de admiradores *on line* de Iris, y aunque finja que eso no afecta a nuestra amistad, hace tiempo que me consta que sí lo hace. Por eso encuentra una especie de placer perverso en verme tan perdida, como si mis dudas sobre Joel fueran el precio que me toca pagar por intentar ser independiente. Por no jugar a cumplir las normas de una realidad que no me interesa y en la que llevo años sintiéndome excluida.

Sigo mirando el móvil y marcando, de vez en cuando, el teléfono de Joel. Pero ni @brokenwindow me escribe de nuevo ni Joel ha vuelto a conectar su móvil. Estoy tan frustrada que tengo la tentación, durante solo un momento, de volver a casa. Meterme en la cama. Cubrirme con la manta hasta que apenas se me pueda encontrar y esperar a que pase esta noche como si lo que está sucediendo no fuese más que una maldita pesadilla.

Si lo hago, estaré a salvo. Evitaré que los hechos se descontrolen y vuelvan a hacerme daño.

Si lo hago, podré fingir que no ha pasado. Y pienso en las

ventajas de esconderme y en la cantidad de excusas racionales que puedo encontrar: es lo mejor, aún estoy medio convaleciente, sé que soy vulnerable.

Si lo hago, me estaré traicionando. Y me doy cuenta de que volver es la opción fácil ahora, sí, pero también la que me obligará a pagar un precio más alto. Porque mañana, cuando amanezca, puede que la culpa se quede conmigo y me devuelva al mismo túnel y a los mismos monstruos de los que tanto me está costando huir.

Por eso no regreso a casa y continúo deambulando por el barrio. Aunque no tenga ni idea de hacia dónde dirijo mis pasos. Aunque la ciudad me resulte, de repente, inmensa. Un mapa imposible lleno de calles y edificios en los que no sé cómo empezar con esta búsqueda contrarreloj. Una carrera en la que, si al final Joel resulta ser uno de esos dos cuerpos, todo dejará de tener sentido.

Instagram

caulfield_is_back

caulfield_is_back ¿De subida o de bajada?
#mejorhaciaarriba #nopodránconnosotros

8

Tres meses.

Han pasado tres malditos meses desde que llegué aquí y todo sigue igual.

Maldito septiembre.

Maldito octubre.

Maldito noviembre.

Lo puedo repetir hasta cansarme.

Como los golpes contra el saco.

Como las veces que soy capaz de derribar a cada gilipollas que se atreve a entrenar conmigo en el gimnasio.

Cuando machaco a quienes me hacen de *sparring*, siento que Rober y Brais me miran con una mezcla de rivalidad y desprecio. Ellos dos están siempre allí. Rodeados de gente. El monitor y su colega. Y aunque Rober sea el entrenador, juraría que es Brais quien lo domina.

A veces, mientras entreno, intento frenarme. Pero me cuesta. Tengo que hacer verdaderos esfuerzos para no cargar contra los demás y contra su soberbia. Contra esa chulería que sé poner a raya con solo un par de movimientos.

«Sabía que nos encontraríamos de nuevo».

No me había dado cuenta de que Dani estudia en el Valdés hasta que vi su mensaje en mi Insta. Tampoco era tan evidente. Hay ocho primeros de Bachillerato,—así que es difícil que nos conozcamos todos.

Además, yo estoy en uno de los buenos.

El B.

Hasta el C siempre suelen ser buenos.

Luego, ya no.

Luego amontonan en las demás letras a los que van sobrando o a los que no saben dónde colocar.

—Si no fuera por tus notas, Joel…

Mi madre siempre tiene algún argumento para hacer que mis logros parezcan basura.

—Menos mal que tienes buena memoria, hijo, porque si no…

Solo estoy en el grupo bueno porque soy capaz de memorizar. No porque me lo curre. Ni porque me lo merezca. Ni porque haya algo en mí que valga la pena. Esa es su teoría, claro. Porque la mía no tiene nada que ver con eso. La mía tiene que ver con las horas que le dedico a todo. A las clases. Al gimnasio. A intentar hacer algo con el cuerpo y las manos. A la lucha y a la escultura. A todo lo que forma parte de mi mundo, ese que mi madre apenas intuye y que mi padre no conoció jamás.

«¿Unas cervezas? ¿Hace?».

Dani es un tío insistente.

No recordaba su nombre, así que he tenido que buscarlo en su perfil.

Es verdad. Me dijo que se llamaba Dani.

«Venga, tío, anímate».

Corto la conversación con un no tajante.

Pero él insiste.

Que si por qué no nos vemos.

Que si somos los únicos que compartimos ese secreto.

Que si le gustaría darme las gracias por no haberlo dejado tirado cuando nos dimos en el circo de hace dos meses.

Al final le digo que sí y quedamos en una de las calles que hay junto al lugar donde nos conocimos.

—Podías haberme matado.

—No exageres.

—Eres bueno, tío.

—Tú tampoco te defendiste mal.

—He mejorado, ¿no?

La conversación es estúpida y breve. Ni siquiera digo su nombre una sola vez. Tampoco sabría cómo llamarlo. ¿Daniel o Dani? Me cabrean los nombres que se pueden decir de varias formas, como si en vez de una sola persona delante de mí, hubiese muchas más.

Además, él y yo no tenemos nada en común. Solo una pelea

donde acabamos escondiéndonos juntos de la poli y una afición secreta, que nadie más en nuestro entorno puede ni debe conocer.

—¿Dónde entrenas?

—En el gimnasio más barato que he encontrado.

—Vaya —se ríe—, pensaba que el más barato era el mío.

Me dice que a lo mejor se cambia, me pregunta cuánto pago y que si me sé los horarios de las clases de *full contact*.

—¿Y tú por qué lo haces, Joel?

Él sí dice mi nombre.

Peor aún: lo subraya.

Lo marca como si quisiera crear conmigo una conexión que no existe. Un mundo compartido que las palabras no van a volver real.

—¿Por qué lo haces tú?

—He preguntado yo primero.

—Por lo mismo que tú, supongo.

—No.

—¿Ah, no?

—Por lo mismo que yo, no, Joel.

Doble subrayado.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Cada uno tiene sus motivos. Y siempre son distintos.

—No somos tan especiales.

—No he dicho que lo seamos. Solo digo que somos diferentes.

—¿Y no es lo mismo?

—No. Diferente es un adjetivo que me gusta. ¿Y sabes por qué, Joel? —triple subrayado—. Porque es verdad. Pero especiales, no. Especiales es lo que nos cuentan que somos para que nos aguantemos con lo que quieren que seamos.

Me fastidia admitir que, al menos en eso, sí pienso como él.

Que a mí también me cabrea esa palabra.

Ese «especiales» con el que nos mienten desde niños para que nos creamos que la vida que nos espera será perfecta. Hasta que te das cuenta de que no lo es.

No sé si la culpa es de esa coincidencia. O de mis pocas ganas de volver a casa y aguantar las malas caras de mi madre, que todavía no me ha perdonado que no la acompañara al funeral; pero el caso es que me quedo un rato más con él mientras nos tomamos un par de cervezas. Y hasta le pregunto cómo quiere que diga su nombre

(«Todo el mundo me llama Dani», responde) y hablamos de entrenamientos, de técnicas, de rutinas, incluso de zapas. De lo que le han costado las que lleva hoy o de las ganas que tengo yo de comprarme otras iguales. Hablamos de cualquier cosa que sirva para matar la tarde y no pensar en nada. No sé qué ideas quiere evitar él, pero tengo muy claros los recuerdos que estoy intentando contener yo.

—Joel, te ha sonado el móvil.

—Ya.

—¿Y no lo miras?

—Es un mensaje.

—¿Alguna tía?

—Puede.

—Pues contesta…

—Paso.

—Como quieras.

No respondo porque no me apetece tener que explicarle nada. Puede que Dani sea buen tío. Hasta que repitamos cervezas. O que se apunte a mi gimnasio y vayamos juntos al próximo circo que, según dice, será en menos de quince días. Todo eso sí es posible, pero no lo es contarle que acabo de recibir una de las canciones que me recomienda una tía de mi clase. No quiero decirle su nombre. Ni qué tipo de música nos gusta. Ni intentar explicar por qué llevamos ya casi un mes compartiendo temas que, de algún modo que no acabamos de entender, parece que nos conocieran.

Sé que a ella le ocurre lo mismo. A los dos nos sucede algo extraño cuando damos al *play*.

Por eso no quiero sacar el móvil delante de él.

Porque hay una parte de mí que tiene que ver con esa música y que solo se expresa a través de ella.

Con Laia.

Empezamos a hablar porque tiene uno de los pocos nombres que me gustan. De los unívocos.

A ella le hizo gracia que la llamara así.

Unívoca.

Pero me es más sencillo relacionarme con la gente que me resulta transparente. La que no tiene muchos nombres. Ni muchas caras. La gente que no esconde su oscuridad porque sabe que esa

oscuridad forma parte de todos. Que nadie posee solo una identidad, aunque nos empeñemos en impedir que el resto puedan ser descubiertas.

Laia, no.

Laia es de las mías.

De las que muestran a cada paso su laberinto.

Y las sombras.

Las mismas que me llevan a lugares como esa quedada donde conocí a Dani.

Las que me impiden mirar a los ojos a mi madre para pedirle perdón por el daño que, aunque finja no darme cuenta, sé que le estoy haciendo. Por culparla. Por acusarla. Por convertirla en cómplice de todo lo que nos ha torcido la vida.

—Vendrás, ¿no?

—¿Dónde?

—Estás ido, tío —Dani se ríe—. Al próximo circo.

—¿Se sabe cuándo va a ser?

—Te lo he dicho antes. En unos quince días.

—Iré. Supongo.

—No te irás a rajar…

El verbo.

Ese maldito verbo.

—Ni se te ocurra repetirlo.

—Vale, vale, tranquilo.

—Mejor nos vamos.

—Sí, claro —señala mi móvil—, que tendrás que llamar a tu chica.

—No te pases de listo.

—Era broma.

—Ya.

Nos despedimos y, cuando llego a casa, cuando cierro la puerta y sé que no hay nadie más allí, en ese minúsculo espacio que puedo llamar mío, saco el móvil.

Me pongo los auriculares y pulso el *play* para que la música, la que Laia me haya elegido hoy, suene a todo volumen.

Por fin.

Tu historia 15s
2306
nunca os gustaría volver hacia atrás?
#cuandonodolía
Destacar
Más

9

—¿Necesitas ayuda?

El wasap de Iris llega justo cuando estoy a punto de rendirme, harta de esperar a que @brokenwindow se decida a contactar de nuevo conmigo y, peor aún, convencida de que seguir dando vueltas por el barrio no va a servir de nada.

He visitado, uno por uno, los escasos lugares de estas calles donde he estado alguna vez con Joel o, más bien, donde he imaginado que pudimos haber estado, porque hasta la fecha nuestra relación tiene más de virtual que de físico. Podría citar los mensajes que hemos intercambiado, contar los *likes* que hemos cruzado o incluso recordar, sin riesgo de equivocarme demasiado, las músicas que hemos compartido. Lo nuestro está hecho de espacios digitales, de lugares invisibles en los que nadie —ni siquiera nosotros— puede entrar. Solo las personas que nos atrevemos a ser cuando sabemos que nadie más nos mira. Cuando nos aislamos de quienes podrían herirnos si supiesen las verdades que ocultamos. O que, simplemente, no nos atrevemos a desvelar.

—¿Necesitas ayuda o no?

La insistencia de Iris no sé si me resulta oportuna o molesta. Una parte de mí se alegra de poder contar con ella —a fin de cuentas, siempre ha sido buena adivinando secretos ajenos—, pero otra considera que su presencia es una intromisión, un acto peligroso que puede poner en peligro todo cuanto me acerca a Joel. Me asusta la idea de dar un paso en falso.

—No, de verdad. Ya estoy en casa.

—No mientas.

—No te miento.

—Pues claro que me mientes.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque te conozco.

Odio esa frase. Si ni siquiera estoy segura de conocerme yo, ¿cómo es posible que presuman de conocerme los demás? Iris, como la mayoría, apenas sabe cómo soy. Puede que crea imaginárselo. O que se lo invente. Pero no son más que conjeturas. Hipótesis de alguien que ha compartido conmigo seis años de instituto y unas cuantas decenas de fines de semana buscando planes para matar el tiempo. Como si la vida no fuera más que eso, una suma de excusas para que parezca que los días suceden más deprisa, que los años se acaban antes, que al fin van a llegar los dieciocho, y la universidad, y el dejar atrás el Valdés, y sus normas, y todo eso que nos hace sentir enjaulados y mudos cuando deberíamos estar gritando.

Iris no sabe —al menos, yo no se lo he contado— cuánto necesito marcharme de aquí. Ni cómo me pesa este sitio. Ni que he pensado más de una vez en cambiar de insti como si eso fuera a solucionar algo. Como si lo que me hizo perder el equilibrio se pudiese quedar ahí encerrado, bajo los escombros del incendio que ha estado a punto de devorarlo por completo esta noche. Como si sus huellas no pudieran seguirme hasta cualquier otro lugar, camufladas en mi portátil. O en mi teléfono. Pero Iris no sabe nada de eso. Porque ella, que dice conocerme, no tiene ni idea de quién es @brokenswann ni de qué le ocurrió, ella solo conoce a @s_w_a_n_n_m_e_m_e y lo que de sí muestra. Y si aprendí algo en el tiempo que estuve encerrada en ese hospital, es que, cuando saliese, usaría las redes (al menos, las que dejaría ver) para que hablase la persona que los demás quieren encontrarse. No la que soy. Ni siquiera la que quiero ser. Solo la chica que, según sus expectativas, debería existir en mí. Basta con elegir bien el filtro y la sucesión de *hashtags*. Todos los necesarios hasta que la vida se manipula lo suficiente como para que, hasta quienes dicen ser tus amigas, crean que lo que cuentas es real y dejen de preguntarse qué escondes bajo la calidez de un filtro Amaro o el boomerang del InstaStories.

—Claro que te conozco.

—No estás en casa, Laia. Reconócelo.

No respondo nada y el tiempo sin teclear me delata. El silencio virtual se mide en segundos. En la eternidad que transcurre entre el mensaje enviado y el tic de leído. O en el vértigo de ese texto que

sabes que quizá no debías haber mandado y para el que sueñas, sin demasiada esperanza pero con verdadera impaciencia, con una respuesta. Iris, esta noche, no la necesita. Sabe perfectamente qué decirme. Y cómo convencerme.

—¿Estás buscándolo? ¿En la calle?

—Algo así.

—No seas boba, tía. ¿Crees que de ese modo vas a encontrar a Joel? ¿En pleno siglo XXI?

—La gente también anda por la calle en el siglo XXI.

—¿Y dónde has mirado?

—No sé, cerca de su bloque, en su gimnasio…

—A la una de la mañana en su gimnasio —intenta contener la risa—. Un planazo, sí.

—Solo era una idea.

—Vente a mi casa, anda.

—¿Ahora?

—¿Y por qué no? Ya sabes que mi familia no respeta horarios.

Me viene bien su ayuda. Lo sé. Pero no estoy segura de que sea lo que a Joel le gustaría. Ni de si mi autoestima está preparada para compartir los méritos de una búsqueda que, hasta hace un segundo, era solo mía. Tengo pocas opciones de hallarlo, sí, pero también el aliciente de hacer algo que, en este año tan gris, me demuestre que valió la pena enfrentarme a la muerte y dejar de marcar mi piel en busca de una sangre que, cuando fluía, me ayudaba a sentirme menos sucia, menos odiosa de lo que me veía el resto del tiempo. Todo eso puede quedar atrás si doy con él. Si soy la primera en averiguar qué le ha sucedido y, sobre todo, en demostrar que el suyo no es uno de los dos cuerpos que aún siguen sin identificar y de los que nadie ha vuelto a decir nada. Apenas son las dos, pero Twitter ha enmudecido y mi TL se ha llenado de mensajes y noticias de países donde ahora, en esta madrugada, empieza a amanecer.

Me gustaría que todo ocurriese del modo en que lo había planeado, con un encuentro feliz al final, pero sé que sola tengo muchas menos probabilidades de que eso suceda. No creo que vagar por una ciudad tan grande como esta, y sin una dirección concreta, vaya a servir de mucho. Puede que resulte eficaz para no obsesionarme con la idea de que Joel esté herido —o incluso algo peor—, pero será también un esfuerzo inútil si no cuento con la

ayuda que ahora mismo me está ofreciendo Iris.

—¿Vienes o qué, Laia?

Sé que su ofrecimiento no es gratuito. Querrá hablar del tema. Y tendré que aguantar sus preguntas y sus comentarios. Pero hasta eso me parece mejor que seguir en esta incertidumbre, convencida de que el tiempo juega en nuestra contra y de que, si no damos pronto con Joel, puede que sea demasiado tarde. «Eso es porque te proyectas en él», me diría Alba. Y me preguntaría si he vuelto a pensar en ello. Si en algún momento he sentido la tentación de intentarlo de nuevo. Yo le respondería que no, insistiría en que he aprendido a desear tanto la vida como para no desprenderme de ella, aunque a veces me duela del mismo modo en que me dolió aquellos meses, como me ha dolido hoy, como me sigue doliendo cuando recuerdo el tiempo que va quedando atrás y del que siempre siguen vivas las cicatrices. Pero no sé si Joel tiene todo eso tan claro como creo tenerlo yo. Si su @Caulfield_Is_Back está más cerca de aquel @brokenswann que del @s_w_a_n_n_m_e_m_e actual. Si su *nick* es la celebración de un regreso o una huida. Una fuga de la realidad a la ficción.

—Está bien, Iris. Espérame.

—¿Vienes entonces?

—Voy.

Comienzo a caminar en dirección a su casa cuando la pantalla de mi móvil me alerta de la llegada de un mensaje.

Un directo.

Por Twitter.

Es @brokenwindow.

«Cuando nos veamos te lo explico todo».

Y a los dos segundos, sin dejarme responder, otro más.

«Dime una dirección y nos encontramos en 20 minutos».

Al parecer, mi única alternativa consiste en elegir si la veré a solas o si se lo voy a contar a Iris. Pero, decida lo que decida, @brokenwindow va a estar allí.

Caulfield_is_back

21	♥ 37	58
Crush posts	Quick likes	Total

No queremos asesinos por aquí, así que ten cuidado.

Anonymous

November 21, 2018 9:22 pm Report Post | Block User | Delete | Make Private

10

—¿Nos vais a contar lo que ha pasado de una vez?

La directora está a punto de perder los nervios, pero la jefa de estudios consigue evitar el desastre. Noelia es la única que sabe lo que hace de toda la junta directiva o, por lo menos, la única con la que parece que hasta se puede hablar de algo.

No lo hacemos, claro.

No hablamos ni con ella ni con nadie.

Porque estas cosas no se cuentan.

Hay un código que nadie te explica cuando llegas al instituto, pero que todos aprendemos deprisa. Lo que se puede y lo que no se puede decir.

Lo que es aceptable y lo que es una traición.

Y esto, si lo contamos, sería lo segundo.

Aarón lo sabe.

Y yo lo sé.

Así que aguantamos la bronca de turno mirando al suelo.

Porque si las miramos a la cara, será peor.

Si escuchamos lo que nos están diciendo, estallaremos y les diremos que estamos hartos de su hipocresía. De su paternalismo. De que nos traten como idiotas y crean que no sabemos resolver nuestros problemas solos.

Así que seguimos, los dos, mirando al suelo. Con los puños doloridos de tanto apretarlos para que no se muevan.

—¡Que habléis de una maldita vez!

Ya está.

Sabía que ni siquiera Noelia iba a poder impedir que la directora perdiese los estribos.

Nos grita. Nos acusa de ser unos salvajes. Amenaza con

expulsarnos tres días, una semana, un curso entero.

Te gustaría abrirnos expediente, ¿a que sí, vieja?

Le encantaría empapelarnos.

Largarnos de aquí.

No le gustamos.

Ni le gusta Aarón.

Ni le gusto yo.

Lo supe desde que me apuntaron al Valdés. Desde ese primer día en que todos —tus compañeros, tus profesores, hasta los conserjes— te miran para ver qué tipo de persona eres y te cuelgan una etiqueta que ya no te quitas en todo el año. Con un poco de suerte, tampoco en los siguientes.

Eres lo que han visto ese día. Lo que han creído intuir aunque no tengan ni idea de tu vida. Ni de lo que te pasa. Porque siempre están pasando cosas. La vida no se para curso a curso. No se acaba en junio para volver a empezar en septiembre.

—Esto no va a quedar así.

Llaman a nuestros padres.

Mi madre dice que no puede venir hasta dentro de una semana. Este mes de noviembre le ha tocado ir mucho a Bruselas por trabajo, así que se lleva la mala noticia en la distancia, y yo asumo que tendré que aguantar su bronca en diferido.

La familia de Aarón ni siquiera responde al teléfono.

—En mi casa pasan de estas movidas —dice, y la directora se enfada aún más con él, como si fuera culpa suya que su familia no quisiera contestar a su llamada.

Salimos del despacho con un parte y una expulsión de dos días cada uno.

—Y dad gracias que no tomemos medidas más severas.

—Pues no habría estado mal —suelta Aarón cuando ya estamos fuera.

—¿El qué?

—Que nos hubieran expulsado más días.

Se ríe.

Yo no respondo.

¿Para qué?

¿Tiene sentido contestar a una broma de alguien con quien has estado a punto de partirte la cara? Él deja de reírse y me mira con

dureza. Con la misma frialdad con la que nos hemos observado hace solo unos minutos, justo antes de que nos lanzáramos uno contra otro en medio del patio.

—Vuelve a tocarme y te mato —me advierte.

—¿Tú y cuántos más?

—Los que hagan falta.

Sé que no miente.

Me quedo observándolo mientras se aleja. En la puerta del instituto lo esperan Brais y Rober, que es el único miembro de su familia que sí parece saber que Aarón existe.

—Con esos es mejor no meterse —me aconseja Dani—. Hazme caso.

Quizá tenga razón. Al final me hizo caso y ahora entrenamos juntos. Por eso los conoce y a los dos nos llama la atención que se acerquen a Brais todos los vigoréxicos del gimnasio.

No está mal entrenar con alguien como Dani, que se pasa callado casi tanto tiempo como yo.

Alguien que tampoco tiene muchas ganas de decir nada.

—Para qué. Lo que digo siempre importa una mierda.

A Laia creo que no le gusta mucho Dani.

A mi madre tampoco.

—¿Ese animal es el único amigo que has hecho en estos meses?

Para ella, todos los que nos machacamos con las pesas estamos en la misma categoría zoológica. Y de eso sabe, claro, porque algo hemos aprendido después de haber vivido tantos años con un buitre. Un tipo que le sacó los intestinos a diecisiete personas en una sola noche.

—¿Qué te ha pasado hoy?

Me habría gustado no contárselo. Pero Laia y yo estamos demasiado pendientes el uno de la otra como para no darnos cuenta de lo que nos ocurre.

—Te he visto entrar en Jefatura.

Se lo resumo todo en un par de wasaps, donde me ahorro los detalles que no quiero que sepa. O que, si ya los sabe, prefiero no tener que repetir.

—Vas a tener que controlarte.

En eso coincide con mi madre.

Con casi todo el mundo.

Y me duele que Laia sea, de repente, como todo el mundo.

Ella debería entender que el control a veces no es posible. Que la rabia te invade. Que tienes más fuerza que palabras y necesitas dejar claro que la razón es tuya. Aunque nadie más pueda entenderlo.

Laia debería hacerlo.

A no ser que solo esté jugando conmigo a fingir que me comprende.

Porque quizá esto que nos pasa no es real y los dos nos hemos inventado una historia con un código que solo funciona con la música. Con las imágenes. Con las fotos de su Insta o con las del mío. A lo mejor, fuera de todo eso, somos igual que el resto.

Dos desconocidos.

—Solo te digo que tengas cuidado. Nada más.

Y yo, como no quiero alarmarla más de lo necesario, le digo que sí.

Que voy a tener cuidado.

Pero miento.

Igual que le miento a todo el mundo.

Miento porque es la única manera de sobrevivir. Y de conseguir que los demás sigan viviendo.

Ellos también lo hacen.

En sus tuits, en los que dicen todo lo que no se atreverían a soltarte a la cara.

En sus muros de Facebook, donde se inventan la vida que no tienen.

En sus cuentas de Insta, donde fingen una realidad que no es la suya.

Por lo menos, yo miento de frente.

Sin que me tiemble el pulso cuando escribo un wasap ni la voz cuando lo digo en voz alta.

Miento porque quiero creerme mi mentira y pensar que voy a ser capaz de dejarlo correr. De olvidarme de lo que me ha hecho Aarón y fingir que no ha ocurrido nada.

Pero me cuesta.

Porque no sé cómo se pasa de alguien que ha querido jugártela como lo ha hecho él.

No sé cómo se perdona a un gilipollas que intenta devolverte al

mismo infierno del que tú has querido escapar. Ni cómo se reprime la rabia cuando tengo tan claro que necesito alejarla de mí.

—¿Te vienes a entrenar?

Dani no puede ser, por una vez, más oportuno. Hoy vamos a salir a correr juntos. Correremos hasta agotarnos, hasta que la ciudad se nos quede pequeña y no haya ni una sola calle más que atravesar.

Correremos porque es el único modo de sentir que hay alguna posibilidad de alcanzar a esa vida que sucede tan rápido como para que no nos dé tiempo a sujetarla con las manos.

—Quince minutos y estoy.

Dani responde con un emoticono sonriente.

Laia, con uno preocupado.

Ninguno de los dos significa gran cosa.

Ahora solo puedo pensar en qué habrá hecho Aarón con esa imagen.

Si se la habrá enviado a alguien más o si solo quería joderme a mí.

No me lo ha dicho.

Por eso nos hemos dado en el patio.

—¿Quién más lo tiene?

—¿Quién más tiene el qué?

—Venga ya, Aarón, no seas capullo.

—¿Qué pasa? ¿No te ha gustado mi regalito?

La imagen que me ha pasado no tenía ni texto ni comentario. Era una captura de pantalla de un periódico donde, si alguien se molesta en agrandar la imagen y leer la noticia, podría darse cuenta de que se me menciona. Solo aparecen pus siglas, «J. R. L., el hijo del constructor», y la alusión es tan minúscula que es necesario subrayarla para adivinar que se refiere a mí.

A Aarón, sin embargo, no le ha sido difícil.

Y tampoco sé por qué ha disfrutado contándomelo.

—Ni se te ocurra colgarlo.

—¿Y qué me vas a hacer si lo hago?

—No me toques los huevos.

—¿Qué pasa? ¿Que eres un asesino como tu padre?

Entonces es cuando me he lanzado sobre él.

Aarón se ha defendido bien, pero no lo bastante como para

evitar que le haya inmovilizado con tanta fuerza que, si no hubieran logrado alejarnos, podría haberle roto el brazo.

—Esto no va a quedar así.

—¿Ah, no?

No hemos dejado de amenazarnos hasta que nos han obligado a entrar en Jefatura. Ha sido necesario que interviniesen cuatro profesores para separarnos y, en ese mismo momento, se ha impuesto el código.

Y el silencio.

Reviso mis redes antes de salir a correr con Dani y no encuentro nada nuevo.

Quiero pensar que Aarón no ha contado nada. Que solo quería cabrearme y hacerme saber que tiene algo en su poder con lo que podría poner a la gente en mi contra.

Lo peor es que no sé de qué le iba a servir eso.

Qué gana él con que la mirada de los demás caiga sobre mí.

O a lo mejor es exactamente eso. Quizá es así de sencillo.

Si me miran a mí, puede que dejen de mirarlo a él.

—El año pasado estuvo mal… Llenaron los pasillos de 4.º con su nombre… Al principio era solo una broma —me explica Laia—, pero al final se convirtió en una guerra entre los que hacían las pintadas y Jefatura. Ni siquiera creo que tuvieran algo contra Aarón, pero él se acabó convirtiendo en el centro de esa movida…

Eso no justifica nada.

—Y este año hay rumores… Por su hermano.

—¿Por Rober?

—¿No curra en tu gimnasio?

—Sí.

—Pues dicen que pasa.

—¿Que pasa él qué?

—Ya sabes… Eso dicen.

Se dicen tantas cosas… Demasiadas.

—Aarón, desde el curso pasado, está torcido… Como si se le hubiera roto algo por dentro.

¿Y qué? Eso no basta. La basura no se justifica. Se limpia. Pero no se razona.

Eso le digo a Laia.

Eso le diría a cualquiera que intentara explicarme por qué Aarón

me amenaza con lanzar una foto y fastidiarme la vida en vez de preocuparse por la suya.

Y lo que le pudiera pasar antes no es una disculpa, solo lo convierte en un cobarde.

¿Cuántos van ya?

A veces no sé si voy a poder recordar tantos nombres. Tanta gente de la que, en cuanto pueda, me gustaría vengarme. Nada demasiado terrible. No hace falta. Con hacerles ver que son escoria me conformo.

Y justo cuando estoy a punto de salir a correr, siento cómo vibra mi móvil.

Un mensaje directo en Twitter.

Una alerta de wasap.

Una llamada perdida.

Decenas de notificaciones de Instagram.

Y mientras las redes se llenan de voces que inventan mi pasado, salgo de casa dispuesto a llegar hasta la última calle de esta ciudad.

caulfield_is_back

caulfield_is_back "The time, it has come to destroy"
#Muse #Niunpasoatrás

11

A Iris no le parece buena idea y a mí, honestamente, me cuesta convencerla. Resulta difícil argumentar que es una decisión sensata citarse con alguien a quien ni siquiera soy capaz de poner nombre. Más aún cuando lo único que me ayudaría a explicarle mi interés por ella es la verdad que callo sobre mí.

—¿Qué es lo que no me estás contando, Laia?

—Esa chica…

—Ni siquiera sabemos si @brokenwindow es una chica —me corta Iris.

—Tal vez sepa algo.

—No quieres quedar con ella solo por eso…

—¿Ves como tú también crees que es una chica?

—No. Yo solo creo que lo que tú me cuentas. Y sé que tienes más información que su *nick*.

En realidad, todo lo que sé de ella está en ese *nick*. Pero eso no se lo digo a Iris porque, si lo hiciera, tendría que hablarle también de mí.

—A veces creo que me subestimas —y me mira con una expresión extrañamente seria.

—¿A qué te refieres?

—Esta chica tiene algo que ver contigo, ¿me equivoco?

—No la conozco.

—Pero crees que sí…

—Me ha pedido ayuda.

—Si su *nick* fuera otro, ¿le habrías contestado?

—A lo mejor —miento.

—No es cierto.

—¿Por qué?

—Porque su *nick* se parece mucho al tuyo.

Creí que Iris no lo sabía, que no había conocido a @brokenswann ni su historia. Estaba convencida de que en ese lado de mi universo solo estaban ellas, las demás, todas las voces que compartían conmigo el mismo dolor, la misma búsqueda de una belleza que resultó imposible, el mismo infierno donde llegamos a creernos a salvo. Pero Iris apunta certera al que también fue mi nombre, el de esa otra persona que a veces me da miedo volver a ser, y en su voz percibo una seguridad que me hace temer que llegó a conocerla.

—¿Desde cuándo lo sabes?

Se alza de hombros y evita responderme.

—Eso ahora no importa.

—Claro que sí. La verdad siempre importa.

—Cuando es útil. Pero esta noche no lo es, Laia.

Quizá tenga razón: si la verdad llega tarde, no sirve para nada.

—Si no te dije lo que me pasaba, es porque temía que quisieras contarlo… —ella no me pide que lo haga y, aun así, yo me justifico con torpeza.

—¿Contarlo? —se sorprende—. ¿Dónde?

—En tu canal.

—¿Te has vuelto loca? ¿Crees que haría algo así solo por ganar suscripciones?

—Hay gente que estaría dispuesta a…

—Exacto, Laia: gente. Pero yo no soy gente, tía. ¿Por qué no te quieres enterar?

—¿De qué se supone que no quiero enterarme?

—De que llevo años siendo tu amiga.

Las dos nos quedamos calladas. Su frase ha sonado dura. Casi metálica. Como si hubiera golpeado el suelo y este se hubiera hecho pedazos bajo nuestros pies. No sigue hablando —y yo, de algún modo, le pido con la mirada que no lo haga—, pero tampoco es necesario. Puedo imaginarme todo lo que ha querido decir y, de repente, hasta recordar momentos donde ella estuvo conmigo, aunque hasta hoy no me había dado cuenta de que su presencia no era tan casual como yo pensaba. No estaba por azar, quiere decirme, sino porque me buscaba para ofrecerme un camino que, en todo ese tiempo, no quise elegir. Me ahorra —y se lo agradezco—

los esperables «podías habérmelo contado», «tenías que habérmelo dicho», «por qué no viniste a hablar conmigo», y soy yo la que, en este silencio, se repite esas preguntas.

Eres una orgullosa, me recrimino. Y siento la tentación de castigarme con la misma crueldad de antes. Cuando aquella otra chica, aquella @brokenswann, se gritaba «cerda», mientras se odiaba delante de espejos que solo pensaba en romper. Cuando aquella otra chica se rasgaba las piernas en lugares que nadie pudiese descubrir. Cuando aquella otra chica creía que la perfección era la única manera de acabar con la humillación y de cambiar la soledad por el desprecio.

Eres una orgullosa, me repito. Y me pregunto por qué he subestimado a Iris durante tanto tiempo.

—Siempre has pensado que me importan más los *followers* que las amigas, ¿verdad? En eso no eres diferente a los demás, ¿sabes, Laia? Tú también crees que si eres *youtuber* tienes que ser una tía superficial, o narcisista, o directamente imbécil. Pero, ya ves, también se puede ser todo eso sin tener un canal de YouTube.

—Nunca he dicho algo así.

—No hacía falta que lo dijeras.

—Estás tan obsesionada que… Bueno, no sé, supongo que me he equivocado contigo.

—¿Obsesionada? A lo mejor. Pero porque me gusta lo que hago y lo que cuento. En mi canal hablo de temas que me importan. De cosas que me gustan. No tengo intención de destrozarle la vida a nadie contando su vida. No es mi rollo. Y si me conocieras, bueno, si te molestaras en conocer a alguien que no fueras tú misma, ya te habrías dado cuenta.

No sé si debería ofenderme. Siento que Iris lleva algo de razón en lo que dice, pero me molesta que todo salga a la luz precisamente ahora, en una de las noches más largas y más amargas que recuerdo. Me preocupa Joel. Me preocupan los dos cuerpos que han sacado del incendio. Me preocupa la identidad de @brokenwindow. Me preocupan tantas cosas a la vez que no puedo evitar juzgar como egoísta la reacción de Iris. Aunque me contengo y reprimo las ganas de echárselo en cara porque, a la vez, pienso que quizá solo sea una respuesta lógica. Incluso esperable. Cuanto más cerca nos acechan las sombras, más inoportuna es la verdad.

—Entonces… ¿Lo sabías?

Iris mastica las palabras antes de atreverse a decirlas.

—¿Lo de tu ingreso?

Asiento. No me gusta pronunciar ni una sola palabra que tenga que ver con aquellos meses.

—La verdad es que… —se interrumpe y duda si debe o no seguir hablando. Le pido con un gesto que continúe, pero ella no está segura de querer hacerlo—. Me prometí que nunca te lo diría, pero esta noche no le veo mucho sentido a callarme nada. A lo mejor tanto silencio tiene la culpa de todo… Quizá eso es lo que ha matado a…

—No lo digas. Por favor, no lo digas… Aún no sabemos quién ha muerto.

—Tenía nuestra edad. Eso sí lo sabemos. Qué mierda, Laia. Con nuestra edad… —lucha por no romperse, se traga las ganas de echarse a llorar y, por fin, retoma su discurso—. Fui yo quien se dio cuenta. Bueno, Mikel y yo. Llevabas un tiempo muy rara… Hablamos con Rubén, con el tutor. Él nos mandó a Jefatura y, al final, fue Noelia quien llamó a tus padres.

Me imagino expuesta en plena calle, en un lugar desde el que todos pueden verme, caminando desde hace meses en medio de una desnudez que ignoraba.

—En Jefatura pensaron que era mejor decirte que la voz de alarma la había dado tu hermana. Les pareció menos invasivo… Por eso nunca te hemos dicho nada. Ni yo… ni Mikel.

Iris baja la cabeza, entre temerosa de mi reacción y abochornada por su silencio: los dos les contaron a otros lo que vieron en mí sin confesarme jamás que lo habían hecho. Fingieron no saber a qué se debían mis semanas de ausencia y nunca me preguntaron por el hospital. Ni por las marcas de las lesiones, que, en realidad, me extrañaba que Iris no hubiera visto cuando nos cambiábamos en el vestuario después de Educación Física. Está tan ciega como los demás, me mentía. Y trataba de convencerme de que si nadie más que yo sabía que la oscuridad me había invadido, era porque había aprendido a fingir muy bien. Tanto como para que el teatro resultase creíble ante todo tipo de espectadores. Incluidos mis amigos.

—Lo siento, Laia. Creíamos que hacíamos lo correcto…

La chica que fui entonces se rebela dentro de mí con furia. «Lo correcto». @brokenswann lucha por salir y responder desde esa ira a la confesión de Iris. «Lo correcto». Como si respirar fuera correcto. Como si la vida no fuera más que una sucesión de tachones con los que intentamos llenar páginas de la mejor manera posible. «Hacíamos lo correcto». Y me dan ganas de gritarle que no es posible hacer lo correcto cuando nadie tiene respuestas válidas, cuando lo único que podemos compartir son dudas, son miedos, son preguntas. Cuando lo que de verdad sabemos es que todo es casual, que el azar impide que la vida sea tan justa como nos dicen que va a ser, cuando no eres más que una niña y los cuentos acaban como tienen que acabar, y las películas terminan como tienen que terminar. Allí sí se puede hablar de lo correcto, porque el argumento premia a quien lo merece y castiga a quien se lo ha ganado; el karma es obligado, casi inmediato, y todo parece que va a tener respuesta, y la curiosidad merece la pena, y puedes esperar algo que, en cuanto cumples catorce, quince, dieciséis, ya sabes que no va a llegar. Finges que no te enteras, claro, porque de alguna manera sientes la obligación de seguir haciendo que crees sus normas, que no eres la persona que estás luchando por ser sino la que ellos han querido crear en ti. Lo correcto no existe, Iris. Eso es lo que ahora mismo, a la chica que yo era hace no mucho, me gustaría decirle. Peor aún, gritarle. Pero la chica que intento ser o, que al menos, me esfuerzo por buscar no se traga esa rabia y trata de convertirla en una respuesta mucho más breve:

—Gracias por contármelo.

Ninguna de las dos añade nada más hasta que, por fin, un mensaje de @brokenwindow nos obliga a actuar en lugar de seguir adentrándonos en el pasado. Cuando acabe esta noche tendré que aprender a mirar de nuevo a Iris, y me pregunto cómo afectará esa nueva perspectiva a la amistad que nos ha unido hasta ahora. Quizá esa palabra, que antes sentía mentira, a partir de ahora sí cobre sentido. Como si el fuego también se hubiese llevado parte de los prejuicios que nos separaban y, de los escombros de ese pasado, surgiesen razones para plantearnos el futuro.

«Estoy abajo. ¿Vienes o no?».

—¿Le has dado mi dirección?

—Me ha preguntado dónde estaba…

—¿Y por eso has tenido que decírselo? —Iris no sabe cómo contener su indignación—. ¿Tú estás segura de esto, Laia?

—¿La verdad? No.

Tecleo rápido: «Vamos». Y espero que ese plural sirva para anunciarle a @brokenwindow que no acudiré sola, sino que hay alguien más dispuesta a conocer su historia para, si es posible, ayudar.

—Ya verás como no le ha pasado nada… —intenta reconfortarme Iris—. Es un tío raro, pero sabe defenderse bien.

—¿Raro? ¿Por?

—Porque es raro. No sé.

—Vaya, a lo mejor no soy la única que tiene prejuicios.

—Quiero decir que…

Sé lo que quiere decir y prefiero que no lo haga.

—Venga, Iris. Vámonos.

Salimos del ascensor y, en el portal, descubrimos una silueta de espaldas. Delgada, un poco más alta que nosotras, con el cabello muy largo, ropa oscura y una gorra negra cubriendo su cabeza.

Ha llegado el momento de conocer a @brokenwindow.

caulfield_is_back

caulfield_is_back Cuando el mar nos encuentre
#siemprejuntoati #veranosquenoacaban

12

Lo peor es que no puedo partirle la cara.

O puedo hacerlo, sí.

Puedo coger a Aarón del cuello y tirarlo contra la pared para sacarme esta rabia de encima.

Llevo ya muchas semanas comiéndome la cabeza con este tema.

¿Y si no ha sido él quien publicó esa basura sobre mí en las redes?

Hay algo en la actitud de Aarón que me hace creer que, si él lo hubiera hecho, lo habría firmado.

No habría sido un *post* anónimo en el ThisCrush.

Ni un mensaje sin firma.

Si tuvo el valor para enviármelo y enfrentarse a mí, ¿por qué iba a hacer algo tan rastrero justo después?

Además, si me lanzo a por él, luego vendrían los suyos. Su hermano Rober y el simple de Brais. Se ve que el entrenamiento, junto con lo que sea que se mete, le cunde, porque está cada vez más mazado y hace un par de semanas que ha empezado a currar de puerta en el Sky, una de las pocas discos que no dan grima absoluta en este barrio y a la que va casi toda la gente del Valdés.

Él y sus colegas saben que no tenemos la edad, pero no dicen nada. Mientras la poli no esté cerca, y ahí no suelen estar, miran para otro lado.

La vida es algo así. Aprender a mirar para otro lado.

Hacer como que no te enteras, como si nada fuera contigo.

Eso, en mi familia, se nos ha dado siempre de puta madre.

Fingir que la vida es lo que les sucede a los demás, como si la tuya fuera una película. Un argumento que no tienes que escribir porque no lo estás haciendo tú.

Me rayo.

Me raya muchísimo que esa foto esté rulando en la red.

Que hablen de lo que pasó sin saber qué ocurrió de verdad.

Y me raya todavía más que quien lo haya hecho no tenga el valor de dar la cara.

Antes de que circulara por el wasap de todo el instituto, incluso antes de que la colgaran en el Twitter de @lxsdelValdés, la foto ya había aparecido como una publicación anónima en mi tablón de ThisCrush.

Y debajo, un enlace.

Se puede matar a alguien con un maldito enlace.

A mí no, claro. Porque no se puede asesinar a un muerto.

A alguien que ya no existe.

Laia dice que en eso nos parecemos. Que los dos fuimos alguien que ya no somos.

Me lo explica a su modo.

Con frases muy largas, que parecen párrafos, y con sobreentendidos.

Me lo explica, y yo solo la entiendo a medias.

Creo.

A lo mejor ni eso.

A lo mejor no entiendo nada pero finjo que sí porque me gusta estar con ella. Tenerla cerca y soportar sus borderías.

Pero tiene razón.

Aunque no esté seguro de a quién tuvo que matar ella. Ni de cómo era esa otra chica de la que a veces habla como si todavía la llevara dentro. Cuando se pone en ese plan la llamo Eleven. Y ella se pica todavía más.

No le gusta la ciencia ficción.

No sabe ni una palabra de Hawkins ni de los demogorgones.

Y dice que no se parece en nada a «la Eleven esa».

Es cabezota. Mucho. Y sé que a mí me mira a veces como si fuera idiota.

Porque me pone la fantasía y el gimnasio y el arte que no es conceptual. El que dibuja algo. Las esculturas que crean cuerpos en los que identifico la rabia. O el esfuerzo. O hasta el sexo. Lo demás puede que también sea arte. Pero no es el mío. No es mi lenguaje.

El mío es mucho más directo.

Más breve.

Laia, junto con Dani, es de lo poco bueno que me ha pasado este curso. Aunque ella me saque de quicio y él me agote cuando me insiste en que me vaya con sus nuevos colegas. Los tíos que conoció en un circo al que yo no pude ir porque me había tumbado un gripazo, y con los que dice que me llevaría genial.

Pero ahora mismo no quiero conocer a nadie.

Ahora lo único en lo que puedo pensar es en cómo vengarme de quien haya colgado esa foto.

Ese maldito enlace.

Hasta el tutor me ha citado para hablar conmigo.

—¿Estás bien, Joel? ¿Seguro?

Preferiría que me hubiera tocado uno más pasota, uno de esos profes que nunca hacen las tutorías y te dicen que te vayas a casa cuando llega la séptima del jueves.

—Todavía no me has contado qué te pasó realmente con Aarón…

Pero Rubén es de los integristas. De los que se toman las tutorías muy en serio. Y no se corta preguntando sobre lo que cree que va bien y sobre lo que le parece que va mal.

—Te aseguro que no sale de aquí, Joel.

No sé si nos toman por imbéciles cuando nos sueltan cosas así. ¿De verdad espera que me crea que no correrá a decírselo a la orientadora, o a la jefa de estudios, o a quien sea? Así que no traiciono a Aarón —porque él tampoco lo ha hecho, me consta— y me sigo callando.

—Entiendo que es un tema delicado, Joel.

Rubén repite mi nombre en cada frase.

Me enferma.

No me haces sentir más cómodo por decir mi nombre.

No voy a confiar en ti por eso.

—De verdad que lo entiendo, Joel.

Y me muerdo los labios, hasta casi hacerme sangre, para no responderle que él no entiende una mierda.

Que a él no le han llamado asesino.

Que él no siente que pesan sobre su cabeza las muertes de diecisiete personas que solo estaban en su casa. Una noche cualquiera. Una madrugada en que el edificio donde vivían se

derrumbó por culpa de que la constructora de mi padre había abaratado los materiales.

El juicio fue largo.

Complicado.

Penoso.

El juicio fue la puerta de entrada a un infierno del que iba a ser imposible salir.

Por eso maté a @joelblack.

Y dejé allí a quien había sido.

Entre las llamas.

De eso no puedo hablar contigo, Rubén. ¿No te das cuenta? No puedes entender nada de eso porque tu vida no se parece la mía. Ninguna vida se parece. Así que cualquier frase de consuelo que puedas decirme me sonará ridícula. Como todas las que escuché entonces de la poca gente que no huyó de nosotros.

La mayoría se fueron.

Primero nos escupieron y después se largaron.

Y aunque te lo describa, no te vas a hacer ni la más ligera idea de lo que se siente.

Ni de lo que te pasa por la cabeza cuando descubres que una de las diecisiete personas que encontraron bajo los escombros tenía un álbum con fotos tuyas —la mayoría, conmigo— en su móvil.

Una cuenta de Instagram llena de recuerdos felices que alguien debería borrar de una maldita vez y que, en las noches en que no soy capaz de conciliar el sueño, sigo mirando como un idiota.

Cuando la echo de menos.

Cuando necesito hacerme daño.

Cuando vuelvo a pensar en Vega.

Cuando Holden Caulfield no puede controlar la situación y quien grita es ese Joel que creía haber dejado arder en el infierno.

Entonces entro en su perfil y miro nuestra última foto.

La que nos hicimos una noche en la playa.

En el mar, las madrugadas son distintas.

Infinitas.

El edificio se cayó una semana después de esa noche.

Podemos hablar de eso, Rubén. De qué hacemos con las redes de los muertos. ¿Tú lo sabes? ¿Las borramos para que no nos duelan? ¿Las seguimos manteniendo junto a nosotros para recordarlas?

¿Usamos alguna app para que nos respondan, como si quienes las crearon aún siguieran vivos? Basta con analizar sus patrones de respuesta y sus motores de búsqueda para obtener algo que no es real, pero que finge que la otra persona sigue ahí, en una distancia imposible.

Puedo darte el Instagram de Vega para que veas esa foto, muy parecida a la que esa misma noche también colgué yo. Pero aun así, por mucho que te fijes en ella, en cómo me abraza, en la sonrisa con la que miramos a cámara mientras disparábamos ese *selfie*, tampoco lograrías entender nada.

Porque tú no estabas allí.

Tú no fuiste a su funeral.

Al suyo y al de sus padres.

A ti no te retiró la palabra su hermano.

Martín, el mayor, que fue el único que se libró porque esa noche dormía en casa de unos amigos.

Y no te dijo que eras tú, sí, joder, que eras tú uno de los que la habían matado.

Ni te sigue mandando mensajes que no respondo porque, aunque duelan, respeto su rabia.

«¿Puedes dormir por las noches, cabrón?».

A Vega no creo que la descubran. Sea quien sea el listo del Valdés que ha colgado ese enlace, solo sabe la mitad de la historia.

La que tiene que ver con el edificio que se cae y con el juicio que acaba con mi padre en la cárcel y ahorcado solo unos meses después.

La historia que se cierra con mi madre y yo huyendo de esos diecisiete muertos.

Y que empieza cuando me doy cuenta de que el muerto número dieciocho se llama como yo.

Por eso, cuando encuentre al que ha colgado esa fotografía, lo tiraré al suelo de un puñetazo.

Uno solo.

Lo bastante fuerte como para estar a punto de noquearlo.

Pero sin dejarlo inconsciente.

Porque quiero que se entere de que soy yo.

De que he sido yo.

Y luego esperaré a que suplique.

A que me pida que no le haga daño.

Disfrutaré ese momento y le asustaré sin ni siquiera moverme.

Tensaré los brazos.

Apretaré los puños.

Y cuando el terror lo rompa, sin siquiera rozarlo, me marcharé de allí.

s_w_a_n_n_m_e "A voice that says, i'll be there and you'll be alright" #deseos #voces #cityofstars

13

@brokenwindow es bastante más alta que yo. Tan delgada como esperaba y con una larguísima melena que cubre el tatuaje en forma de raíces que le recorre el cuello. Recibe a Iris con extrañeza y, por un segundo, parece que va a salir corriendo.

—Espera, por favor… —me acerco con cautela y señalo a Iris, a quien pido que se quede unos pasos detrás de mí—. Es una buena amiga.

—Tenías que venir sola —extiende su mano y me pide que me detenga. Si doy un paso más, quizá desaparezca.

—Iris puede ayudarnos. Sea lo que sea, seguro que puede ayudarnos.

No responde y, durante unos segundos, se limita a observarnos. Su ropa es al menos dos tallas más grandes de la que realmente debería llevar. Me reconozco en su intento de ocultar el cuerpo a la mirada de todos, en la gorra con la que consigue mantener en sombra su rostro, en las mangas que no permiten ver las manos y en los pantalones que pretenden esconder las piernas. Supongo que es tan consciente como yo de que las dos sabemos más de la otra de lo que estamos dispuestas a admitir, pero prefiero callarme y dejar que sea ella la que maneje el encuentro, intrigada por lo que la haya traído hasta aquí.

—Acércate —doy unos pasos e Iris hace ademán de seguirme—. Ella no. Solo tú.

Le pido que se mantenga alejada de momento y me aproximo a @brokenwindow despacio. Con miedo a que un movimiento brusco pueda desatar de nuevo su desconfianza.

—Sigo sin saber tu nombre.

—Después de esta noche, no nos veremos más —me interrumpe

—, así que podemos ahorrarnos las presentaciones.

—¿Y esta noche por qué quieres verme?

Saca su móvil y me muestra una de las fotos del incendio que alguien ha colgado en Instagram.

—Por esto.

—¿Tú sabes algo?

—Lo único que sé es que hay gente a la que no encuentro. Y tengo tanto miedo como tú de que estén ahí dentro…

—¿Cómo sabes que yo…?

Iris, desde lejos, da una patada contra el suelo. Empieza a ponerse nerviosa y temo que, si no la incluimos, pueda decir o hacer algo inconveniente.

—¿Te importa si viene ella también?

—¿Estás segura de que es legal?

—Muy legal.

—¿Y por qué tiene que acompañarnos?

—Si ella no viene, yo tampoco —arriesgo.

Se lo piensa y, al final, accede sin mucha convicción.

De repente, me da por pensar que, en este encuentro entre tres desconocidas, el único nombre real que hemos pronunciado es el de Iris, justo el de quien no tenía ninguna intención de estar aquí. @brokenwindow apenas la mira, intenta dejar claro que solo ha aceptado su presencia como una imposición mía, y sigue hablando como si ella no estuviera delante.

—Estás buscando a Joel, ¿verdad? —me descoloca.

—¿Lo conoces?

—Muy poco.

—¿Pero también lo buscas?

—Algo así.

Adivino algo extraño en su mirada. No sé bien cómo interpretarlo y me pregunto si no me estaré equivocando acercándome a ella. ¿Cuál es su interés en encontrarlo? Intento situarla en su mundo y no encuentro ninguna pista que los relacione. ¿De qué se conocen? ¿Y cómo sabe que yo lo estoy buscando?

—No es el único que ha desaparecido esta noche.

—En el incendio han encontrado dos cuerpos —añade Iris, que por fin se anima a tomar la palabra—. Así que tiene sentido que

haya más gente que no podamos localizar…

—Joel no tiene por qué ser uno de ellos —me rebelo. Sé que es una reacción infantil, pero no puedo contener mi necesidad de creer que sigue vivo. Al menos mientras no haya pruebas que me obliguen a abandonar esa esperanza.

—Nadie ha dicho eso. Tranquila —Iris intenta rodearme con su brazo, pero, como casi siempre que alguien pretende acercarse físicamente a mí, la esquivo antes de que consiga hacerlo. Aún siento que mi cuerpo es un lugar que no admite más presencia que la mía. Como si todo él guardase memoria del daño sufrido.

—¿Entonces buscas a alguien más? —le pregunto.

—A un amigo de Joel.

—¿Dani?

—¿Lo conoces?

—La verdad es que no mucho.

Iris tarda bastante más que yo en ponerle rostro. Dani es un alumno de otro grupo con el que apenas habremos cambiado dos o tres palabras en todos estos años. Tampoco yo sé mucho de él, salvo que Joel lo menciona de vez en cuando. Entrenan juntos. Van al mismo gimnasio. Y salen a correr de vez en cuando. Si no hemos pensado en Dani antes es, básicamente, porque hasta este momento ni siquiera formaba parte de nuestra vida.

—No consigo que me coja el teléfono.

—¿Has hablado con su familia?

—¿Su familia? —@brokenwindow se ríe.

—¿Pero has llamado a su casa?

—Claro que he llamado. ¿Me tomas por idiota? Pero allí nunca hay nadie. Su padre se largó hace mil años y a su madre es imposible localizarla.

Me cuesta no asomarme a la oscuridad. No sumar las evidencias y creer que Joel y Dani, los dos desaparecidos, son también los dos cuerpos que han sacado de entre las llamas.

—No saquemos conclusiones precipitadas —se me adelanta Iris —. No tienen por qué ser ellos. Después del incendio ha salido a la calle medio insti, y más de uno estará ahora por ahí, de fiesta. O de botellón. Seguro que no somos las únicas que buscamos a alguien.

—¿De botellón? —no doy crédito—. Pero ¿qué dices, Iris?

—Pues la verdad. ¿O te crees que todos se han ido a llorar a su

cuarto? Aquí cada uno va a su rollo. Y mientras no nos lo corten, el mundo se puede ir a la mierda.

—Te veo muy positiva.

—Solo un poco misántropa —saca su móvil y teclea algo rápido.

—¿Y ahora qué haces?

—Apunto la frase. Es buena para empezar un vídeo.

—Venga ya… @brokenwindow nos interrumpe y reclama de nuevo nuestra atención.

—Tenemos que hacer algo.

—¿Pero hacer qué? —pregunto con un desconcierto que es completamente sincero.

—Lo que sea necesario para encontrarlos.

—Antes necesito que me digas una cosa —le pido.

—¿El qué?

—¿Cómo has dado conmigo?

Se ríe. Mi pregunta le resulta tan ingenua que no puede evitar soltar una sonora carcajada.

—¿Tú cómo crees?

No necesito que diga nada más. Está claro que me ha encontrado a través de la red. Ha visto mis *likes* en el perfil de Joel. O mis comentarios en alguna de sus imágenes. No sabe quién es Laia, pero sí conoce a @s_w_a_n_n_m_e_m_e y a @holden_is_back. Puede que esos sean nuestros únicos nombres reales y que lo que viven y dicen sea mucho más verdadero que lo que decimos y hacemos Laia y Joel.

—Lo he intentado en el hospital.

—¿Y…? —se interesa Iris, que sospecho que quiere ser la primera en dar la primicia en su canal.

—Nada. Está lleno de policía y no me han dejado ni acercarme… Pero seguro que en un par de horas lo sabremos todo. Había un montón de periodistas.

—Entonces, ¿qué sentido tiene buscar a nadie? —la provoca de nuevo—. Con que nos sentemos a esperar es más que suficiente.

—Lo sería si el único peligro real fuera ese incendio… Pero lo más seguro es que los cuerpos que han sacado no sean los suyos.

—Eso es lo que queremos, ¿no? —confieso que no acabo de saber adonde quiere llegar—. Lo que estamos deseando es que no sean ellos.

—Claro… Pero si no lo son, también puede que estén haciendo algo…

—No te sigo.

—Lo que quiero decir es que, quizá, si han desaparecido es porque ahora mismo están en otro sitio. Tan peligroso como ese fuego… O peor.

—Está claro que sabes más que nosotras, así que ¿por qué nos necesitas? —Iris lanza la misma pregunta que estoy haciéndome yo.

—A ti no te necesito para nada —le responde sin siquiera mirarla—. Solo necesito a Laia.

Tardo unos segundos, pero de repente todo parece cobrar sentido. Sé que me ha encontrado por mi relación —tenga el nombre que tenga— con Joel; aunque para ella, probablemente, él no sea más que Holden. Que le preocupa dónde pueda estar Dani, uno de los pocos amigos que Joel ha hecho este año. Que ha venido hasta mí convencida de que me necesita para encontrarlos cuando, seguramente, sea tan consciente como yo de que sé muy poco —en realidad, casi nada— de los lugares que frecuentan.

Pero también sé que Joel es, a menudo, incontrolable. Que hay un fuego en él tan poderoso como el que esta noche quemaba el Valdés, y días en que no sé si voy a ser capaz de contenerlo ni de encontrar la canción justa para que, cuando llegue a casa, sienta que las heridas duelen un poco menos y que hay alguien que, aunque no se atreva a tocarlo, sí lo abraza. Alguien a quien @brokenwindow necesita para convencer a Joel de que no haga lo que sea que esté a punto de hacer. Por eso, y solo por eso, me necesita.

No es preciso que me aclare mucho más. Porque ahora sí interpreto la inquietud que he leído antes en sus ojos. Ahora sí entiendo por qué le tiemblan las manos. Y no solo tiene que ver con el frío. Ni con esa delgadez suya, ese evidente tributo a Ana y a Mía sobre el que, si la noche me lo permite, intentaré hablar con ella cuando todo haya terminado. Su temblor también nace del miedo. Porque teme que sea Dani, o que sea Joel, o que sean los dos quienes han provocado ese fuego. Y que el incendio solo haya sido un primer paso hacia algo todavía peor.

—Podría encontrarlos —se justifica—. Pero si han decidido hacer lo que creo que están a punto de hacer, no puedo

convencerlos sola…

—A Dani ni siquiera lo conozco.

—Pero a Joel, sí —insiste—. Y Dani hará lo que Joel le pida que haga.

En la expresión de Iris leo desconfianza. No está segura de que nada de lo que nos está contando @brokenwindow sea verdad. Ni cree que sea buena idea seguirla a esos lugares donde, según dice, podría encontrarlos. Siente que hay algo extraño en ella y, más aún, en su aparición de la nada, en mitad de una noche donde todo resulta tan siniestro como el incendio con el que ha comenzado. Pero yo, sin embargo, sí puedo leer verdad en sus palabras. Quizá porque soy consciente del esfuerzo que le ha supuesto buscarme, venir a mí y romper su silencio. Incluso podría dibujar el espacio frío y solitario donde se hallaba encerrada hasta que la urgencia la ha llevado a dar un portazo y a salir de ese infierno lleno de princesas, de hadas, de voces lúgubres que cantan a coro los nombres de Ana y Mía y que se habrán sentido decepcionadas al ver que en ella sigue latiendo con fuerza el aliento de la vida frente a la fascinación por la muerte. Por todo eso, supongo, creo en lo que me dice. En cómo le tiemblan las manos cuando lo cuenta. En esos ojos que, a pesar de la dureza con la que intenta revestir sus palabras, gritan su miedo cada vez que nuestras miradas se cruzan.

—Está bien. Iremos contigo.

—¿Te has vuelto loca? —se queja Iris—. Ni siquiera nos ha dicho su nombre.

—¿Y qué más te da?

—No voy a ir detrás de una desconocida a no se sabe dónde… No me he vuelto tan loca todavía, lo siento.

—Iris, por favor…

—Déjala —me dice @brokenwindow—. No la necesitamos.

—Eso te gustaría, ¿verdad? —le responde Iris—. Librarte de mí te encantaría…

—Puedes venirte o no. Me da lo mismo. Pero no pienso seguir aquí perdiendo el tiempo.

Ahora soy yo quien se acerca a Iris. Me suele resultar más sencillo hacerlo cuando elijo de qué modo y en qué momento me aproximo. Tampoco es fácil. El tacto de alguien ajeno a mí me sigue resultando extraño, así que intento concentrarme para no

reaccionar con brusquedad. Ni con aspereza. Y por un momento pienso en la noche del Sky. En Joel frente a mí. En cómo me alejé sin que él llegara a comprender lo que acababa de pasarnos… Pienso en todo eso mientras busco la mano de Iris y la aprieto casi con fuerza, con la intensidad justa como para que mis dedos no sientan la necesidad de huir y mis manos asuman, durante los segundos exactos, la existencia de otra piel semejante.

—Ven.

Solo es una palabra. Pero Iris sabe, porque es demasiado inteligente como para ignorarlo, que tras ella hay un «por favor», y un «te necesito», y un «no me dejes sola». Hay un «ahora que sé que me ayudaste en el peor momento de mi vida, también te necesito en este». Hay un «somos amigas», un «gracias por no echarte atrás», un «no quiero afrontar lo que sea que tengo afrontar sin ti». Hay un mundo de palabras que no digo y que se quedan perdidas en ese «ven», en esa mano cogiendo —un segundo, dos segundos, casi tres segundos— la suya, en la mirada con la que admito que si hay algo que merece la pena en esta vida es la amistad y que lamento mucho haber necesitado un incendio para aprender a valorar la suya. Hay un «lo siento», una disculpa por haber dejado que la verdad se escapase ante mis ojos mientras me dejaba embaucar por relaciones que solo se sostenían en directos llenos de preguntas con respuestas monosilábicas y filtros que enmascaraban, en imágenes de tan baja resolución como alcance, la realidad.

—Está bien —accede Iris—. Voy con vosotras.

@brokenwindow comienza a caminar sin decir una sola palabra más y nosotras dos la seguimos. Apenas llevamos unos pasos cuando ambas recibimos el mismo wasap.

«¿Dónde estáis? Necesito contaros algo».

Nos miramos sin hablar y, aunque intuimos que eso puede traernos problemas, Iris le envía nuestra localización a Nelson para que pueda encontrarnos. Sabemos que ha sido una mala idea y que en cuanto @brokenwindow descubra que otro extraño se suma a la expedición, torcerá el gesto o, peor aún, tal vez desaparezca. Pero la segunda parte de su mensaje, donde menciona a alguien con quien no lo habíamos relacionado nunca, no nos ha dejado otra opción.

«Es importante… Tiene que ver con Joel… Y con Dani».

«¿Estás solo o con Mikel?».

«Estoy solo. Él no sabe nada de esto».

«¿De qué?».

—¿Podéis ir más deprisa? —nos apresura @brokenwindow mientras Iris sigue escribiéndole e intenta que ella no se dé cuenta.

—Corremos todo lo que podemos —respondo.

—Pues vais a tener que poder más.

«Os cuento cuando os vea».

«Vale».

«Pero dónde vais».

«Tú alcánzanos, ¿de acuerdo?».

Iris guarda su teléfono tras enviarle nuestra ubicación y aceleramos el paso para acortar la distancia con @brokenwindow. Dudo que a nuestra nueva compañera de viaje le apetezca conocer a Nelson. Pero si su mensaje era cierto y realmente tiene algo que contarnos sobre Joel y Dani, seguro que sí le interesa escuchar lo que sea que vaya a decirnos.

caulfield_is_back

caulfield_is_back Da igual lo que digáis. Lo que me escribáis. Da igual porque Holden va a seguir en pie. Y solo tiene un camino. El suyo 💪 #nolovaisalograr #yonosoymipasado #walkwithme

14

—¿Tenéis?

Dani y yo negamos con la cabeza y Héctor sale en busca de alguien que le deje papel para liarse un cigarro.

—Ha estado bien, ¿no? —se ríe el Pelirrojo.

—Sí —miento, aunque el circo de hoy ha sido más una sesión de aficionados que una lucha real. Y al Pelirrojo, si no midiese casi uno noventa y pesara otros noventa kilos, también habría acabado tumbándolo. No pasa nada. Ya lo haré.

—El sitio mola, ¿a que sí? —añade Dani, que está empeñado en que me integre con esta gente que, no sé por qué, me hace sentir incómodo desde que hemos llegado.

—Cogimos esta casa hace un par de años —explica Héctor—. No es de nadie y el Ayuntamiento no tiene cojones para echarnos. Mientras no lo haga, aquí seguimos.

Es un caserón en las afueras. Medio carcomido por la humedad y en un estado lamentable. Imagino que si el Ayuntamiento no se lo ha quitado es porque no sabe qué hacer con el terreno, pero en cuanto alguien lo sepa, los echarán a patadas para construir lo que sea.

—Hemos pensado organizar un circo cada semana. Pero sin vídeos.

—¿Y eso por qué? —pregunto.

Al Pelirrojo le molesta que lo cuestione y me responde de mala gana. Me suena su cara, como si lo hubiera visto antes. En otro sitio. Aunque no caigo en dónde.

—Porque sí. Punto. El espacio es nuestro. Y las normas, también.

No puedo evitar reírme.

Él se sulfura.

Se pone en pie y se acerca a mí con chulería.

Puedo derribarlo de una sola llave.

Lo sé.

Pero no lo hago.

Le dejo creer que domina la situación.

—¿Está claro?

Y se larga con Héctor, que sigue fuera.

Ya caerás, Pelirrojo. Cuando no te lo esperes. Y entonces será mucho mejor. Más divertido.

—¿Por qué tienes que ser tan borde, tío? —se mosquea Dani.

—Solo he hecho una pregunta.

—¿Y a ti qué más te da que haya o no cámaras?

—Es parte de esto. Se graba. Se cuelga. Y se mira.

—¿Tanto te pone verte?

—A mí no —improviso y trato de mantenerme fiel a mi personaje. Por orgullo, o por un intento algo torpe de coherencia, o sencillamente porque no quiero que Dani sepa que en realidad todo esto de los circos y las quedadas y las grabaciones ilegales empieza a interesarme cada vez menos—. A mí me pone que me vean.

—Estás fatal.

—Pues como todos. ¿O a ti te da igual que no sepan que eres bueno en esto?

—Ya lo saben.

—No, tío. No lo saben. Si no estás en la red, no existes.

—Pues entonces tengo malas noticias, Joel. No existimos ninguno. Porque en esos vídeos no se nos ve la cara.

—Pero sí se ve a alguien que lo hace mejor que los demás. Y ese alguien soy yo. Que no se me vea la cara es lo de menos.

El Pelirrojo y Héctor entran de nuevo. La mayoría se ha largado ya. Debíamos de ser unos quince y ahora solo quedamos seis. Nosotros cuatro, un tío rubio y escuálido con cara de friki que se ha pasado todo la tarde tecleando en su portátil y un par de tías que no dejan de mirarnos.

—Creo que les pones, Dani.

—No seas idiota.

—¿No vas a decirles nada?

—Díselo tú.

—¿Yo?

—Es verdad, Joel, perdona, que tú ya tienes novia.

—No me toques la moral, anda.

—¿Me vas a decir que entre Laia y tú no hay nada?

—Laia es una amiga.

—Ya, claro —se ríe—. ¿Y no es eso lo que yo he dicho?

El Pelirrojo se acerca a nosotros.

—¿Vas a volver? —me pregunta con un tono que no sé si es una invitación o un desafío.

—Puede —le miento para que Dani no se cabree aún más conmigo.

—Puede… ¿Lo has oído, Bea? —una de las dos chicas que antes parecían mirarnos asiente y se ríe—. Puede, dice el cabrón.

A Dani le incomoda mi actitud, pero —aunque lo intento, de verdad que lo estoy intentando—, me cuesta comportarme de otro modo aquí.

No me gusta el lugar.

Ni la gente.

Ni la actitud que he visto aquí desde que he llegado.

Era como si la quedada para pelear solo fuera un señuelo. Un cebo para atraparnos en esta red de habitaciones llenas de desconchones y manchas de humedad que huele a tiempo que se pudre. A días muertos.

No son legales. Eso es lo que de verdad estoy pensando. Y lo que me gustaría decirle a Dani si no supiera que iba a montarme un pollo monumental.

Conoció a Héctor en un circo anterior y, desde entonces, sé que ha venido por aquí ya tres o cuatro veces. Quizá más. No sé qué ve en esta pocilga, pero el caso es que prefiero callarme y largarme antes de arriesgarme a acabar con una amistad que, aunque no sea profunda, al menos sí creo que ha empezado a ser real.

—Vente otro día y te enseñamos lo que hacemos aquí.

—¿Lo que hacéis? —ahora el que no puede evitar reírse soy yo —. ¿Y qué es? Aparte de pelear de mentira y dejar que esto se hunda.

El Pelirrojo parece que va a lanzarse sobre mí, pero Héctor lo detiene con un simple gesto y, lejos de alterarse, me dedica una sonrisa que me resulta casi tan oscura como este lugar.

—Hacemos más que eso —responde la tal Bea mientras me fijo,

por primera vez, en el tatuaje con forma de raíz que lleva en el cuello.

—Ya sabemos que tú prefieres dedicar todo tu tiempo al *jiu-jitsu* y toda esa historia —sigue Héctor—, pero aquí nos preocupamos de más cosas que de ser los más chulos del barrio.

—¿Cosas como qué?

Dani no abre la boca. Me mira de reojo e intenta sin mucho éxito disimular lo incómodo que se siente ahora mismo.

Atrapado entre dos personas que han entrado en su vida casi a la vez, en apenas unos meses, y que parece que tuvieran la necesidad de enfrentarse para llevárselo a su propio territorio.

Hay algo de épico en este momento. Y en este lugar. Lo pienso mientras el Pelirrojo chasca con exagerado ruido sus nudillos. Mientras Héctor se prepara para explicarme cuáles son esas «cosas» que hacen aquí. Y mientras Dani baja la cabeza para no tener que elegir entre Héctor y yo.

Tranquilo, tío, yo nunca te pediría algo así. Eso podría decírselo ahora mismo y Dani se quedaría mucho más tranquilo. Como en la novela esa. No recuerdo el título porque, en realidad, no me gustó mucho. Solo la leí, como tantas otras, por culpa de Vega. Así conocí a Holden. Porque ella me insistió en que era un libro especial. «Es la historia de cualquiera», lo resumió. Y yo pensé que era una de sus exageraciones, claro. Hasta que lo leí. Y no sé si lo que encontré en él es lo que había escrito Salinger o si soy yo quien reescribe esa novela cada vez que la lee.

Ya van tres veces. Como las películas que me gustan. Como las series que me interesan de verdad. Me obsesiono con todo lo que me emociona.

El arte.

El deporte.

Las personas.

Vega lo sabía… Me conocía bien.

Igual que ahora siento que, cuando estamos a solas, Laia empieza a conocerme.

Mierda. Me había prometido que no pensaría en ella.

Pero es imposible. Vuelve a mi cabeza una y otra vez.

—Aquí nos ocupamos de ayudar a gente que lo necesita —me explica Héctor con una chulería insoportable—. De barrer la basura

que dejan otros. ¿Me sigues? A lo mejor a ti eso no te importa, claro. Porque tú tienes ya bastante con las pesas, y con las *katas*, o con lo que sea que haces en el gimnasio. Pero si un día te aburres, te puedes dar una vuelta por tu barrio. Lo mismo te sorprende lo que ves. Y lo que hay que arreglar.

—Este no es mi barrio. Ni este ni ninguno. Los límites no son lo mío.

—Eso es lo cómodo —responde Bea.

—¿Y alguien os ha pedido que esa basura la barráis vosotros?

—Si no lo hacemos, no lo hará nadie —se justifica Héctor—. ¿Verdad, Dani?

Él asiente y evita mirarme a los ojos.

Me fastidia. Sí, me fastidia pensar que ha estado haciendo algo con esta gente sin contármelo. Porque entonces ya no son solo tres o cuatro veces. Si ha sido así, se han visto unas cuantas más. ¿Y para hacer qué? ¿Para barrer qué?

—Damos comida a gente —explica Bea—, les buscamos sitios para dormir. No sé, cosas así.

—Más de uno duerme aquí —se suma el Pelirrojo—. ¿O te crees que esto solo lo usamos para que se diviertan niñatos como tú?

Cuando salga, deberían darme un premio. No sé cuál. Pero me lo estoy ganando por no saltar ante cada imbecilidad que suelta este tipo.

—Puede que no sea tu barrio, tío. Pero vives aquí. Tú verás si quieres o no quieres hacer algo por los demás.

Héctor pone fin a la conversación con un tono de superioridad moral que me crispa profundamente. Así que me largo sin decir ni una palabra más.

Dejo tirado a Dani.

Evito al Pelirrojo.

Y hago como que no he oído las últimas palabras de Héctor.

Finjo que no me he enterado de que acaba de acusarme de ser un egoísta.

De mirarme solo el maldito ombligo.

Lo finjo porque eso me cabrea muchísimo y porque, aunque me duela reconocerlo, no sé si es verdad.

s_w_a_n_n_m_e

s_w_a_n_n_m_e "I wish I could freeze the time at seventeen" (contigo, H.)
#Seventeen #tryingtobreath #maybeitsyou

15

Seguimos caminando hasta que @brokenwindow se detiene en seco ante Nelson. Se queda tan pálida como si hubiera visto a un fantasma.

—¿Lo conocéis?

—Es amigo nuestro.

—¿Y qué hace aquí?

—Ayudarnos.

Ella aún tarda un par de segundos en reaccionar.

—Estáis convirtiendo esto, en una excursión escolar…

Resopla con rabia y se aleja de nosotras. Siento el impulso de ir tras ella, pero Iris me pide que no lo haga.

—Espera a que se calme.

Vemos cómo se deja caer en un portal unos metros más allá y se sienta en él con una mezcla de frustración y cansancio. Son ya más de las tres de la mañana y seguimos caminando en una dirección que, de momento, no ha querido aclararnos.

—¿Y si pillamos un taxi? —ha propuesto Iris.

—Ni de broma. Solo nos falta ir dejando pistas.

La hemos seguido sin saber muy bien por qué es tan necesario guardar ese secreto, y cada paso que hemos dado nos ha hecho sentir un poco menos seguras de que haberla elegido como guía haya sido la decisión correcta. De algún modo, tengo la sensación de que hemos dado alguna vuelta innecesaria, como si quisiera trazar un recorrido imposible de recordar, un camino que mañana no seamos capaces de repetir. Por eso, supongo, le molesta tanto que haya alguien más con nosotras y ha reaccionado con tanta hostilidad hacia Nelson.

—¿Quién es?

—Dice que ella puede ayudarnos.

—¿La conocéis? —No.

—Genial —Nelson suelta algo parecido a una carcajada—. Esta noche es como si todo se hubiera vuelto del revés.

—Algo así… —Iris le da la razón mientras busca algo en su móvil—. ¿Mikel sabe que estás aquí?

Nelson niega con la cabeza.

—¿Y por qué tendría que saberlo?

—Porque parece que te ha estado llamando… —le responde a la vez que le enseña un par de wasaps de Mikel preguntándonos por él.

Nelson se calla y deja claro que no quiere seguir hablando de ese tema. Ni Iris ni yo entendemos por qué le oculta a Mikel que se ha venido con nosotras, pero esta madrugada hemos empezado a asumir que, si queremos llegar a la verdad de los hechos, tendremos que asumir lo irracional de cada una de las piezas de este rompecabezas en que se ha convertido nuestra vida. Cuanto más sentido buscamos a lo que nos sucede, más complicado nos resulta hallarlo, así que no insistimos en el interrogatorio e Iris se conforma con preguntarle a Nelson qué quiere que le contemos a su novio.

—Dile que no me habéis visto. Que estaré durmiendo.

—No sé si va a creérselo…

—Da lo mismo. No quiero que sepa que estoy aquí.

—Pero Nelson, tío, si no decimos nada, Mikel va a creer que…

—He dicho que no.

Ahora sería una buena ocasión para preguntarle por qué, pero me encuentro demasiado cansada como para gastar más energía en cuestiones que me alejen de mi único objetivo: encontrar de una vez a Joel.

—En tu mensaje decías que sabías algo —le recuerda Iris—. A lo mejor es el momento de contárnoslo.

—Sé que Joel no es el único que falta esta noche. Hay alguien más que tampoco da señales de vida.

—Dani —me adelanto.

—¿Ya lo sabíais?

Las dos asentimos.

—Pero si apenas lo conocemos.

—En realidad, acabamos de averiguarlo —le explico.

—Gracias a esa —le responde Iris señalando a @brokenwindow, que sigue nuestra conversación desde lejos—. Por eso resulta especialmente extraño que lo menciones tú.

—¿Nos lo vas a contar o no?

Nelson baja la cabeza y trata de esquivar nuestras preguntas. Estoy a punto de repetirlas cuando suena una notificación en el móvil de Iris.

—Ha ocurrido algo —nos informa—. Están tuiteando sobre ello ahora mismo.

Busco algo en mi TL, pero a estas horas de la madrugada en el mío apenas hay movimiento y no encuentro ninguna novedad.

—@lxsdelValdés no han actualizado nada.

—Laia, mis fuentes son otras.

—¿Tienes espías en todas partes? —se burla Nelson.

—No, solo tengo diez mil seguidores —responde Iris—. Es más práctico.

Se retira un poco y comienza a escribirse con quien sea que la informa al otro lado.

—Le gusta hacernos invisibles —se queja Nelson.

—No siempre.

—Ya, no siempre… Pero casi. Para Iris es más importante lo que sucede fuera que lo que ocurre aquí.

—Si tuvieras razón, hoy no estaría conmigo.

—No seas ingenua, Laia. Está contigo porque eres parte de su historia. De lo que la semana que viene contará en su canal. ¿Cómo va a desperdiciar la ocasión de convertirse en protagonista a través de una tragedia ajena?

—No seas injusto.

—Soy realista.

—Iris no va a contar nada que no deba.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Porque conmigo pudo hacerlo y no lo hizo.

Ahora soy yo la que, harta de tanta suspicacia, necesita alejarse. Dejo atrás a Nelson y busco otro portal donde pueda sentirme lo suficientemente sola y, a la vez, controlar la ubicación de quienes hasta hace solo unos minutos venían conmigo. En un extremo, @brokenwindow sigue agarrándose las rodillas, con la cabeza hundida entre ellas, como si estuviera contando lentamente hasta

mil, hasta diez mil, quizá hasta un millón, para evitar que estalle la rabia. Un poco más allá, Iris sigue comunicándose con esos seguidores que, de repente, tienen algo tan importante que decirle.

Y detrás de mí, Nelson permanece en pie, preocupado por Dani, alguien a quien ni siquiera sabíamos que conocía.

Cansada y harta de hallarme en un callejón sin salida, cierro los ojos durante unos segundos. Exactamente igual que aprendí a hacerlo allí. En esas semanas donde todo lo que veía me hacía tanto daño. Donde cada espejo era la puerta abierta hacia un infierno del que, si entraba, ya no podría salir. «Cierra los ojos, Laia. Aprende a ver lo que de verdad necesitas ver». Eso me decía Alba.

Y me pedía que imaginara a la Laia de cinco, de seis años. Que corriera hacia ella y le diera un abrazo. «Está todo ahí», me repetía mientras apuntaba con el dedo índice a mi cabeza. Y yo le daba la razón aunque intuía que a veces se equivocaba. Porque su mano apuntaba a mi sien cuando también debía haberlo hecho a mi corazón. Al lugar donde se habían grabado las palabras de los años que llegaron después y en los que me convencieron de que no era nada. De que no era nadie. Esos malditos cursos donde nunca se hablaba en serio. «Es un juego, Laia, ¿no ves que es solo un juego?». Pero dolía como si no lo fuera. Justo cuando empecé a sentir ansiedad cada vez que veía una notificación nueva en el móvil. Un aviso. Una palabra. Siempre las mismas. «Cierra los ojos, Laia. Cierra los ojos». Así empecé a inventarme otro escenario que quizá no sea del todo perfecto. Ni siquiera es real. Pero donde no hay palabras que hieren. Ni princesas oscuras que reclaman. Donde estoy a salvo porque sé que hay algo más aguardándome. Algo que ilumina este maldito túnel donde no se puede elegir. Donde se prohíbe ser. El túnel donde todo es obligación y exigencia. «Cierra los ojos, Laia», eso me pedía Alba cuando quería que abrazase al yo que me empeñaba en dejar atrás. Igual que ahora. Los cierro y ya no estoy aquí, en medio de la calle, buscando a Joel. Estoy lejos. Con él. Juntos en una ciudad que tiene nuestros nombres. Un lugar donde solo suena nuestra música. Todas las músicas. Una calle donde no es necesario hablar porque hay canciones que lo dicen todo. Ese lugar es el motivo por el que merece la pena seguir esforzándome. La razón por la que, cuando vuelven a mí, callo a las voces. Porque sé que hay una ciudad que es nuestra. Una ciudad

donde no quedará rastro de este miedo. Ni de esta ansiedad. Ni de estas cicatrices: allí solo habrá música.

—Han detenido a alguien —se acerca Iris, que no está dispuesta a dejarme seguir ni un minuto más en mi refugio—. La policía ya ha confirmado que el fuego ha sido provocado.

—Eso parecía obvio… —responde Nelson.

—¿Y se sabe algo más?

—Solo que han visto cómo entraban a un tipo en la comisaría.

—¿Para interrogarlo?

—Eso parece, Laia.

—¿Y se sabe cómo es?

—Corpulento, pero llevaba la cabeza cubierta por una cazadora, así que…

—Ya.

Por un segundo, el miedo se convierte en alarma y todo, absolutamente todo, amenaza con volverse del revés. ¿Un tipo corpulento? Sin más datos. Esa podría ser la descripción de Joel. Un tipo corpulento… ¿Y si estamos buscándolo para comprobar que no ha sido una víctima y, en realidad, se esconde porque es culpable? Solo pensarlo hace que sienta ganas de vomitar. No puedo imaginar que haya sido capaz de algo así. Sé que es alguien complejo. Sé que hay un infierno en él que no me cuenta. Hasta sé que, a veces, las marcas que disimula tienen un origen por el que prefiero no preguntar. Pero una pelea callejera es muy diferente a quemar a dos personas. Sean quienes sean. Así que, antes de que Iris siga hablando, antes de que se atreva a insinuarlo, le dejo claro que Joel no es ese tipo corpulento. Joel no. ¿Está claro, Iris? ¡Joel no!

—¿Seguimos o no? —nos pregunta @brokenwindow, que acaba de ponerse en pie y está lista para continuar caminando.

—Seguimos —responde Nelson, que de repente parece que la hubiera reconocido y le aguanta la mirada hasta que ella, con un gesto que no sé si expresa indiferencia o desprecio, accede a que nos siga.

—No falta mucho —nos informa, y comienza a caminar tan deprisa como antes.

Los cuatro nos ponemos de nuevo en movimiento y atravesamos las calles por las que nos guía @brokenwindow, mientras luchamos con las nuevas dudas que se han abierto en cada uno de nosotros.

s_w_a_n_n_m_e "But I sympathise, and I recognize, and baby, I apologize..." (No sé si sirve, pero debería) ♥

16

Desde el sábado pasado, Laia y yo apenas nos hemos hablado.

Tenía ganas de verla, porque sin ella no sé si habría sobrevivido a estas Navidades.

Las cenas con mi madre. La ficción de que todo va, lentamente, algo mejor. El viaje a Valencia para pasar la Nochebuena con mi abuela. No habría resistido todo eso sin escribirme con Laia, y tampoco creo que ella lo hubiera tenido fácil estas vacaciones sin poder escribirse conmigo.

Por eso esperaba con tantas ganas este sábado. Y quizá ese es el motivo por el que ahora me duele tanto.

Duele distinto.

Ha pasado exactamente una semana. Laia sigue buscando el modo de acercarse a mí a través de las capturas de canciones de su IG, que sé que van dirigidas a mí, y yo, a mi manera, hago lo mismo.

Anoche fuimos algo más lejos.

O eso creo.

Porque su canción no puede ser casualidad.

Confieso que me la puse en el móvil a todo volumen.

Sin ningún motivo.

O por todos los motivos del mundo, yo qué sé.

But I sympathise, and I recognize and baby, I apologize…

Quizá es que febrero es siempre un mes extraño. Un mes al que le faltan días no puede ser un buen mes.

Pero es que lo del sábado fue incómodo.

Parecía que quienes se habían encontrado en el Sky no éramos ni ella ni yo, sino las dos personas que sabemos que fuimos antes.

A mí me costó que me dejaran entrar. No sé por qué, esa noche

Brais estaba muy tocapelotas.

—A ver, el carné.

Allí nunca nos lo piden. Siempre miran para otro lado.

Él y Rober, que ahora también curra allí.

Aunque esa noche, Rober no estaba.

Si me lo hubiera pedido él, todavía habría tenido algún sentido. Porque podría haber pensado que su hermano, el capullo de Aarón, le había dicho que no me dejara pasar.

Aunque sigo pensando que Aarón no es de esos.

Igual que creo que no fue quien pasó la maldita foto.

Porque hay algo en él que me parece tan kamikaze como lo que veo en mí.

Si hubiera sido Aarón, presumiría de ello.

Me lo restregaría.

«Sí, tío, sí, fui yo. Yo se lo conté a @lxsdelValdés y pasé por wasap a todos los de Bachillerato la historia de tu familia».

Por eso sé que no ha sido él.

No he logrado encontrar aún al mamón que lo ha hecho. Al indeseable que ha llenado mis redes con su basura.

Y esta vez no voy a empezar de nuevo.

Esta vez no voy a darles la satisfacción de matar a Holden como maté a @Joelblack. Estoy cansado de matarme a mí mismo. De huir de quien soy. De lo que sea que soy.

Pero si Aarón no pasó esa foto, tampoco creo que le dijera a su hermano que se pusiera duro conmigo en ese antro.

Por eso no entendí que Brais sí lo hiciera.

No hemos tenido movida en el gimnasio.

O a lo mejor es eso.

Que, como no la hemos tenido, la quiere ahora.

—A ver cuándo te metes con alguien de tu tamaño.

Eso me dijo hace meses. Aún me acuerdo.

—Cuando tú quieras.

Y quizá ha pensado que ese cuando era ahora.

Por eso se puso tan chulo en el Sky.

—¿Tienes el carné o no?

Al final, le enseñé el que llevo con la fecha trucada con Photoshop. Se rio y me dejó pasar.

—Anda, entra.

Solo quería tensar la situación, supongo.

Desafiarme.

Vi el reto en su mirada.

—A ver cuándo te metes con alguien de tu tamaño.

Podía escuchárselo aunque no lo dijera. Ver cómo se ponía cada vez más rígido, esforzándose por marcar el volumen de un cuerpo que se parece mucho al mío.

Y al final entré.

Laia ya estaba allí. Casi al fondo del local. Con los de siempre.

Bailaba sola. En un círculo imaginario formado por Iris —bueno, Iris y su móvil—. Mikel y Nelson. Ellos, de vez en cuando, se acercaban. En realidad se acercaba Mikel, porque su novio parecía incómodo, como si los demás los estuvieran mirando, cuando creo que no los miraba nadie. Puede que tenga que ver con lo del baile y la graduación y toda esa movida que se ha organizado en el Valdés esta semana.

Es ridículo.

Solo un par de cafres —uno de ellos, el de Física— han dicho que les parece mal que dos tíos vayan juntos. A los demás nos da lo mismo. Que vayan con quien quieran.

Lo que me fastidia es que no nos hayamos quejado todos por obligarnos a ir en parejas. Pero no, porque se ve que el acto de graduación consiste en exhibir tu éxito social. Y tienes que demostrar que no solo has salido sano y salvo de 2.º de Bachillerato, sino que también has triunfado con la gente que te rodeaba.

Aunque sea solo ese día.

Aunque no signifique nada.

Aunque, después, tu pareja de baile y tú os olvidéis y decidáis no marcar ese número de teléfono nunca más.

Pero Nelson sí que se lo ha tomado en serio.

Él quiere ir al baile con Mikel.

Y todos, a la cara, le han dicho que les parece bien. Porque en el mundo real hay cosas que, por supuesto, no se dicen. Aunque se piensen.

Pero en el mundo virtual sí se escriben. Y puede que sea un entorno menos físico, pero los golpes duelen lo mismo en ambos.

Esta semana, en el Instagram de Nelson ha aparecido mucha basura.

—Seguro que no son gente del insti, porque en el Valdés nunca ha habido problemas de racismo. Ni de homofobia —le dijo Iris.

—Pues para no haber nada de eso, aquí tengo para repartir mierda de los dos tipos…

—Son solo cuatro imbéciles, Nelson —le intentó convencer Laia mientras yo, como cada vez que ella me obliga a socializar con ellos, permanecía en silencio—. La mayoría de la gente ya no somos así.

—Me da igual cuántos son —le respondió él—. Lo que me fastidia es que todavía sean.

Yo no lo habría encajado como Nelson. No habría permanecido en calma, sino que me habría lanzado a buscar a quien estuviera detrás. Igual que pienso seguir buscando a quien colgó mi fotografía.

Vivimos en el tiempo de los anónimos.

De la gente sin rostro.

Porque ser anónimo no exige valor. No hay que mirar a nadie a los ojos. No hay que lanzarse a la arena. No hay que tener las narices de soltar tu mierda para que el otro pueda defenderse.

Dímelo a la cara.

Atrévete a decírmelo a la cara, joder.

Por eso, supongo, yo sí respeto a Aarón.

Porque su mensaje venía firmado. Tenía su número.

Ni anónimos ni comentarios desde cuentas falsas en un *post* de Instagram.

En la pista del Sky, Mikel seguía intentando acercarse a Nelson. Cogerlo por la cintura. Besarlo. Era tan obvio su intento como la incomodidad de su novio, hasta que al final se dejó llevar. Fue un beso largo. Intenso. Tanto como el que me gustaría haberle dado a Laia, aunque ella no sepa si está preparada —si lo estoy yo— para convertir nuestra complicidad virtual en un encuentro físico.

Nelson fue quien decidió cuándo separarse. Cuántos segundos debía durar ese beso. A su modo, es quien marca los tiempos. Después se acercó a la barra a pedir algo mientras Iris permanecía junto a Mikel, algo más apartada, grabando algo. Ella y su móvil. Ella y sus *followers*.

Entonces sucedió. Uno de esos momentos en que todo es demasiado rápido como para entender qué está ocurriendo. Solo me

dio tiempo a ver cómo Nelson se encaraba con alguien, aunque desde mi lado de la pista me resultó imposible ver su rostro. Pude adivinar cómo salía en defensa de una chica a quien dudo que conociera. Una chica que no creo que fuera de nuestro insti, y a quien estaban molestando. Fuese quien fuese, el individuo a quien increpó Nelson se largó de allí rápido, y él se quedó con ella un poco más, hasta que sus amigas regresaron de la barra. Le dieron las gracias, brindaron por algo y después Nelson volvió junto a Mikel, con quien se internó en la pista de baile dispuesto a perderse. Iris buscó un rincón donde sentarse, y Laia, mientras tanto, permaneció sola, bailando casi con los ojos cerrados en medio de ese círculo que ya nadie dibujaba a su alrededor.

Ese círculo que, aunque ya no fuera real, ella seguía sintiendo.

Así que, después de pensármelo mucho, me acerqué.

Me situé justo enfrente. Fuera de ese círculo imaginario.

Intentando no pisar sus bordes.

Ten cuidado, Joel.

No lo fastidies ahora.

Parecía que ninguno de los dos nos conocíamos y jugábamos a algo donde no estábamos seguros de cuáles eran las normas.

No sé si yo fui demasiado frío o si ella estaba demasiado lejos, pero al final no conseguimos cruzarnos más que un par de veces en medio de la pista, rodeados de gente que sí sabía qué estaba haciendo allí.

Un mal movimiento y me lo cargo todo.

Un paso incorrecto y Laia no querrá verte nunca más.

Deja que ella mande.

Dale espacio.

Me repetía todo lo que se suponía que debía y que no debía hacer. Confundido. Con demasiado miedo a hacerlo mal. ¿Cómo se sabe cuándo lo estás haciendo bien?

Y no funcionó.

Ella seguía ahí, delante de mí, moviéndose y fingiendo no ser consciente de que yo la observaba.

A veces avanzaba hacia mí, como si intentara bailar más cerca de mi cuerpo. Me esforcé por no invadir su espacio y mantenerme tan lejos como me fuera posible.

Porque acercarse podría significar que pasamos a una nueva

fase.

Admitir que, desde la conozco, puede que sienta algo.

Arriesgarme y abrirme en un momento en que no sé si quiero hacer eso con nadie.

No te la juegues, tío.

No fuerces la noche.

No la mires así.

Y mis negativas funcionaron hasta que ella, perdida en la música que cada vez sonaba más fuerte, se aproximó a mí. No nos tocamos, pero podríamos habernos rozado con tan solo deslizamos un poco más a su derecha. O algo más a mi izquierda.

La canción era estúpida, como todas las canciones que importan. Las que suenan cuando la noche está a punto de acabarse y aparece delante de ti alguien con quien sabes que te gustaría terminarla.

Eso tampoco se lo dije.

Ni le conté que mi madre estaba fuera.

Berlín, creo.

El caso es que se había ido.

Que podríamos tener la casa para nosotros dos.

Y allí también había música.

Y había noche.

Pero no se lo dije.

No quería que pensara que estaba presionándola.

Y Laia bailaba sin saber que esa posibilidad existía, hasta que, al final, el espacio que antes nos había separado desapareció.

Su cuerpo respiraba junto al mío. Su piel, a punto de caer sobre la mía.

Pero justo en ese momento, antes de que pudiera mover mis brazos, mucho antes de que sintiera el impulso de subir mis manos por su espalda, ella se alejó.

Dio un salto brusco y se separó de mí como si mi cuerpo la abrasara.

—Tengo que irme —fue lo único que dijo.

Y desapareció en medio de toda esa gente que hacía ya un par de canciones que había dejado de bailar y que ahora solo se besaba con ganas, en la misma pista donde yo me había quedado solo.

Humillado.

Porque ni siquiera había sido un no.

Ni un «vamos muy deprisa».

Fue asco.

Rechazo inmediato en cuanto me sintió cerca.

Y algo tan físico no se finge. Ni se arregla.

Aunque esta noche volvamos a escuchar los dos la misma canción.

Baby, I apologize…

No sé si las emociones se pueden perdonar. Como mucho, se podrán asumir.

A Dani, sin embargo, le va mucho mejor que a mí.

—¿De quién? —le he preguntado esta tarde cuando he visto una gigantesca marca en su cuello que intenta taparse, sin mucho éxito, con la cazadora.

—De nadie.

—¿Cómo va a ser de nadie? Venga ya, tío.

—Que no es nada, ¿vale?

—Pero si es un chupetón del tamaño de un castillo, colega.

—Lo que tú digas.

—¿En serio que no me lo vas a contar?

—Venga, échame un cable con esto. Vamos a hacer lo que se supone que hemos venido a hacer, ¿no?

Le he acompañado hasta el camión que había en la puerta de la casa okupa y hemos bajado las cajas que habíamos ido a descargar. No sé muy bien cómo me ha convencido, la verdad, pero el caso es que he acabado acompañándolo para echar una mano en este banco de alimentos que, según me ha contado Dani, es una de las tareas que llevan a cabo sus nuevos amigos.

—En esa categoría también entras tú, ¿no, Joel? —y se ha reído —. En la de nuevo, digo.

Ahí tiene razón, así que no le he llevado la contraria y he continuado descargando cajas, mientras intentaba sonsacarle sobre ese chupetón que puede que tenga algo que ver con Bea, la misteriosa chica del tatuaje en forma de raíz.

En realidad, si lo pienso bien, tampoco sé mucho de la vida de Dani.

De su padre solo me ha contado que se largó cuando era un crío.

De su madre, que pasa el tiempo en las casas de sus novios.

Hermanos no tiene.

Y por su habitación, por lo que yo sé, Dani para poco: estudia en la biblio, entrena en el gimnasio y los fines de semana se los tira con Héctor, el Pelirrojo y su gente en este lugar que cada día me parece más siniestro.

—Oye, tú, ¿necesitas ayuda?

Un chaval rubio y escuálido, el mismo que siempre que vengo está pegado a su portátil, parecía a punto de ser aplastado por una de las cajas, así que he corrido hacia él y he cogido el peso antes de que acabara sepultándolo.

—Gracias.

—Mejor encárgate de esas —y le he señalado las más pequeñas, que estaban justo al fondo del camión—. ¿No te parece?

El rubito ha asentido y ha seguido con la descarga como si estuviera haciendo la tarea más importante del mundo.

—Tarantino es así —se ha reído Dani.

—¿Tarantino? ¿Así lo llamáis? ¿Como el director de cine?

—Exacto.

—Pero si no se parecen en nada.

—Ya, pero a él le flipan sus películas. Es de lo único que sabe. De cine y de ordenadores… Además, su nombre real no le gusta.

—¿Y cuál es?

—Ruperto.

—Ya, bueno… Normal que no le guste.

Héctor se ha acercado a nosotros y le ha hecho un gesto a Dani para que aceleremos. La gente estaba a punto de llegar y aún no teníamos todo listo para el reparto. Mientras colocábamos las cajas en la sala donde iban a hacer la entrega de alimentos, me he fijado en una marca que se repetía en la mayoría de las paredes. Una doble inicial: AC

—¿AC? —les pregunto—. ¿Y eso qué significa? ¿Tiene que ver con IP o algo de eso?

Dani se ríe.

—¿Te crees que esto es un grupo de frikis tecnológicos o qué?

—Tecnológicos, no lo sé; pero frikis, seguro.

—Alianza Comunitaria.

—Venga ya.

—El nombre es nuevo. Se decidió la semana pasada.

—Pues os habéis sobrado un poco, ¿no?

—Es de lo que va esto.

—¿Ah, sí?

—Pues claro, Joel. Ya te lo contó Héctor.

—Héctor no me contó eso. Él solo dijo que «hay mucha basura que barrer».

—¿Y el hambre no es basura? ¿O tener que dormir en la calle? Eso sí que habría que barrerlo para siempre, tío.

Hemos dejado las cajas donde Héctor nos ha indicado. El Pelirrojo, Tarantino, Bea y otro par de tíos han empezado a repartir su contenido entre quienes esperaban fuera.

—Yo ya he hecho mi parte.

—¿No te quedas?

—¿Te vas a quedar tú, Dani?

—Creo que sí.

—Como quieras.

Héctor me ha mirado con superioridad al ver que Dani prefería seguir con ellos a venirse conmigo: uno a cero, parecía gritarme.

He salido solo de allí, y aún estaba muy cerca de la entrada cuando me he dado cuenta de algo que ha llamado mi atención.

El Pelirrojo se ha acercado a una mujer asiática que esperaba su turno en la cola junto a los demás.

Le ha dicho algo al oído y ella, sin responder nada más, se ha marchado en silencio.

Me he alejado de allí, cansado de cargar cajas, harto de la chulería de Héctor y convencido de que tengo que hablar con Dani cuanto antes.

Y no solo porque quiera saber de dónde ha salido ese chupetón, sino porque sospecho que, bajo esas dos iniciales, Héctor y los demás esconden mucha más basura que toda la que supuestamente pretenden barrer.

I know how it looked, it wasn't the plan.

Escucho una vez más la canción que anoche nos cruzamos Laia y yo, y me pregunto si merecerá la pena otra oportunidad.

Si nos la merecemos.

«¿Está todo bien?».

No sé qué responder a su wasap. Tampoco tengo claro que quiera hacerlo.

Un tic.

Un doble tic.

Un doble tic azul.

Necesita que le diga que vamos a intentarlo.

Eso quiero creer.

«¿Estás bien, Holden?».

Y entonces, en el mismo momento en que me llama por el único nombre con el que de verdad me reconozco, siento que me cuesta mucho más contenerme. Incapaz de reprimirme, pienso qué contestarle, porque cada vez que leo ese Holden en la pantalla me encuentro, de nuevo y a pesar de todo, más cerca de ella.

«Algo mejor».

Escribo.

Un tic.

Un doble tic.

Un doble tic azul.

Y mi pantalla permanece vacía durante unos segundos. Un minuto. Casi dos. Y cuando temo que Laia esté jugando otra vez conmigo, me llega algo tan simple, tan ridículamente simple, como un corazón. Por supuesto, en negro.

s_w_a_n_n_m_e

s_w_a_n_n_m_e Demasiada soledad. Demasiado odio. Demasiado miedo. #standagainsthate #novoyavivirconmiêdo

17

—Aquí no hay nadie.

Decepcionada, @brokenwindow revisa sin apenas detenerse todas las habitaciones de esta casa medio destartalada y nos obliga a correr tras ella por cada una de sus dos plantas.

—Se han ido… —se rinde—. Se han largado todos.

—¿Nos vas a explicar qué es este lugar? —le pregunta Iris.

—Eso —repite Nelson con tono desafiante—, explícaselo.

Ella, sin embargo, parece no oírnos. Se echa sobre una pared y comienza a golpearla con los puños. Primero, muy despacio, y cada vez con más fuerza hasta que se gira y suma patadas a los puñetazos. Está furiosa. Enfadada quizá con quienes dice que se han marchado antes de que llegásemos. O con ella misma por no haber previsto que ya no estarían aquí. Sé bien cómo es esa rabia, así que evito que Iris siga su instinto y se acerque a ella. Me basta con un gesto casi imperceptible para que me entienda y se quede junto a mí, mientras @brokenwindow se desahoga haciéndose daño. Tendremos que detenernos a curar las heridas, pienso mientras veo cómo se empieza a manchar con la sangre de sus manos la pared, pero sé que ese dolor, ahora mismo, a ella le parece necesario. Irrenunciable.

—Te hieres para herir a los demás. ¿No es eso, Laia?

Esa fue la teoría de mis terapeutas durante la primera semana. Costó hacerles entender que era algo más complejo. Casi tanto como a ellos les costó que dejara de verlos como unos malditos loqueros y comprendiera que había algo en lo que quizá sí podían ayudarme. Y eso comencé a creerlo cuando conocí a Alba y logré que entendiera que yo no había acabado allí por una simple cuestión de venganza. Aunque lo hubiera pensado alguna vez y

hasta tuviera que admitir que encontraba cierto placer en culpar de lo que me estaba pasando a toda esa gente que me había herido.

—¿Por eso lo haces? —insistían.

De todos los psicólogos con quienes estuve, en realidad, solo Alba supo entenderme. Los demás eran demasiado técnicos, o a lo mejor yo soy muy poco concreta. Pero con Alba fue diferente. Ella sí se dio cuenta de que aquella no era la razón. Al menos, no la única. ¿La vida se explica con un solo motivo? Ella sí me creyó cuando le dije que, incluso en la oscuridad en que me hallaba, yo sabía que un final así significaría, en el fondo, su victoria. La de quienes me querían callada. Muerta de vergüenza, esa era la palabra, el sentimiento que más se agarraba a mí a cada momento. Y frente a ellos, mi única revancha posible era salir hacia la luz. Encontrar el camino. Volver a la vida que quienes me habían hecho daño hacían imposible. Alba lo vio enseguida. Y, aunque no fue sencillo, juntas logramos dar con la puerta que permitía salir del laberinto. «Aunque, en algún lugar, lo llevarás contigo», me advirtió, «eres demasiado inteligente como para no intuir que las heridas se curan, pero no se borran».

No sé cuáles son las cicatrices de @brokenwindow, aunque pueda intentar inventármelas, pero sí estoy segura de que, de algún modo, se parecen a las mías. O quizá es que, por muy especiales que nos creamos, todos nuestros demonios acaban siendo idénticos. A lo mejor son solo uno. Y siempre el mismo. Aunque se disfrace de mil maneras para que no lo reconozcamos.

—Sé que han estado aquí… —insiste—. Y estoy segura de que hace muy poco.

Al fin se detiene y, al darse cuenta de las magulladuras en sus manos, corre a buscar algo con que envolvérselas. No resulta fácil dar con un trozo de tela en medio del caos que reina en las habitaciones, donde, si es cierto que ha estado alguien, da la impresión de que se ha dedicado a destrozar y revolver cuanto ha hallado a su paso. Puede que estuvieran buscando algo o que, simplemente, sintieran la misma rabia que @brokenwindow hace un segundo. Sillas, mesas, papeles, cajas llenas de latas de comida, botellas de coca-cola y de cerveza… Todo tirado por el suelo. Y en las paredes, tachadas con espray rojo, dos iniciales en negro que se repiten una y otra vez. AC.

—Si ya has terminado el numerito, podrías explicarnos qué es este sitio.

La voz de Nelson ha sonado, de nuevo, muy hostil. No suele ser tan áspero. Entrar aquí ha activado en él algún tipo de mecanismo secreto que lo aleja de la persona que conozco.

—Tú has estado en este sitio antes… —insinúa Iris.

Nelson no contesta y retoma su interrogatorio.

—¿Nos lo cuentas o no?

—¿Qué quieres que te cuente? —contesta al fin @brokenwindow—. Es una casa okupa. ¿No lo veis?

No sé si reírme. Esta noche me cuesta interpretar mis propias emociones, y ahora mismo su respuesta me ha dejado tan descolocada que no tengo muy claro cómo reaccionar. Podría soltar una carcajada, sí. Un carcajada enorme para expresar cómo me siento después de haber recorrido media ciudad para llegar a un lugar donde no hay nadie. Seguimos sin encontrar a Joel, y pienso que, cuanto más tiempo pasa, más difícil será dar con él. Quizá estamos en una búsqueda imposible, como si nos hubieran encerrado en uno de esos juegos de lógica donde, hagas lo que hagas, no hay solución y todas las respuestas son absurdas. Tanto como la idea de que su cuerpo es uno de los dos que han sacado hace unas horas del Valdés.

—Ya vemos que es una casa okupa. ¿Te crees que hemos nacido ayer o qué? —se molesta Iris.

—Joel y Dani han estado aquí.

—¿Y eso lo sabes por…?

Ella golpea con su pierna derecha uno de los montones de cajas, latas y papeles que hay tirados y rotos en el suelo.

—Porque esto lo han hecho ellos.

—¿Ellos?

—Sí. Ellos. Los dos.

Así que este caos, si realmente ha ocurrido después del incendio, podría ser una buena noticia. Es curioso. La realidad no varía según el punto de vista desde el que miramos, sino según el momento en que lo hacemos. Por eso, visto desde —según mi móvil— las 3:43 de la madrugada, un acto vandálico como destrozar el interior de esta casa es una noticia estupenda. Porque los muertos no tiran sillas. Ni derriban mesas. Ni llenan el suelo de folletos y carteles.

Los muertos no tachan iniciales grabadas en las paredes con botes de espray rojo.

—¿Y se puede saber por qué tienen que haber sido ellos? —insiste Iris.

—¿Y por qué no?

—¿Te quieres explicar un poco mejor?

—Dani venía mucho por aquí.

—¿Venía con Joel?

—A veces… En realidad, Joel casi nunca vino. Y ahora, ¿podemos seguir buscándolos, o necesitáis que os explique algo más?

Durante los minutos que llevamos en este sitio, Nelson no ha dejado de mirar las paredes como si las reconociera. En su expresión conviven el desconcierto y la tristeza. Da la impresión de que este lugar, si es que lo ha conocido antes, alberga un mal recuerdo en él.

—Yo sí. Yo necesito que nos expliques esto.

Se acerca a @brokenwindow con la intención de entregarle su móvil, pero ella, al adivinar lo que aparece en la pantalla, lo rechaza y se gira, sin poder reprimir una arcada.

Ni Iris ni yo sabemos qué está pasando. Y no vamos a salir de aquí hasta averiguarlo.

caulfield_is_back

caulfield_is_back "...una sonata fantasma, cada espiral, en cada reloj..." (¿Sabes que el tiempo sólo merece la pena cuando me acerca a ti? H.) #quizásunerror #quizásno

18

—Es Bea, ¿verdad? La tía con la que te estás enrollando es ella… Venga, Dani, cuéntamelo.

Ni una palabra.

Desde que se junta con esa gente, cada vez dice menos.

Salimos a correr. Entrenamos. Y, cuando surgen, vamos a circos donde dejamos claro que no hay nadie en esta ciudad que pueda hacernos sombra.

Somos buenos juntos, ¿no?

Dani sigue sin decir nada.

Y eso me jode. Porque yo no necesitaba tenerlo en mi vida: fue él quien se empeñó en entrar en ella. Así que ahora no me parece justo que decida sacarme a patadas o, peor aún, reducir mi papel hasta volverlo insignificante.

Estoy hasta las narices de ser un secundario.

De sentir que da igual lo que haga, porque no cuenta.

Porque no marca ninguna diferencia.

Porque me define lo que hicieron los demás, no lo que pueda llegar a hacer yo.

—Te rayas mucho —es todo lo que me ha contestado después de preguntarle cien veces si le pasaba algo.

Me rayo mucho, sí.

Me rayo cuando lo veo con esos grillados de la AC, que cada día me parecen más peligrosos. Aunque Dani no quiera darse cuenta y se pase el día en la casa okupa, organizando no sé qué rollos solidarios que en realidad apestan.

—¿Y qué tiene de malo ayudar a los nuestros? —me pregunta.

—Pues que no tengo ni idea de quiénes son los nuestros, Dani. ¿Y tú? ¿Lo sabes tú?

Como tampoco lo sabe, se cabrea conmigo. Es más sencillo enfadarse que admitir que no tiene ni idea, supongo.

Pero saberlo o no, al final, da lo mismo, porque él sigue allí.

Casi todas las tardes, antes o después de que salgamos del gimnasio.

A veces lo espera Bea y se va allí con ella.

A veces queda con el larguirucho ese de Tarantino.

—El rubio es un *crack* de los ordenadores —me repite.

Y a veces, aunque menos, son Héctor y el Pelirrojo los que lo buscan.

—¿Tú no te vienes, Killer? —y se ríen.

Sé de dónde ha salido ese mote, aunque hago como que no lo escucho para no liarla. Porque si estallo contra ellos, de algún modo también explotaría contra Dani, y no quiero que nos distanciemos por su culpa.

—¿Y tu madre cómo lo lleva?

—¿Cómo lleva el qué? —noto que a Dani le descoloca mi pregunta.

—Que pases tanto tiempo fuera de casa.

—Bien… No sé. Muy bien, supongo.

—¿Muy bien? —no puedo evitar reírme. Suena tan falso que hasta tiene gracia.

—Cuando tu familia piensa que eres un fraude, prefieren que no estés cerca. Así se lo recuerdas menos. Además, a ella tampoco es fácil verla. Está muy pillada con su nuevo rollo.

No le pregunto más y él tampoco parece tener ganas de hablarlo.

Le propongo que hagamos algo este finde.

No sé. Lo que sea.

Quizá ir al Sky. Allí estará Laia, pienso. Reírnos. Hacer el loco. Fingir que estamos bien.

Él se encoge de hombros.

—Ya veremos.

No creo que tenga mucho más que hacer que yo.

En realidad, seguro que no tiene nada. Pera se encoge de hombros.

—Ya veremos —repite.

Como si hubiera algo en mí que le molestara. Algo que me recuerda a la mirada de Laia en la pista. A ese momento en que

sentía que podía llegar a pasar algo, pero no ocurrió nada.

—¿Y lo del fraude?

—¿Lo del fraude qué?

—¿Pero a ti qué te pasa hoy, tío?

—Que preguntas mucho.

—Pues nada, Dani. Olvídalo.

Nos quedamos un momento en silencio mientras revisamos el móvil.

Borro los comentarios que se repiten desde que ese indeseable, al que todavía no he conseguido poner nombre, publicara la historia de mi padre.

Elimino insultos, amenazas y hasta algún montaje fotográfico que, de puro gore, casi me hace reír.

Es extraño, porque no era consciente de que tuviera tantos seguidores.

Más bien, tantos *haters*.

Tanta gente que me lee escondida desde algún lugar donde ni siquiera puedo imaginarlos. Gente que se asoma a mi vida —o a lo que ellos creen que es mi vida— y que se siente con derecho a comentarla. Incluso a insultarme. Gente que es juez cuando le apetece. Abogado cuando le interesa. Testigo, siempre.

Si me fijo en el número, no son muchos. No tengo demasiados seguidores en ninguna de mis redes. Al menos, oficiales, porque siempre he sabido que hay más gente que mira y que no dice nada. Vampiros de otras vidas que espían pantallas y ventanas. Hago lo mismo, pienso. Y solo espero que la vida fuera llegue a ser tan intensa que no acabe conformándome solo con eso.

Deslizo el dedo por la pantalla y me pregunto si debería borrar los insultos. Y hasta las amenazas. Alguna de ellas, a pesar de no llevar firma, tiene el sello de Martín. Imagino que prefiere concentrar su odio en mí para que la pérdida no le duela tanto. A lo mejor es algo parecido a lo que yo intento hacer con mi padre: convertir la tristeza en rencor y confiar en que esa transformación sea suficiente para seguir en pie.

Al final, después de dudar, decido que no voy a suprimir nada.

¿Qué más da? Si no hubiera matado a @joelblack antes de venir aquí, esas palabras podrían hacerme daño. Pero eso no lo saben. No tienen ni idea de que la persona a la que golpean ya ni siquiera

existe, así que no siento dolor alguno, solo cansancio.

Es agotador sentir que siempre te persiguen las mismas sombras, como si la vida fuera una continua repetición. Una película mala en la que no importa el decorado: el argumento es siempre el mismo.

—Voy a descubrir quién lo hizo, y entonces…

Dani me mira con interés por primera vez en toda la tarde.

—¿Aún no lo sabes?

Niego con la cabeza. Abochornado.

Estamos en marzo. Han pasado ya más de tres meses desde que todo salió a la luz, y yo sigo sin dar con la fuente de esa basura.

—Puedo pedirle a Tarantino que nos ayude.

Ya estamos.

—Es un *crack* con…

—… con los ordenadores —acabo la frase por él.

—Parece que te molesta, tío.

—No, Dani. No me molesta. Me aburre.

—Lo que tú digas… Pero si lo encuentras, avisa. Y le damos una lección.

Ahora sería un buen momento para contarle lo que me está pasando.

Confesarle a Dani que desde hace unas semanas, desde lo de la disco con Laia, no siento la misma necesidad de partirme la cara con el primero que se cruce en mi camino.

Que no tiene nada que ver con ella. Ni con el mito ese del enamoramiento. Porque eso es literatura barata. De la que nos venden para que creamos que las emociones se pueden resumir en palabras. En capítulos. Como si los sentimientos no fueran un nudo gigantesco imposible de desatar y la vida se pudiera contar en una novela. Pero no es cierto, porque la vida no se puede resumir solo en palabras.

Me está pasando otra cosa, Dani. Eso me gustaría decirle. Algo que tiene que ver conmigo, con la sensación de que, tras cada pelea, cuando vuelvo a casa, soy un poco menos yo. Como si quien cayera sobre la lona no fuera solo mi rival, sino también una parte de mí.

Estás loco, tío. Eso me contestaría él.

Tú estás muy mal, diría.

Y yo intentaría explicarle que, en las últimas quedadas, justo en el momento en que dejaba KO al que tenía delante, he sentido asco

de lo que estaba haciendo. Como si pudiera verme desde fuera y no me gustase lo que estaba observando.

Antes de Laia, nunca fue así.

Antes me llenaba de orgullo tener el control. Me moría por saber que eso quedaba grabado. Que esos miles de vampiros que nos espían fuera podrían verlo *on line*, en ese canal secreto que ya ha habido que cambiar de alojamiento un par de veces para esquivar la censura y que cada día tiene más seguidores. Me gustaba ver que había cinco mil, seis mil, diez mil individuos que, aunque no identificasen mi rostro, me temían.

Pero ahora, Dani —y aquí va lo que me gustaría decirte—, ya no lo vivo igual.

Ahora, cuando tengo ante mí a alguien tumbado en el suelo, solo veo un edificio que se derrumba. Y a un arquitecto podrido de dinero firmando papeles cubiertos por la misma sangre que brota de las heridas del tipo al que acabo de noquear.

Entonces descubro que tengo las manos de mi padre. La frente de mi padre. Hasta sus ojos. Y me doy cuenta de que quien se queda sangrando en la acera no es el tío al que he tumbado: soy yo.

¿Lo entiendes, Dani?

Ese tío que se desangra delante de todos soy yo.

Pero como no sé por dónde empezar a contarle todo esto, al final me callo y no le digo nada.

Solo le propongo que compremos unas birras y nos vayamos a tomarlas a algún sitio.

—Venga, Fraude, píllate algo.

Paga él. Nos sentamos en un banco y al fin habla.

—¿Te ha hecho gracia?

—¿Lo del fraude? —me río—. Un poco.

—Ya… Pues prueba a vivir con mi madre a ver si te hace tanta.

—Por lo menos tu padre no acabó colgado en una celda.

—Eso no lo sé. Lo mismo sí que terminó así.

—O es un triunfador de la leche.

—Ni idea. Yo tenía tres años cuando se largó.

—¿Y no has pensado en buscarlo?

—No tengo complejo de… Vaya, se me ha ido. ¿Cómo se llamaba ese que buscaba a su padre? El chaval griego que vivía en una isla… El hijo de Ulises…

—Telémaco.

—Eso. Telémaco. Pues paso de imitarlo. Si mi padre quiere conocerme, que me busque él.

—¿Y tu madre?

—Creo que nunca lo ha echado de menos. Pero el problema no es él. El problema es que no le gusto yo. ¿Y sabes cuándo empezó lo peor?

—¿Cuándo?

—Cuando se enteró de que le había salido defectuoso. Nos hicieron unas pruebas en el colegio y llamaron a mi madre para decirle que tenía un hijo con «altas capacidades». Ya ves, yo. «Altas capacidades»… Ella se pensó que había parido un genio. Así que me apuntó a todo para que descubriese mi vocación… La de veces que me han dicho esa palabra, tío. Vocación… Pero no ha aparecido nunca. Me han largado de todas las academias a las que me han apuntado y ha acabado pensando que soy una estafa. De qué te vale que tu hijo tenga «altas capacidades» si no puedes moldearlo como a ti te apetece. Antes lo hablábamos. Ahora, ya ni eso. Ahora solo sabe que no le gusto y que si me voy pronto de casa, mucho mejor.

—En cuanto cumpla los dieciocho, yo me largo también.

—Héctor me ha dicho que puedo irme a vivir con ellos.

—Dani…

—¿Qué?

Pienso si debo o no decirle la verdad de lo que pienso.

Abro otra lata.

Vuelvo a dudar.

—Tenemos compañía… —Dani señala al fondo de la plaza: Brais y Rober están allí con algunos tíos más. Se ve mucho movimiento y estoy casi seguro de que se pasan algo.

Dos que no conozco parece que les pagan y se largan rápido. Brais esconde el dinero y Rober se asegura de que no hay nadie cerca. Cuando nos descubre, se lleva los dedos en forma de uve a los ojos, y con eso basta para dejarnos claro que no hablemos con nadie. Antes de que desaparezcan, reconozco a alguien más junto a ellos: es Aarón, que parece muy incómodo y al que su hermano empuja como si fuera un niño.

—Habría que barrer a toda esa escoria…

Dani, cuando habla así, no parece Dani.

No contesto. No le doy la razón. Tampoco se la quito.

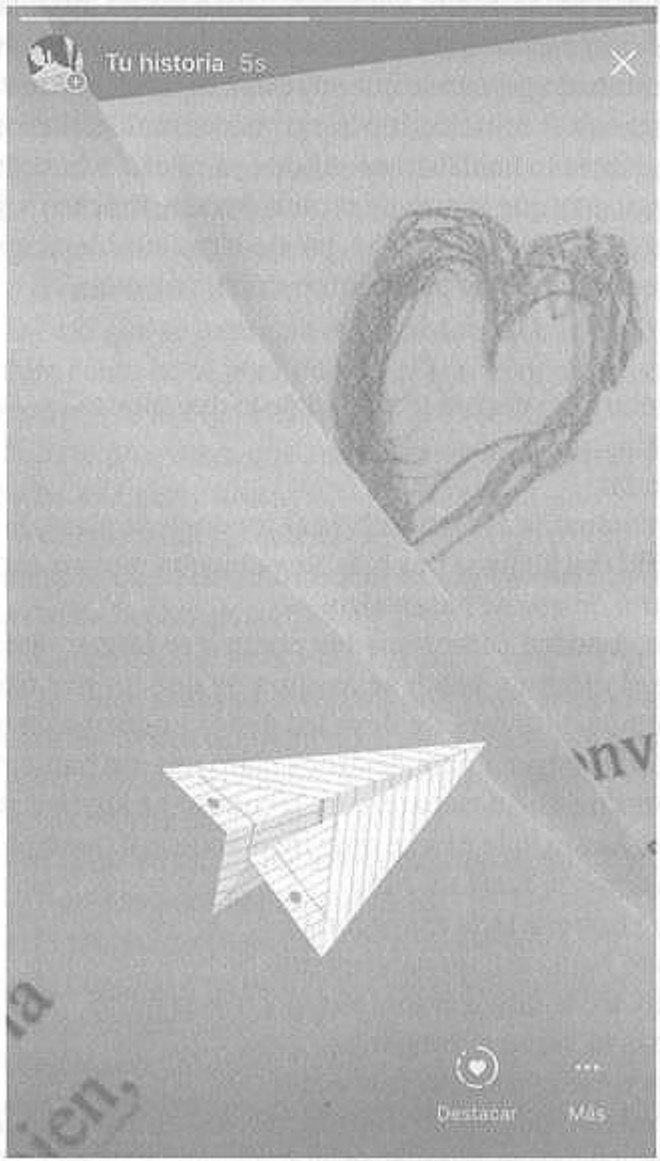
Esas palabras ni siquiera son suyas.

Me acabo la cerveza y nos vamos a casa.

Mi madre me recibe con su interrogatorio habitual —*dóndehasestado, conquiénhasido, porquénomehasavisado*— y yo respondo con gruñidos y monosílabos para llegar a mi cuarto cuanto antes.

Cierro la puerta de un portazo y me pongo los auriculares con la música a todo volumen. Esta noche ya tengo pensada la cita y la canción para ti, Laia.

Creo que ha llegado el momento de ser valiente.


Tu historia 5s
Destacar
Más

19

—¿Tú lo sabías?

@brokenwindow no dice nada.

—¿Lo sabías?

Sigue sin contestar.

—¿Quieres hablar de una maldita vez?

Intento tranquilizar a Iris, pero me resulta imposible evitar que la acorrale contra una de las desconchadas paredes de este cuarto. Nelson permanece en silencio, sin pronunciar una sola palabra, sosteniendo el móvil donde acabamos de ver un vídeo que ninguna de sus amigas conocíamos.

—No llegaron a subirlo, por suerte —nos ha dicho nada más acabar de verlo, mientras Iris y yo intentábamos encontrar las palabras adecuadas—. Bueno… Por suerte, no. No fue la suerte quien evitó que eso pasara.

Esperamos que ella hable. Que nos explique qué tiene que ver con todo esto y por qué hemos terminado buscando a Dani y a Joel en la misma casa donde se grabó el horror que acaba de mostrarnos Nelson.

—¿Lo sabías o no?

@brokenwindow aprieta los labios.

—No solo lo sabía… —estalla—. Yo estaba allí. ¿Eso es lo que queríais que dijera? ¡Estaba allí!

Nelson respira aliviado: sí, eso era todo lo que necesitaba oír de ella. Desde que ha reconocido su voz, ha esperado que ella admita que formó parte del corro de gente que jaleaba a quienes se encargaron de atarlo a la silla donde, con su propio móvil, grabarían este vídeo.

—Hacerlo con mi teléfono formaba parte de la humillación,

¿verdad? —@brokenwindow asiente—. Lo que no imaginabais es que gracias a eso os ibais a quedar sin vuestro maldito *streaming*.

Tengo demasiadas preguntas que hacerles y, como casi siempre que me encuentro en una situación similar, soy incapaz de formular ninguna, así que dejo que Iris dirija el interrogatorio. Quién eres, por qué nos has traído aquí, qué tienes que ver con todo esto, cómo podéis ser tan cabrones… Todo cabe en su monólogo, porque no distingue las preguntas de la rabia, ni las ganas de encontrar a Joel y a Dani de su necesidad de desahogarse. @brokenwindow aguanta en silencio, sin apenas moverse ni bajar la cabeza. Se avergüenza de lo que pasó, creo, pero no siente la necesidad de demostrarlo. No se va a humillar ante nadie, eso lo sé, y puede que ni siquiera sepa cómo pedir disculpas. Tampoco estoy convencida de si, después de ese vídeo, tiene sentido hacerlo. ¿Se puede perdonar lo imperdonable?

—¿Quién lo organizó? —Nelson, con un tono mucho más calmado, interrumpe la furia verbal de Iris. Supongo que su serenidad es el resultado de sus esfuerzos por no romperse. O quizá ha visto tantas veces esas imágenes, intentando identificar el lugar y a sus agresores, que ha llegado a no sentir nada cada vez que pulsa el *play*—. Solo quiero saber eso.

—No imaginábamos que iba a terminar así… Se suponía que solo iba a ser una broma. Un susto.

—¿Un susto? —mantiene el mismo tono de antes, aunque la indignación está luchando por estallar—. Fue idea suya, ¿verdad? Del niñato ese, el rubito al que tuve que pararle los pies en el Sky.

—No sé, yo… —titubea @brokenwindow—. Yo no sé si…

—¡Claro que lo sabes! Y yo me merezco saberlo. ¿Fue esa rata o no?

Ella asiente.

—Estaba seguro. Las ratas solo son valientes cuando atacan en grupo…

—¿Pero de qué estáis hablando? —los interrumpo deseando que alguien me aclare qué está pasando aquí.

—Fue hace unos meses, Laia… Tú estabas demasiado ocupada ligando con Joel. En realidad, nadie se enteró de nada.

—¿Y de qué teníamos que habernos dado cuenta?

—Pensé que no era nada importante. La movida habitual con el

borracho de turno… Iba a pedir a la barra y tuve bronca con un imbécil que le estaba soltando barbaridades a una chica. Un capullo al que me tocó pararle los pies a mí solo, claro, porque o la música estaba tan alta que nadie escuchaba lo que le decía, o es que preferían fingir que no podían oírlo. Lo de siempre, vamos. La mierda de siempre.

@brokenwindow no comenta nada, pero tampoco es necesario. En el vídeo se oye cómo aluden a esa noche («Ahora no eres tan valiente, ¿eh? Ahora no te atreves a dar lecciones. ¿Te creías muy macho? ¿Qué pasa? ¿Qué te hace sentir menos marica meterte en lo que no te importa?»), a las veces que sale con Mikel («Deberías ocuparte de tu vida, tío, ¿no tienes bastante con morrearte en nuestro barrio, ahí, en pleno parque? ¿No habéis pensado que hay niños?») y al color de su piel («A lo mejor en tu país hacer lo que te sale de los huevos es muy normal, negrata, pero aquí no»), A Nelson no se le escucha, solo se distinguen las voces de los tipos que lo rodean, todos con la cabeza cubierta con gorros y pasamontañas que impiden reconocer sus rostros. Al principio solo son preguntas, pero pronto empiezan a coger la silla donde lo han atado y lo zarandean de un lado para otro. No llegan a golpearlo, aunque alguno se acerca a él con el puño cerrado y finge ir a darle un puñetazo. Algunos se paran justo antes de llegar al estómago. Otros yerran el tiro a propósito y se estrellan en el aire. El vídeo es oscuro y resulta difícil distinguir las reacciones de Nelson, aunque en los planos donde aparece solo puedo leer pánico. Ellos siguen dando vueltas a su alrededor y en algunas de sus cazadoras distingo las mismas letras que alguien se ha molestado en tachar aquí: AC. Están cosidas en una de sus mangas, a modo de emblema y con intención geométrica.

—Yo no participé. Solo miraba.

—¿Mirabas? —es lo único que le responde Nelson.

—Creía que tenían razón. Estaba harta de toda vuestra mierda.

—¿Nuestra mierda, dices? ¿La nuestra? —Nelson no reprime una carcajada amarga.

—Además, ¿quién te mandó meterte? —le increpa ella.

—Claro, tenía que haberme quedado quieto y dejar que ese capullo siguiera molestándolas, ¿verdad? O, mejor aún, haber esperado a que hubieran llegado sus colegas para ver si, además, en

grupo, hacían algo peor. Pues mala suerte, no todos somos unos cobardes. No todos miramos para otro lado, ¿te enteras? Algunos vamos a plantaros cara siempre. Las veces que haga falta.

—Vais avasallando —se defiende @brokenwindow—. Como si tuvierais la verdad absoluta. Y no la tenéis, ¿vale? No puedes hacer lo que te dé la gana solo porque seas…

—Dilo —ella es quien calla ahora—. ¿Qué pasa? ¿Necesitas que yo te complete la frase?

—Las cosas no son tan simples…

—Sí que lo son. Son muy simples. Las cosas se dividen en lo que está bien y lo que está mal. No es tan difícil pillarlo, ¿verdad? Y la única basura es la vuestra. Lo que hacéis aquí.

—Eso ha sido luego. Pero antes…

—Antes era igual. Me lo ha contado Dani. Lo que pasa es que ninguno lo queríais ver. Aquí solo se ayudaba a los vuestros. Bueno, a los que creéis que son los vuestros. Porque en cuanto os da por pensar por vosotros mismos, también os pasan al enemigo, ¿verdad? Igual que hicieron con Dani.

Iris corre hacia ella y avanza tan decidida que parece que va a patearla. @brokenwindow no retrocede, ni siquiera se cubre el cuerpo para protegerse de un posible ataque. Al revés. La espera erguida y mirándola fijamente a los ojos.

—Hazlo. No me importa.

No sé si es su reacción lo que la detiene, pero Iris se deja caer a un lado, sobre la pared, deslizándose hasta quedarse sentada en el suelo con la cabeza entre las rodillas.

—No entiendo nada —eso es todo lo que dice—. Parece que en vez de en el siglo XXI estuviéramos otra vez, no sé, en 1940. En serio… No entiendo absolutamente nada.

Nelson nos deja ver la segunda parte de su vídeo. En ella se aprecia cómo alguien se opone al resto en cuanto comienza a ver que las burlas del principio se vuelven más oscuras. Justo cuando uno de los golpes al aire cae, en realidad, sobre el costado derecho del chico que tienen maniatado frente a ellos. No distingo su voz, solo sé que es grave, profunda, pero el ruido es tan atroz que resulta difícil entender qué dicen exactamente. Alguien mucho más grande que él, un tipo corpulento que parece el mayor de todos, lo intenta apartar, y el chico de la voz grave reacciona con una violencia casi

instintiva. Tan pronto como el otro trata de alejarlo cogiéndolo por los hombros, él lo tira al suelo y, justo en ese momento, los demás fijan en los dos contendientes su atención. El chico de la voz grave retuerce el brazo de su agresor, al que inmoviliza, y los otros los jalean hasta que otro individuo, casi tan alto como el que está tumbado, hace valer su autoridad. Debe de ser el líder del grupo, el dueño y propietario moral de esa A y esa C que sus esbirros lucen con orgullo en sus chaquetas. El chico de la voz grave se aparta, pero antes le quita el móvil a quien estaba grabándolo todo. Se lo da a Nelson mientras los demás lo abuchean, y se encarga de sacarlo de allí. Y ya no se ve nada más.

—Había recibido un correo de Mikel —nos explica Nelson—. Decía que quería darme una sorpresa y me daba una dirección. Él es muy de eso, ya lo sabéis… Por eso no me pareció extraño. No se me ocurrió que alguien hubiera podido *hackear* su cuenta. Y además, ¿para qué? Pero cuando llegué aquí… Todo sucedió muy deprisa. Me subieron a rastras entre unos cinco o seis tíos. A lo mejor también había alguna tía… Lo mismo tú eras uno de los que me agarraban, ¿a que sí?

—Te he dicho que yo no hice nada —se defiende ella.

—Da lo mismo. Ahora eso da lo mismo… Me subieron, me ataron y, bueno, lo demás ya lo habéis visto. Luego descubrí que lo que me hicieron tiene nombre. Pilla-pilla lo llaman. Tiene gracia, ¿verdad? ¿No os hace mucha gracia? Ahora todo tiene un maldito nombre. Hasta las pesadillas…

—¿Y por qué lo grababan?

—El juego consiste en aterrorizar a alguien para poder colgarlo y pasárselo a todos sus contactos. Así es más divertido. Primero se aterroriza a la víctima y luego, en la red, se le humilla. A mí no me dieron el nombre del juego, pero las reglas sí me las dejaron muy claras, supongo que para que pudieran disfrutar más el momento. No es lo mismo torturar a alguien sin testigos que hacerle saber que lo estás grabando y vas a convertir su pánico en un vídeo viral. Cuando me enteré, no sé por qué, solo podía imaginarme a mis padres. El resto del mundo me daba igual. Incluso Mikel. Creo que él lo habría aguantado. Pero mis padres… Pensaba en lo que sentirían cuando me viesen ahí, hecho un trapo, sin dignidad. Porque eso es lo que sentía que me estaban quitando. La dignidad…

Hasta que Dani lo paró todo. Y me sacó de allí… Podían habernos matado a los dos, la verdad. Mientras nos marchábamos, pensé que iban a venir a por nosotros. Que nos atacarían por la espalda. Que alguien nos empujaría y nos haría caer rodando por las escaleras… Pero no ocurrió nada. Se quedaron allí, mirándonos. Y se reían.

Supongo que porque ya habían empezado a pensar cómo iban a hacérnoslo pagar…

—¿Crees que el incendio de esta noche…?

—No lo sé, Laia. Lo único que puedo contar es lo que recuerdo… Y se reían.

—Yo no —reacciona @brokenwindow.

—¿Te damos un premio por eso?

—Yo nunca me reí… —insiste—. Salí a buscaros. Pero ya no estabais.

—Todo lo hiciste demasiado tarde. ¿No te das cuenta? —le responde Nelson.

—¿Por eso hemos acabado aquí? —pregunto.

@brokenwindow asiente.

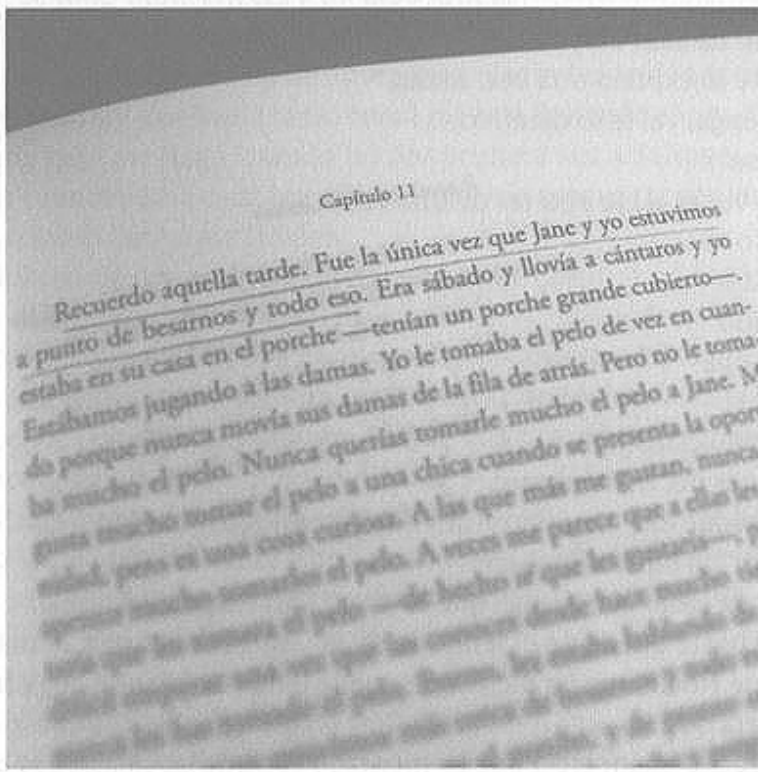
—No creo que sea casualidad que Joel y Dani hayan desaparecido a la vez… Estoy segura de que todo lo que está pasando tiene que ver con este sitio. Y con esta gente…

—¿Ya no son los tuyos?

La mirada de @brokenwindow está llena de algo que se parece mucho al arrepentimiento.

—Esa misma tarde, me creáis o no, dejaron de serlo.

s_w_a_n_n_m_e



Capítulo 11

Recuerdo aquella tarde. Fue la única vez que Jane y yo estuvimos a punto de besarnos y todo eso. Era sábado y llovía a cántaros y yo estaba en su casa en el porche —tenían un porche grande cubierto—. Estábamos jugando a las damas. Yo le tomaba el pelo de vez en cuando porque nunca movía sus damas de la fila de atrás. Pero no le tomaba mucho el pelo. Nunca querías tomarle mucho el pelo a Jane. Me gusta mucho tomar el pelo a una chica cuando se presenta la oportunidad, pero es una cosa curiosa. A las que más me gustan, nunca

s_w_a_n_n_m_e Ellos también...
#nosmerecemosotranoche #siempreestuguardián
#malditoSalinger

20

No ha sido culpa mía.

¿Te lo explico otra vez, mamá?

Venga, va, te lo deletreo.

Eso.

A ver si así te enteras de una vez.

No

ha

sido

culpa

mía.

¿Está claro ya?

Pues no, no lo parece.

Porque ella sigue preguntando por mi ojo morado.

Por las marcas.

Y da igual que le diga que esta vez han empezado otros.

O hasta que le dé el teléfono de la jefa de estudios y le insista en que Noelia me ha dicho que puede llamarla cuando haga falta. Para qué.

Mucho mejor creer que he montado «otra de las mías». Eso dice, «otra de las mías».

A veces tengo la sensación de que disfruta haciéndolo. Cada vez que me reprocha algo así, en realidad creo que está diciéndoselo a mi padre. Pero a él no puede mirarlo a los ojos, porque se encargó de matarse antes de que los demás pudiésemos pedirle explicaciones. Así que se conforma con lo que tiene más a mano y me lo suelta a mí.

—No tienes arreglo.

—Cada vez a peor.

—Siempre igual.

Las tres frases me las llevo yo, aunque se las dirija a él.

Hoy se lo he dicho. Le he dicho a mi madre que estoy harto de que no se dé cuenta de que nos estamos destrozando. Hasta creo que podríamos empezar a odiarnos. Y me niego a eso. Me niego a que el veneno que él ha dejado pudra también lo poco que aún nos queda a nosotros dos.

Ni ella ha sido la madre perfecta ni yo el hijo perfecto. Nadie lo es.

La gente solo finge serlo porque le da miedo asumir que eso no existe.

Que todo tiene grietas y un lado difícil.

Un lugar desde el que, si miras, la vida se vuelve peor.

Y crecer va de eso. Va de aprender a elegir desde dónde observarlo todo sin que duela tanto como me está doliendo ahora. Eso es lo que más me llegó cuando leí por primera vez a Salinger. Y así se lo cuento a Laia cada vez que me vuelve a preguntar por qué me gusta tanto llamarme Holden.

Ella se ríe como si yo estuviera fumado. Como si no supiera lo que digo.

Mi madre y yo, desde hace meses, nos miramos desde un lugar que no es el que debería ser. Un lugar donde me cuesta reconocerla. Donde estoy seguro de que ella tampoco consigue reconocerme.

Creía que eso cambiaría en cuanto le contara que hoy me he partido la cara por defender a una profesora. Quería convencerme de que ella abandonaría ese sitio desde el que me ve, siempre entre sombras, y buscaría otro ángulo.

Pero eso no ha pasado.

Se ha limitado a las frases de siempre.

Las tres frases de siempre.

—No tienes arreglo.

—Cada vez a peor.

—Siempre igual.

Nos ha faltado el «como tu padre», que últimamente se calla tan a menudo como lo piensa.

Le he intentado explicar que me he peleado con un tipo que estaba amenazando a Noelia. Uno de los que han denunciado desde Jefatura por andar trapicheando a la salida del insti y a quien, me

temo, conozco bien. Se trata de Brais.

Según me ha contado luego Noelia, los maderos ya se han pasado por aquí un par de veces, pero cuando lo hacen, esos tíos nunca están. Es como si alguien les diese el chivatazo para que ese día no vendiesen nada.

—Creemos que es alguien del instituto —me ha asegurado ella mientras, aún temblando de miedo, intentaba subirse al coche—. Sabemos que tienen gente dentro.

Se refería a Aarón, claro. Porque su hermano Rober es otro de los soldados que están ahí fuera, a las órdenes de Brais, pasando lo que sea para que se forre alguien que jamás ha puesto los pies en este barrio y a quienes ellos le hacen el trabajo sucio. He intentado convencerla de que Aarón no forma parte de eso, pero ni tengo pruebas ni mi argumentación ha sido convincente.

A lo mejor sí es él quien les manda un mensaje cuando viene la poli para que ellos no se acerquen… No sé, lo dudo. Tengo la impresión de que Aarón tampoco quiere formar parte de eso. Como si fuera una pieza en un tablero equivocado. Como si alguien lo hubiera colocado en un lugar que nunca acaba de ser el suyo y por eso no encaja. Ni en el Valdés, ni en su familia, ni en ninguna parte. O quizá hemos coincidido tantas veces en los pasillos y en el aula de castigados que hasta hemos empezado a entendernos.

La poli, de momento, no ha conseguido demostrar nada. Y Noelia tampoco me explica cómo se enteraron de lo que estaba pasando. Alguien nos contó algo, me resume, pero omite el nombre de quien se atrevió a decírselo.

Estaremos atentos, dijeron los agentes cuando pusieron la denuncia.

Pero eso no basta.

La ciudad es demasiado grande como para limitarse a estar atentos.

Y las bestias saben bien cuándo tienen que esconderse.

En realidad, no necesito que Noelia me cuente quién les dio aviso. Porque ni ella misma lo sabe. Solo podría contarme —en caso de que quisiera hacerlo— que les llegó un *mail* a Jefatura desde una cuenta anónima. Y que alguien describía cómo había visto a Brais pasando merca a un grupo de niñas de la ESO.

Ese alguien, aunque hoy tampoco se lo haya dicho, fui yo.

En realidad, es un silencio estúpido, porque puede que en el Valdés no lo averigüen, pero seguramente Brais y los suyos sí que lo hagan. No es difícil encontrar una IP.

Hoy estaban allí.

Esperando a Noelia junto a su coche.

Eran dos. Iban con las caras tapadas, pero juraría que uno de ellos era Brais, y el otro, un tío al que no he visto nunca.

Pero Rober, no.

Se ve que a Rober han preferido mantenerlo al margen para que nadie pueda relacionarlo, a través de su hermano Aarón, con lo que habían planeado para ella.

No sé qué iban a hacerle.

Ni cómo.

La esperaban fuera del instituto, en una de las calles donde aparca. Desde que el curso pasado le destrozaron el coche en el aparcamiento, Noelia lo deja cada día en un lugar diferente. Cerca del Valdés, pero lo bastante lejos como para que sea preciso ir a buscarlo.

Que yo pasara por allí tampoco ha sido casualidad.

Desde que les mandé ese correo y supe que Noelia había cursado la denuncia, hago el mismo camino que ella.

Sé cómo se las gasta esta gente.

Y cuando escribí aquel *mail*, estaba convencido de que si les tocábamos el negocio, ocurriría algo.

Porque la poli no puede venir todos los días, pero desde nuestro aviso sí que lo hace a menudo.

Y los padres han empezado a estar más atentos.

Y la verja ha dejado de ser un buen lugar para pasar.

Y sus ventas han empezado a caer en picado en este barrio, así que sus jefes no deben estar nada contentos y habrán empezado a presionar a los soldados.

Era imaginable que harían algo.

Que ladrarían como perros rabiosos que son.

Cuando he llegado, la estaban acorralando. Llevaban la cara cubierta con pañuelos oscuros, como si se hubieran escapado de una película del Oeste.

Luego, ha sido todo muy rápido.

He podido quitarle la navaja al que yo creo que era Brais,

mientras intentaba mantener lejos a su compañero. Pero siendo dos, y casi tan fuertes como yo, no ha sido sencillo dominarlos.

A veces, la técnica no basta.

A veces, hay que medir las fuerzas. Saber que el rival puede hacerte más daño que tú a él.

Y hoy era una de esas veces.

He conseguido alejarlos de Noelia y ella, mientras yo me defendía de ambos, ha llamado a la poli.

No sé qué habría pasado si no.

Pero su llamada ha hecho que se largaran en mitad de la pelea.

—¿Estás bien? Tiene que verte un médico…

Me he negado.

—Estoy bien.

—Por favor…

Le he dicho que no me parecía justo que me obligase a hacer algo contra mi voluntad después de haberme jugado el cuello por ella. Y Noelia ha tenido que darme la razón.

Eso es lo que le quería contar a mi madre.

Pero no he podido.

—No tienes arreglo.

—Cada vez a peor.

—Siempre igual.

Ella ya tenía lista su sentencia. Así que en la cena no pienso molestarme en volver a explicárselo.

—Hay que hablar con la policía —me ha insistido Noelia—. Es posible que vuelvan a intentarlo.

—No quiero hablar con ellos.

—Pero…

—Cuéntales lo que quieras, pero a mí no me metas.

Y ella, una vez más, ha asentido.

No sé si hago bien, pero no quiero más problemas.

Le he pedido que cuente una versión donde no salga yo.

Donde no tenga ni idea de quién fue el tío que se metió en medio para protegerla.

Podría ser alguien con cuentas pendientes con ellos.

O un justiciero loco.

O un maldito fantasma.

Pero, por favor, que no sea yo. He tenido demasiada poli,

demasiados jueces y demasiada prensa en estos años.

Nos hemos dado la mano y Noelia me ha prometido callarse si, en adelante, yo le cuento cualquier cosa que vea y me llame la atención.

—Cualquier cosa, ¿me oyes? Cualquiera.

Le he dicho que sí y me ha preguntado qué más podrían hacer estos tipos contra nosotros. O contra el instituto.

A mi madre, que sé que es buena callando, eso también se lo quería contar.

Pero ya no tiene mucho sentido intentarlo.

A Laia, no.

Prefiero no meterla en esta guerra.

Y no quiero hablar de algo tan sórdido cuando me mande la canción de esta noche.

O cuando me escriba un wasap.

Últimamente, entre ella y yo hay casi tantas palabras como canciones.

Desde que me atreví a enviarle la *Sonata fantasma* de Vetusta, cada vez utilizamos menos excusas para hablarnos y tenemos más claro lo que necesitamos decirnos. El recuerdo de la noche en la disco, con mis dudas y con su huida, ha comenzado a hacerse más débil, y gracias a eso creo que hemos empezado a recuperar el diálogo.

Poco a poco, cada vez necesitamos menos voces ajenas. Quizá estemos inaugurando el tiempo de hacer sonar la nuestra.

caulfield_is_back

caulfield_is_back Me gusta #Schiele porque me explica. Y yo también soy 2. Puedo ser J. Puedo ser H. Tú eliges @s_w_a_n_n_m_e (?)

21

Llevamos más de diez minutos sin decir nada. Sentados entre las sombras de esta casa que, tras el relato de Nelson, se ha vuelto aún más lúgubre. Todo resulta oscuro. Sórdido. Cada rincón de este lugar está manchado por el odio y la vergüenza de una historia que hubiera preferido no conocer. Si pudiera olvidarlo todo… Esa fue mi única obsesión durante demasiado tiempo. Durante todos y cada uno de los días que precedieron al hospital. A la llegada de Alba. A la primera vez que fui capaz de abrirme de verdad con alguien. Y ahora, en medio de esta pesadilla, me gustaría poder hacer lo mismo. Entornar los párpados, quedarme dormida —unas horas, unos días, el tiempo que haga falta— y despertar para darme cuenta de que nada ha sido real.

Jamás hubo un incendio en mi instituto.

Ni Joel desapareció esa misma noche.

Ni acabé en una casa abandonada.

Ni me enteré de que uno de mis mejores amigos había sido humillado por no apartar la mirada y defender a alguien de unos salvajes.

Pero si algo aprendí en el hospital —algo por lo que, a mi modo, creo que sí le di las gracias a Alba— es que forzar el olvido no sirve de nada. La vida no se apaga cuando lo haces. No existe el modo *pause*. Ni la opción de silenciar. La vida no admite selecciones como las de mi TL, donde elijo qué tipo de realidad quiero habitar. Fuera de la red, los contornos desaparecen y, con ellos, los límites con los que me protejo de lo que no me gusta. De ese mundo que es irreal en mi pantalla, pero tristemente sólido fuera de ella. Y saber que Joel, de algún modo, estuvo en ese otro lado del espejo me hace sentir, de repente, muy lejos de él.

«Apenas se acercaba por aquí. Nunca estuvo de acuerdo con esto. Si alguna vez vino fue por Dani».

En mi cabeza dan vueltas las palabras de @brokenwindow. Ha intentado convencerme de que no hay ninguna relación entre el chico que yo conozco y esta AC cuyo significado ni siquiera necesito conocer para saber lo que encubre. ¿Eso es ya justificación suficiente? ¿Basta con no estar de acuerdo con algo para quedarse fuera? Y me pregunto si no habremos estado tan ocupados descifrando códigos secretos en nuestros perfiles que hemos olvidado compartir lo que nos sucedía fuera de ellos. Porque en ese caso, puede que el chico que yo conozco no sea Joel, sea Holden. Y quizá la distancia entre ambos resulte mayor de la que imaginaba.

Me gustaría que todo esto me ayudase a serenar mis emociones, pero solo ha conseguido agravarlas. Ahora es cuando más necesito verlo, aunque solo sea para confirmar cuál de las dos identidades es la que realmente vive en él. El Holden que se muestra (¿se inventa?) en su cuenta de Instagram o el Joel que estuvo alguna vez, por motivos que ignoro, en un lugar tan terrible como este. Con el primero puedo seguir abrazando la esperanza de que suceda algo. Y hasta intentar que el miedo que me paraliza cuando alguien se acerca a mí desaparezca. No va a ser tan rápido, me advirtió Alba. No lo está siendo. Pero saber que Joel no es Joel, sino Holden, sí puede ayudar a que ese proceso avance un poco más. Y solo lo hará si Holden —si las canciones que hemos compartido, si sus imágenes de Schiele, si esa pasión suya por algo tan singular como la escultura— es verdad, y no una máscara construida para engañarme.

El móvil de Nelson nos saca a todos de nuestro ensimismamiento. Suena con insistencia y, aunque él pretende ignorar la llamada, ante nuestras miradas de inquietud —casi de urgencia—, acaba respondiendo.

—No… No estoy en casa —responde como un niño al que hubieran pillado cometiendo una travesura—. Ya, Mikel, no te lo he dicho… Lo siento… Tenía algo que hacer… Sí, algo… Luego te explico, es… Es complicado.

Puedo adivinar las preguntas (¿los reproches?) al otro lado del teléfono. Las dudas de Mikel sobre los motivos que tiene Nelson para haber salido de casa en esta noche en que todos hemos

acabado en el lugar equivocado. Sin embargo, no hay interrogatorio. Ni siquiera parece que cuestione lo que hace o deja de hacer Nelson. En eso, la verdad, me gusta cómo son cuando están juntos. Cómo respetan un espacio que a mí, al menos, me parece esencial dibujar. Si alguna vez Holden y yo vamos más allá, me gustaría que fuéramos como Nelson y Mikel, que no juzguemos lo que hagamos, ni pidamos explicaciones, ni asfixiemos lo que sentimos por las dudas o la inseguridad. Ahora, después de saber que Joel estuvo aquí, me parece más difícil que eso pase. No con él, claro. Con él ya no tendría sentido que ocurriera si ese Joel acaba siendo más real que su Holden con rasgos de pintor austríaco. «Me gusta Schiele porque me explica. Y yo también soy 2», me escribió en un mensaje junto a uno de sus cuadros. Una de esas imágenes para las que terminé haciendo un álbum en la galería de mi móvil y que jamás podría compartir con nadie. Qué extraño resulta sentir que una galería llena de cuadros de un pintor de hace más de un siglo pueda resultarme más íntima que cualquier otra foto. Que cualquier otra imagen.

—No, Mikel, no lo hemos visto —se sorprende Nelson—. Espera un momento…

Saca su móvil y, tras mirar la pantalla unos segundos, se queda completamente pálido.

—Tienes razón —nos muestra su teléfono—. Mirad.

Laia, @brokenwindow y yo corremos hacia él antes de buscar el Insta de Joel en nuestros propios móviles. La imagen es de las 04:12 y, sin dudarlo un segundo, decido que esa es la prueba de que Joel sigue con vida. No estaba en el incendio. No se encontraba en el Valdés. No es uno de los dos cuerpos que han sacado de allí esta noche.

—Podría ser una publicación programada —me advierte Iris, consciente de que su información tecnológica apaga de un soplo toda mi esperanza—. Quizá la dejó lista por algún motivo.

—¿Como cuál? —pregunta @brokenwindow.

—Para decirnos algo…

Lo peor es que Iris podría tener razón. La imagen de Joel sugiere una simetría siniestra, un equilibrio fúnebre que me recuerda a las figuras de esos cuadros que tanto le gustan.

«Y yo también soy 2. Puedo ser J. Puedo ser H. Tú eliges».

En esos mensajes frikis parece otra persona. Alguien capaz de hilvanar más de dos palabras seguidas y hasta de encadenar frases, aunque siempre aparezcan llenas de espacios en blanco y de puntos y aparte. Son los momentos donde siento que estamos más cerca, a pesar de que sean instantes tan breves como la esperanza que Iris acaba de llevarse.

—Esta imagen no parece elegida al azar… Quizá ni siquiera sea real.

—Lo es —afirma con seguridad @brokenwindow—. Y creo que sé de qué lugar se trata.

En la fotografía se ve un espacio en llamas. Un incendio demasiado parecido al de esta noche como para que todo sea fruto del azar.

—Quizá sea una foto del Valdés —apunta Nelson.

—No —le corrige @brokenwindow— No lo es. El entorno es distinto.

—O una captura de internet… —aventura Iris.

—Ese sitio lo conozco —confieso. Aunque no les digo que, hace unas horas, también yo estuve allí.

—Sí, sí, sigo aquí —le responde Nelson a Mikel, que sigue nuestra conversación desde lejos—. Venga, va, pongo el altavoz.

—¿Alguien sabe dónde está tomada esta foto? —nos pregunta.

—Os he dicho que sí —me impaciento—. ¿Vamos o no?

—¿A qué esperáis entonces? —se suma Mikel—. Enviadme ubicación.

Nelson se la hace llegar y Mikel nos pide que lo esperemos.

—Date prisa o nos vamos —amenaza @brokenwindow.

No sé si lo escucha. Solo se oye el pitido de la línea al otro lado del teléfono.

—Puede que nada de esto haya sucedido. Que solo esté jugando con nosotros —insiste Iris.

Pero lo dudo. No creo que sea un juego. Ni un acertijo. Ese incendio es una venganza. Un acto premeditado que guarda relación directa con el fuego que ha quemado a dos personas y ha destrozado parte de las instalaciones del Valdés. La fotografía de Joel es una provocación, un cebo, una manera de avisar a quienes lo están buscando —¿somos solo nosotros?— de dónde está y de qué es lo que acaba de hacer. Y eso, precisamente eso, es lo que más

me preocupa de todo. La intuición de que cuando lleguemos a ese lugar no solo lo encontraremos a él, sino también a quienes ha querido convocar esta noche a través de esa imagen acompañada de una cita de ese libro que, por su culpa, conozco muy bien.

Una de las cosas matas que tengo
es que nunca me ha importado perder nada.
#h

—¿Alguien sabe qué ha querido decir con esto? —nos pregunta Nelson.

—Ni idea —responde Iris—. No debe de haberlo escrito él. Tiene pinta de ser una cita.

Les ahorro la explicación y no les aclaro que es una de las frases de la novela de la que Joel, ahora Holden, ha tomado su nombre. Ni les describo cómo me he obsesionado con ella, y con lo que allí se cuenta. Ni les aviso de que tras el significado de esas palabras que ha escogido Holden (antes Joel) solo leo oscuridad.

s_w_a_n_n_m_e "When I try to explain, the words run away"
Se nos da mejor inventarnos que hablarnos. ¿No? 🪶

22

Puede que haya sido culpa del eclipse.

Dicen que esos días la realidad se vuelve extraña.

Diferente.

A lo mejor por eso hoy todo parecía casi irreal, como si no estuviera sucediendo.

—Venga ya, tío, no te comas más la cabeza.

Así lo ha resumido Dani, que insiste en que no he visto lo que he visto.

Pero yo estoy seguro de que eran él y Nelson.

Hablando en un rincón del patio. Lejos de todos.

Escondidos, como si quisieran evitar que alguien (¿yo?) pudiese encontrarlos.

Y los he visto.

Estaban serios. Mucho.

Hablaban casi en susurros.

Luego, después de decir algo que no he entendido (aunque juraría que alguno de los dos le estaba pidiendo perdón al otro), se han abrazado.

Después se han separado y se han ido por caminos opuestos, evitando que alguien más pudiera verlos.

—¿Que me estaba abrazando con quién? ¿Pero tú qué te has fumado?

Dani se ríe de mi pregunta, pero su risa suena tan falsa que estoy seguro de que me miente.

La única teoría que se me ocurre suena aún más rara.

Nelson sale con Mikel, ¿no?

Y a Dani, aunque no lo hemos hablado, yo diría que le ponen las tías.

A no ser que Nelson se la esté pegando a Mikel.

Y que a Dani, aunque no lo hayamos hablado, le pongan los tíos.

Entonces puede que se hayan abrazado porque Nelson y Mikel lo han dejado.

O porque Dani y Nelson están empezando algo.

Eso explicaría los chupetones de Dani.

Y que nunca quiera decirme de dónde vienen.

Pero es muy poco probable, la verdad.

—¿Cuándo vas a presentármela?

—Cuando me dé la gana —responde.

Y se ríe.

Dani, cuando se siente incómodo, siempre se ríe.

He intentado que me contara la verdad en el gimnasio, pero se ha negado.

Además, hoy estaba todo algo revuelto.

—A lo mejor deberíais buscar otro sitio.

Eso es lo que me ha dicho el gerente.

Y estoy seguro de que el mensaje, en realidad, viene del capullo de Brais, que no sé si ha averiguado ya que fui yo quien avisó a Jefatura o si, sencillamente, lo ha deducido después de la pelea del otro día junto al coche de Noelia. Desde entonces, entre él y yo se respira una calma tensa, una de esas treguas que no son reales y que ambos sabemos que se puede interrumpir en cualquier momento. En el gimnasio no, claro. Este es un terreno neutral y, si no me equivoco, uno de sus lugares de negocio… los vestuarios. Y el almacén.

—¿Otro sitio? —se envalentona Dani—. ¿Y si no lo buscamos?

—Cuando se acabe este mes, vais a tener que iros —insiste el gerente.

—Eso es ilegal.

—Esto es un negocio privado. Y si no queremos tu dinero, no tenemos por qué aceptarlo.

Estoy seguro de que eso no es verdad.

Pero no tengo ganas de más movidas.

Así que le digo a Dani que nos largamos. Hay que buscarse otro sitio para matar las tardes. Para agotar la rabia. Cualquiera vale.

—Me han dado ganas de tumbar a ese imbécil —le confieso.

Y Dani, por primera vez, me mira raro.

Antes de abrazarse con Nelson, habría aplaudido mi idea. Hasta se habría apuntado a darle su merecido al borde del monitor.

Pero hoy no.

Hoy me mira como si le estuviera hablando de asesinar a alguien.

—Tío, que estaba de coña.

—Claro.

No sé si el abrazo de Nelson ha sido algo así como la kriptonita, porque esta tarde Dani parecía otro. Y me ha recordado lo que me pasa a mí desde que en mi vida existe Laia. Dani también estaba con la cabeza en un lugar que no era el nuestro. Lejos de las pesas. De la lona. De la tabla de entrenamiento. Lejos de los golpes con que nos dejamos los puños en el saco. De las patadas con las que ponemos el cierre a cada día. Todos iguales.

Ahora ya no lo serán, claro. Por culpa de Brais, Rober y su grupo, nos toca buscarnos otro sitio. Deben de haber metido miedo también aquí. Y es su manera de empezar a castigarme por lo que pasó con Noelia. Habrá más modos, seguro. Así que ahora me toca estar pendiente de todo. Y de todos.

Es tiempo de mirar hacia atrás.

De cuidar bien mi sombra.

De evitar los pasos en falso si no quiero que un descuido me cueste caro.

Eso es lo único que consigue sacar hoy a Dani de dondequiera que sea que está encerrado.

—Si van a por ti, cuentas conmigo.

—Lo sé.

—A muerte, Joel.

—A muerte.

Evito reírme, porque estas frases de película de serie B siempre me han dado risa.

Esas pelis en las que sale un tío que salva a toda la gente de un tren que va a explotar.

O de un edificio que va a estallar.

O de cualquier lugar que está a punto de arder en llamas.

En la vida real no hay gente así.

Nadie puede con tanto.

Y ni siquiera sé si alguien entraría a salvar a alguien a través de

esas llamas.

Con seguir vivos ya tenemos bastante.

—Hay otro gimnasio al lado de tu casa —le digo—. Podemos ir ahí.

—Paso. Prefiero uno que esté lejos.

—¿Por?

—Porque no me mola encontrarme con mi madre. Cuanto más cerca entrene, más tengo que verla.

—Es verdad, que eres el niño fraude.

—No me toques hoy más la moral, Joel.

—Pues nada, buscamos otro sitio.

«When I try to explain, the words run away…».

La música que hoy me ha enviado Laia tampoco ha ayudado.

Tenía el mismo sonido angustioso del eclipse. Ese sonido que tiene todo lo que no se acaba de explicar. Lo que sientes que no puedes agarrar con las manos.

Por eso lo mío no es la pintura. Porque hay algo en los cuadros que es infinito. Algo que parece que se pudiera extender siempre más allá del marco… Pero cuando esculpes algo, no. Cuando esculpes, solo existe lo que estás haciendo. Con límites concretos. Un espacio donde no suena nada que no quieres que suene.

He escuchado la canción varias veces.

En bucle.

Sé que ella lo hace también con las que yo le envío.

Los dos estamos enganchados a buscarnos en el otro. En una especie de universo paralelo que, en realidad, no existe.

Una distopía que no es distópica porque sucede ahora.

Y sucede aquí.

Cuando ella escucha mi música y cuando yo intento descifrar la suya.

«I lift up my head and the world it's on fire».

No sé si es lo que de verdad piensa de mí o si solo está intentando provocarme. Pero entonces pienso en aquella noche en la pista, en la música, en su forma de huir de mí, y recuerdo que es mejor mantener esa frialdad. Lejos del incendio.

«The world it's on fire».

Es el eclipse, me digo.

Tiene que ser ese maldito eclipse.

Y lo pienso mientras recibo por Insta un mensaje de mierda.

Uno de esos que me recuerdan que alguien sabe lo que soy de verdad.

Alguien que me pide que me aleje del mundo de Laia y de la gente que le importa.

«Si le haces daño, estás muerto».

Eso escriben.

«Si le haces daño».

Y ese *le* resulta demasiado evidente como para no prestarle atención.

Por primera vez, lo veo clarísimo.

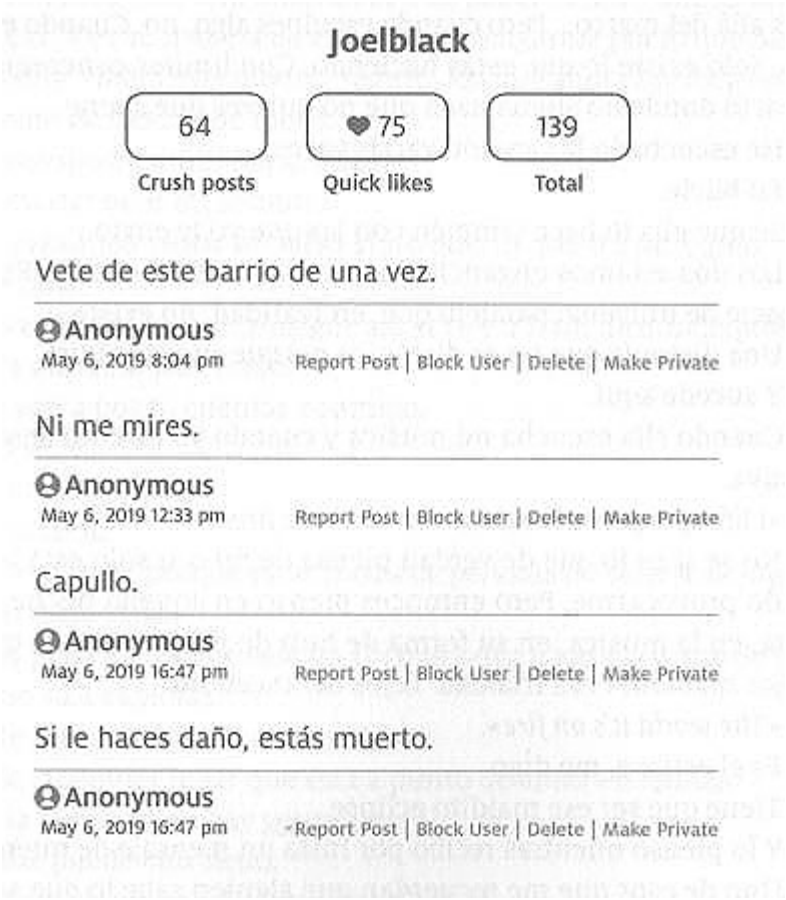
Cristalino.

Por primera vez me doy cuenta de que no fue Aarón quién difundió lo mío.

Fue alguien que pretendía hundirme a mí para salvar a otro alguien.

«Si le haces daño».

Así que reviso los *posts* del This Crush.



Y los mensajes de Insta.

Y las respuestas de perfiles anónimos en mi Twitter.

Y los correos que he recibido desde cuentas estúpidas estos meses.

Algunos hasta parece que los pudiera haber escrito mi madre.

«Eres como tu padre».

«Escoria».

«No necesitamos más asesinos».

Se repiten tanto que llegan a ser tan cansinos y esperables como su famosa trilogía: *notienesarreglo, cadavezpeor, siempreigual*.

Quien sea que está detrás de todo esto ha querido alejarme de Laia.

Tenerme a raya.

Pensaba que Holden era tan vulnerable como lo fue Joel. Que volvería a buscar un agujero donde meterme para no salir más. Pero Holden es mucho más fuerte que todo eso. Porque sabe que el precio de seguir adelante es mantener vivo su dolor, ese que le hace fuerte. Ese que lleva el nombre de Vega. De la vida que ya no va a tener. Alguien a quien no solo le queda la culpa ajena, sino también la agonía propia. Y extrañar el futuro es lo peor. Porque echas de menos lo que no va a suceder. Con todas tus fuerzas. Como si hubiera ocurrido y se te hubiera caído de entre las manos. Como si Vega se le hubiera escapado de mis brazos.

«Si le haces daño».

Quien me amenaza así no sabe cuánto daño, si quisiera, podría hacerle.

Ni que acabo de averiguar de quién se trata.

Caulfield_is_back @Caulfieldisb... · 7s

Otro día.
Otro más.
Y otro.
Y otro más.
Todos iguales.
Pero este no.
Este estás tú.

(¿estás?)

23

—¿Cómo has llegado, tío? ¿Volando?

Mikel saluda a Nelson con un beso mientras los demás intentamos salir de nuestro asombro tras verlo aparecer apenas diez minutos después de su llamada.

—He cogido un taxi, ¿pasa algo?

—Cómo se nota que nos sobra la pasta —sonríe Iris.

—Sí, y que me he fundido media paga por vuestra culpa.

—No te hagas el pobre, anda.

—¿Nos vamos o no? —se impacienta @brokenwindow.

—¿Y tú quién eres?

—¿A ti qué te importa?

Una vez saboteada la presentación oficial, decidimos ponernos en marcha hasta el lugar que aparece en la imagen que ha colgado Joel y que, tanto si es una publicación programada como si acaba de hacerla esta misma noche, tiene un significado muy concreto para alguien cuya identidad ignoro. No sé a quiénes espera, pero es evidente que esa fotografía, más que una imagen, es un mapa para que lleguen hasta él.

—¿Alguien sabe adónde vamos? —se impacienta Mikel.

—Tú síguenos y calla, anda —lo tranquiliza Nelson.

Podría haberle respondido yo. Haberle dicho que es uno de los sitios que forman parte de la biografía abstracta de Joel.

—¿Biografía qué? —se rio de mí (o, por lo menos, llenó su mensaje vía Insta de emoticonos que se reían) cuando se lo dije.

—Abstracta.

—Pues vas a tener que explicármelo.

—Es una teoría mía.

—Qué raro… Una teoría tuya.

A veces no tengo claro si eso forma parte de lo que le gusta o de lo que le asusta de mí. Mi tendencia a intentar explicarlo y clasificarlo todo. Mis preguntas comparando lo que tenemos con lo que podríamos tener. Mi necesidad de plantearme si esto que vivimos es todo a lo que podemos aspirar, si no hay un plano de la realidad que queda oculto y nos conformamos demasiado deprisa con aquello que vemos, como si fuera bastante lo que existe y no necesitáramos inventar nada más. Por eso me cuesta tanto no convertir cualquier cosa en un interrogante, porque estoy convencida de que las verdades absolutas no existen y lo único que podemos conseguir son certezas mucho más sutiles, de las que son válidas durante un tiempo, hasta que el tiempo juegue con ellas y nos muestre otra cara que, ahora mismo, no vemos.

Intuyo que a Joel eso le angustia un poco. Que siente que lo estoy examinando cuando, en realidad, soy yo la que se cuestiona a sí misma. Quizá necesite conocerme algo más para llegar a entender de verdad eso. O quizá es que no está acostumbrado a que los demás miren el mundo como si fuera una pregunta en vez de una respuesta. Así que cuando empiezo con una de mis teorías —bueno, de lo que él llama «mis teorías»—, nunca estoy segura de si me escucha (corrijo: me lee) de verdad o si tan solo finge hacerlo.

—¿No hay partes de la vida de la gente que te rodea que serías incapaz de definir, Joel? De la gente cercana. De tu familia. De los amigos de verdad. Tú piensas que lo sabes todo, ¿no? Pero hay lugares, hay manías, hay acciones que no podrías describir si te pidieran que hicieras un documental sobre ellos.

—¿Y yo tengo muchas zonas así?

—Igual que yo. ¿O tú podrías dibujarme a mí sin equivocarte en nada?

—Lo mío no es el dibujo, Laia. Es la escultura.

—Bueno, es una metáfora.

—Ya, pero es que a mí no me van mucho las metáforas.

—¿Por?

—Porque es como hablar haciendo trampas. Escondiéndote. Y yo ya no me escondo, Laia. Por eso.

No se escondía… Hasta hoy. Hasta esta noche en que buscarlo se ha convertido no sé si en una necesidad o en una obsesión. Empiezo a pensar que lo persigo porque algo en mí quiere creer que, si lo

encuentro, también acabaré encontrándome a mí. Que tengo que dar con el paradero de su Holden para que siga existiendo mi @s_w_a_n_n_m_e, porque sin alguien que me lea como él lo hace —más allá de sus dudas sobre mis teorías o de su aversión a mis metáforas—, esa identidad dejaría de existir. O, al menos, dejaría de ser como soy cuando él me interpreta. Quizá nos importa tanto lo que los demás piensan de nosotros porque a veces sentimos que solo somos lo que ellos leen. Un libro infinito, con tantos significados como miradas, un mensaje que se puede recibir cara a cara o a golpe de clic, que se construye en la calle o en la pantalla, una red de contradicciones que solo alcanzan su sentido cuando alguien se molesta en interpretarnos. Eso es lo que Alba me pidió que aprendiera a hacer, lo que llevo intentando todo este curso: leerme sin ayuda. Escribirme a solas. Saber que, me miren o no, sí significo. Sí soy. Sí tengo algo que merece la pena decir.

Pero ese algo, para Joel, forma parte de mi biografía abstracta. De ese lugar que él no podría dibujar —perdón, esculpir— porque no está seguro de querer conocerlo. Igual que en la suya, en esa zona gris de lo que sé pero no quiero saber se encuentra el sitio al que ahora nos dirigimos. Ese espacio en el que pasa tantas horas cada día y donde no sé si se siente Joel o se siente Holden. No se lo he preguntado nunca porque me da miedo su respuesta. Es igual que preguntarle al doctor Jekyll en qué lugar se transforma en *Mr*. Hyde, porque eso supondría asumir una dualidad que, este curso, no me sentía preparada para afrontar. Por eso nunca le he preguntado dónde está su gimnasio. Ni he querido que me cuente qué es lo que hace. Y le corto —sí, sé que lo hago— cada vez que intenta hablarme de lo que ocurre allí. De las tardes que pasa con Darai. De ese lado de su realidad con el que no me siento nada cómoda y donde temo que pueda encontrarme con uno de los cadáveres de *Mr*. Hyde.

A @brokenwindow tampoco le ha resultado difícil identificar la dirección. Las dos sabemos que se cambiaron hace poco, pero, de algún modo, eso mismo nos hace ir al primero. Al que hemos reconocido en la foto que ha colgado Joel en su perfil.

—Vine alguna vez. A recoger a Dani —se explica, y con eso me basta para completar el relato y confirmar lo que llevo sospechando desde que llegamos con ella a la casa okupa.

—¿Estáis saliendo?

Ella se encoge de hombros y me doy cuenta de que no es que evite responderme: simplemente, no sabe qué decirme.

—Nos hemos enrollado y eso.

—¿Solo una vez?

—Más de una.

—¿Muchas?

—¿Hay un número exacto para saber si estás saliendo?

A veces —como ahora mismo— pregunto estupideces. Así que no digo ni una palabra más y me trago el orgullo, convencida de que @brokenwindow tiene razón. Las relaciones no son contables, me anoto mentalmente, y opto por callarme mientras doblamos la última esquina antes de llegar al gimnasio.

Son ya las cuatro y media de la mañana y la ciudad se muestra con una imagen casi fantasmagórica, como si estuviéramos atravesando el decorado de una fantasía gótica en la que todo pudiera girarse y volverse irreal en cualquier momento. Apenas nos hemos cruzado con las luces de un par de taxis que recorrían las calles en busca de pasajeros invisibles, y solo los portales de los bancos, ocupados por vidas anónimas y cubiertos de cajas de cartón, parecen habitados. No puedo evitar quedarme mirando fijamente uno de ellos, donde adivino a un hombre que duerme custodiado por un perro que nos mira con hostilidad. @brokenwindow me coge del brazo para que siga andando y yo reacciono soltándome y alejándome de ella.

—Lo siento, no quería… —se disculpa.

—Da igual. No es cosa tuya. Es… —pero no sigo hablando. En realidad, creo que no quiero hacerlo.

—Se suponía que lo que hacíamos allí iba de esto —señala los cartones y a quienes se ocultan en ellos—. Por eso habían okupado esa casa, para reunirse y ayudar a la gente que lo pasa realmente mal… Eso decían.

Después de conocer la historia de Nelson, no sé qué espera que le diga, así que prefiero dejar que continúe hablando mientras él nos sigue, junto a Mikel y a Iris, unos metros más atrás.

—Joel no quiso nunca formar parte de esto… Pero Dani tardó bastante más en darse cuenta. Él veía lo que veía yo, así que…

—¿Y tú qué veías?

—Veía que repartíamos comida. Que dábamos mantas. Había gente que se quedaba fuera, sí, pero es que no se puede ayudar a todo el mundo. Hay que elegir, ¿o no?

—¿Y cómo eliges?

—Eliges a los nuestros.

—Otra vez «los nuestros»… Hablas como si esto fuera una guerra.

—Es que lo es. ¿O te cuento el tiempo que llevan en el paro mis viejos?

—En ese caso, os estáis confundiendo de enemigo. No es la gente que tenemos al lado, sino la que mueve los hilos desde arriba.

Me gustaría preguntarle qué significan las iniciales que se repetían en las paredes. Si Dani se había empezado a distanciar antes de la agresión a Nelson. Si ella misma se siente fuera o dentro de esa gente por la que no sé si siento pena o desprecio. Gente que cree que acabar con la diferencia es el modo de vencer una batalla que solo se vencerá sumándola. Gente que no debe haber leído jamás un cómic de Marvel. Ni de DC. Porque entonces sabría que los más fuertes somos los más extraños, los que no cabemos en las páginas centrales de la historia y habitamos para siempre en sus márgenes. Los mutantes. Los inexistentes. Los rechazados. Los que llevamos tanto tiempo mirando la vida desde ese lugar en que nadie sabe de nuestra presencia que conocemos verdades que los demás ignoran. Me gustaría intentar explicarle a @brokenwindow algo de todo eso, pero entonces correría el riesgo de que se sintiera juzgada y me rehuyera con tanta fuerza como lo he hecho yo cuando ella ha querido cogerme del brazo. Nunca miras cuando te obligan a hacerlo, sino cuando sientes que necesitas ver.

—Ya estamos —los aviso.

Y los cinco nos detenemos ante el gimnasio donde entrenan Joel y Dani.

—Entrenaban —me corrige @brokenwindow—. Se acabaron cambiando.

—Es cierto —intento dejar claro que yo también lo sabía.

—¿Por? —nos pregunta con curiosidad Iris.

—No lo sé. Movidas con alguien, supongo.

—¿Tú sabías que Joel estaba metido en todo esto? —Mikel me mira indignado, como si estuviera acusándome de algo ante lo que

no sé cómo defenderme.

—¿Metido en qué? De momento nadie ha demostrado que estuviera metido en nada…

—Está claro que la foto del fuego era un montaje —nos interrumpe Nelson con una información que, de puro obvia, resulta innecesaria.

—Y una amenaza —insiste @brokenwindow—. Así que mejor andar con cuidado. Dudo que estemos solos.

—Antes vine aquí y no había nadie —confieso.

—¿Habías venido ya? —se indigna Iris—. ¿Y cómo no nos has dicho nada?

—Menuda pérdida de tiempo —se lamenta Mikel.

Pero antes de que puedan seguir con sus reproches, los gritos de alguien pidiendo ayuda nos dejan claro que, en realidad, no estamos solos. Rodeamos el edificio, revisamos sus puertas, buscamos una entrada abierta que, por supuesto, no hallamos y descubrimos que alguien solloza, tumbado en el suelo y muy magullado, justo en la parte trasera del local.

Iris saca su móvil dispuesta a avisar a urgencias, pero Nelson, sin siquiera dudarlo, le quita el móvil en un gesto rápido y limpio. Ella protesta sin demasiado éxito mientras él se acerca a quien yace, a apenas unos pasos de nosotros y, con la cámara del teléfono de Iris, apunta hacia el tipo que, cubierto de heridas, se retuerce en el suelo.

—¿Y ahora qué, cabrón? ¿Ahora qué?

Tu historia
ciudad fantasma
(ven)
Destacar
Más

24

Esto es ridículo.

Y no sirve de nada. Así de claro.

Pero aquí estamos otra vez.

Los de siempre.

Como si fuéramos una copia mala de *El club de los cinco*.

La vi justo después de acabarme la segunda temporada de *Stranger Things*, que tiene la culpa de que me haya dado por tantas movidas ochenteras.

A Dani le pareció un asco.

—Aburre, tío.

Pero es que a Dani el cine le interesa bastante poco.

Laia se limitó a preguntarme si creo que se vivía mejor en los ochenta.

—¿Era más fácil antes?

Le gusta hacer ese tipo de preguntas, como si todo fuera un test en el que hubiera que escoger la respuesta correcta y donde a veces tengo la sensación de que, conteste lo que conteste, habré elegido mal.

—Sin móvil. Sin redes. Sin nada que no fuera real.

Eso me escribió ella.

(Por wasap, claro. Aunque me da que la ironía ni la notó).

Y cuando me pregunta esas cosas, no tengo ni idea de qué responderle.

Si solo fuera posible lo real, puede que nunca me hubiera atrevido a acercarme a ella, porque me da miedo que descubra a Joel y, sin embargo, me gusta que conozca a Holden. No quiero que vea al tío que huye de un pasado que le avergüenza y sí al que está buscando un futuro donde empezar a ser. O algo que, por lo menos,

se le parezca.

¿Lo de antes o lo de ahora? Yo qué sé. En el fondo no son tan diferentes, le escribo. Es siempre lo mismo: te buscas, te pierdes, te enfadas porque vuelves a perderte y, al final, te inventas un camino para creerte que te has encontrado. Y perdidos, antes o ahora, lo estamos un rato.

Igual que aquí, que no sé cómo lo hacemos, pero en el aula de castigados, en la sexta de los viernes, siempre acabamos juntos los mismos.

El profe que nos vigila corrige algo (o finge que corrige algo) y nosotros sacamos el móvil sin que se entere.

O sí, sí que se entera, pero pasa.

A mí esta vez me han echado por llevarle la contraria a la de Inglés. Y a Aarón, que es otro de los fijos, imagino que también lo han largado de su clase por algo parecido.

Y no sé él, pero yo lo he buscado.

Quería salir de allí.

Porque, como cada vez que me escribe Martín, he pasado una noche de mierda… Y necesitaba que dejaran de agobiarme con la gramática, y con la pronunciación, y con lo que sea que tocaba hacer hoy.

—Otra vez aquí, ¿eh? —me wasapea Aarón.

—Ya ves.

—¿Y tú por qué?

—La Oxford, que me tiene manía.

—No seas infantil, tío.

—Eres muy maduro tú, ¿no?

—Claro.

—¿Y tú qué haces aquí?

—Pues lo de siempre.

—¿Lo de siempre?

—Sí: como no pueden echar a mi hermano, me echan a mí.

—¿Y eso no es una excusa patética?

—No, eso es la vida. Y tú, mejor que nadie, deberías saberlo.

Golpe bajo.

Bajísimo.

Pero tan real que tengo que darle la vuelta al móvil y tragarme sus palabras antes de pensar en cómo responderlas.

No encuentro el modo.

Y siento ganas de ponerme en pie, ir hasta la pared y dejarme los puños en ella.

Quiero gritar con el cuerpo.

Con las manos.

Con cada músculo que, ahora mismo, vuelve a sentirse tan crispado como el día en que ocurrió todo.

Aarón tiene razón: su vida tiene mucho que ver con la mía. De alguna manera, los dos vivimos no por lo que somos, sino por lo que nuestras familias han sido. Por lo que es la gente que nos rodea.

Y mientras a mí me persiguen los anónimos en las redes, a él lo machaca medio claustro. Lo quieren fuera, claro. Eso lo puedo imaginar. Porque piensan que expulsarlo a él es alejar a su hermano del Valdés. Y a Brais. Y a todos los de su banda.

—¿Pero tú estás con ellos? —vuelvo a escribir.

—No.

—¿Seguro?

Teclea.

Borra.

Teclea.

Borra.

Se lo piensa.

Teclea (al fin).

—Querían que estuviera… Pero no. Yo estoy limpio.

Y no sé por qué, pero imagino que escribir ese «limpio» duele.

Debe de ser duro decir que estás limpio y acusar, a la vez, a tu hermano de no estarlo.

Tan duro como saber que sigues vivo cuando tu hermana ya no lo está.

Por eso no cojo un tren y vuelvo a Valencia a partirte la cara, Martín.

Por eso te aguanto mensajes como el que me mandaste ayer.

Y por eso me trago la rabia y lo pago con el primero que pasa. Como la Oxford, que es una rancia y me toca un poco las narices.

Solo espero que encuentres otra forma.

Otro saco que golpear.

—Es una mierda, ¿sabes? —ahora es Aarón el que parece querer seguir hablando.

—¿Esto?

—Esto también…

Emoticono riendo.

—Ahora soy un extranjero aquí y en mi casa.

—¿Un outsider?

Emoticono sacando la lengua.

—No te cachondees, anda.

—No lo hago.

Emoticono con manos juntas pidiendo perdón.

—Mi hermano y mis viejos no me hablan porque creen que me he ido de la lengua. Y el único dinero de verdad que entra allí desde hace años es el suyo… Y en el insti no me quieren ni ver porque piensan lo mismo.

Emoticono mostrando los dientes (soy incapaz de decidir qué más escribir).

—A veces…

Pausa.

Teclea.

Borra.

Teclea.

—A veces me dan ganas de acabar con todo. De meterle fuego. ¿Te imaginas?

Gif sacado de *Star Wars*, de una explosión.

—Algo así.

Gif de Joker riendo.

—Te voy a preguntar algo —me animo.

—Dispara.

—¿Lo hiciste tú o no?

Gif de personaje confundido.

—Lo mío. Lo de mi viejo… ¿Lo contaste tú o no?

Mayúsculas.

Rotundo.

Inmediato:

—NO.

Confirmado: ya sé quiénes fueron. Quizá porque en el aula de los castigados, cuando todos te hacen sentir la basura que empiezas a creer que eres, resulta imposible decir algo que no sea verdad.

—Espérame cuando suene y hablamos.

—¿Me vas a pedir salir?

Emoticonos (muchos) riendo.

—Claro, tío. Al fin lo pillas.

Emoticono de mano con pulgar hacia arriba.

Pero cuando salimos no llegamos a vernos. Y, mucho menos, a hablar.

Hay un coche esperándolo.

Alguien (¿Brais?) lo empuja.

Él los conoce: no parece tener miedo, solo está furioso por verse acorralado.

Aarón intenta oponerse, pero el tío que lo agarra por los hombros (sí, es Brais) lo mete en el asiento trasero.

Solo acierto a adivinar que hay alguien más sentado allí.

Esperándolo.

Alguien a quien apenas puedo ver durante unas décimas de segundo.

Y, si no me equivoco, juraría que es un tipo alto.

Corpulento.

Y pelirrojo.

Caulfield_is_back
@Caulfieldisback

¿Cuántos caminos conducen a ti?

25

—¿Nos lo vas a decir de una vez?

Nelson pisa con fuerza una de sus piernas mientras él se retuerce de dolor. Es evidente que tuvo que ser uno de los que lo acorralaron el día del vídeo y ahora, cegado por el deseo de venganza, no mueve el móvil ni un milímetro mientras graba cómo su víctima se estremece en el suelo.

—Dámelo —le ordena Iris.

Él no reacciona.

—Que me lo des —y, sin pensarlo un segundo más, se lo quita, dispuesta a llamar a una ambulancia.

—¿Con tu número? —se alarma Mikel—. ¿Pero tú te has vuelto loca?

—Este tío necesita ayuda.

—Este tío es un cabrón —sentencia Nelson.

—Será lo que sea, pero parece que ha tenido bastante.

—¿Y quieres explicárselo tú a la policía? —insiste Mikel—. Porque cuando identifiquen tu número van a tener muchas preguntas.

Iris agacha la cabeza y, antes de que pueda decir nada más, es @brokenwindow quien reacciona y busca en los bolsillos del herido su propio móvil.

—Dinos dónde están, Pelirrojo. Dinos dónde se han ido y marco el número para pedir ayuda —le chantajea.

Él, a pesar del dolor, consigue esbozar una carcajada a la que sigue un brutal ataque de tos.

—¿Dónde se han ido?

@brokenwindow insiste en el plural porque está convencida de que Dani y Joel han pasado por aquí juntos. Y aunque me

tranquiliza saber que, si es así, no han perdido la vida en el fuego, me asusta pensar que puedan ser quienes han estado a punto de matar a alguien, por despreciable que sea, de una paliza. Supongo que no hay tiempo para hacer grandes juicios morales, que es necesario ignorar a todos los fantasmas que ahora invaden mi conciencia, pero ni siquiera así soy capaz de olvidar que esta noche, cuanto más me acerco a Joel y al lugar donde sea que se encuentra, más me alejo de él.

—¿Se os ha ido la cabeza?

Mikel se hace con el móvil del Pelirrojo sin que @brokenwindow tenga tiempo de reaccionar y marca, enseguida, el número de emergencias.

—Una pelea, sí. Hay un herido.

Les da la dirección y, nada más colgar, limpia sus huellas del teléfono con la manga de su camiseta.

—Vámonos. Rápido.

—¿Y adónde quieres que vayamos? —reacciona llena de ira @brokenwindow—. Si me hubieras dejado que…

—Mirad —Mikel nos enseña la pantalla del móvil del Pelirrojo. Su último wasap es para Héctor y se lo ha enviado hace casi una hora: «Está hecho».

El Pelirrojo se esfuerza por decirnos algo, pero cada vez que intenta hablar, la tos le impide terminar y nos resulta imposible entenderlo. Nelson lo mira con desprecio infinito e imagino que en su cabeza, ahora mismo, hay demasiados demonios como para que le pregunte por ellos. Los que le hacen creer que sería mejor que esa ambulancia no llegara a tiempo. Los que sienten que Mikel no ha hecho lo correcto. Los que se preguntan qué habría pasado si su novio supiese lo que le hicieron por culpa de ese individuo que ahora se revuelca en el asfalto. Cuando la noche acabe tendrá que buscarse de nuevo. Igual que hoy buscamos a Joel y a Dani. Del mismo modo que tuve que aprender a buscarme yo. Porque hoy Nelson está dejando una parte de sí mismo en los rincones más oscuros de esta ciudad y no le va a ser fácil desprenderse del odio que ahora lleva consigo.

Escuchamos a lo lejos una sirena y los cinco salimos corriendo con el móvil del Pelirrojo en las manos.

—Nos desharemos de él luego —se justifica Mikel—. Cuando

hayamos llegado.

Nadie se pregunta si no sería mejor avisar a la policía. Porque empieza a dar miedo pensar en lo que pueda aguardarnos en la próxima parada de este viaje a través de unas calles que parece que viésemos por primera vez. Como si nunca hubiésemos estado aquí y todo tuviera un significado diferente. Todo esconde una realidad que, a la luz del sol, no habíamos intuido antes.

—Esto es una locura —estallo y, por primera vez en esta madrugada en la que ya no tengo claro hacia dónde voy ni con quién, decido detenerme y refugiarme en el primer portal que encuentro a nuestro paso.

—¿Y ahora qué? —se queja @brokenwindow—. ¿Se puede saber de qué va esto?

Respiro. Pienso en los consejos que me daba Alba y, controlando el aire que entra y sale en mis pulmones, respiro. Mordiéndome la lengua. Apretando los puños. Convenciéndome de que es mejor que no diga una sola palabra más, porque seguro que si me dejan en paz un minuto —un maldito minuto— podré volver a seguir caminando.

Y no tendré que responderles que esto va de que estoy harta de patearme la ciudad con una tía de la que ni siquiera sé su nombre real. Harta de caminar con una amiga que no separa ni un segundo los ojos de su móvil y que lo fotografía todo obsesionada por el vídeo que montará mañana para contárselo a sus seguidores. Harta de que mis amigos, mis supuestos mejores amigos, me oculten cosas tan graves como la que hoy hemos descubierto que tuvo que sufrir Nelson, y harta, muy harta de sentirme parte de esa misma mentira y de ese mismo silencio desde que decidí no hablarles de mis propios monstruos cuando, quizá, así habría sido más fácil vencerlos. Harta de tomar decisiones equivocadas, de perseguir a un chico por el que ya no sé lo que siento, de no tener claro si la persona que se ha colado en mi vida es quien me mandaba canciones o quien deja tumbado y sangrando a un hombre en mitad de la calle. Harta de no saber, de no creer, de no poder sentir. Harta de que me pregunten, de no poder responder a nada ni a nadie, de saberme perdida, de no querer encontrarme, de las voces que en noches como esta vuelven a mi cabeza, de Mía, de las princesas, del cuento de hadas asesinas que, cuando me fallan las fuerzas, vuelven a latir debajo de mi piel. De la tentación de buscarlas en las redes

donde sé que solo yo puedo encontrarlas. De no soportar que se acerquen a mí. De decir que no hasta cuando quiero decir sí, como la noche que Joel me propuso reírnos juntos en ese maldito baile y yo respondí con un no que no era un no para él. Era un no a mis brazos. Un no a mis piernas. Era un no a sentirme demasiado cerca de él. De cualquiera. Harta de que me duela tanto el cuerpo. De las vitaminas y las visitas —una vez a la semana, una vez cada quince días, una vez al mes— al médico. De que mi vida se finja sencilla cuando hace demasiado tiempo que dejó de serlo. De que nadie le ponga nombre a lo que fui. De que mi hermana aún hable del problema como si borrar las palabras borrase la verdad. De temer que Joel pueda abrir en mí otra vez esa puerta que conduce a ninguna parte. Harta de dar vueltas en círculo. De sentirme como si estuviéramos bajando a los infiernos y el incendio no fuera más que un símbolo de algo mucho peor. Harta de buscar a Joel. De buscar un sentido. De buscar un lugar en una realidad que ahora mismo no puedo llamar mía.

Pero no digo nada de todo eso. Solo inspiro. Con fuerza. Y expiro. Con seguridad. Lo repito tantas veces como hace falta —gracias, Alba— para serenarme y poder afrontar el último tramo de este camino. Porque todos sabemos que ahora sí estamos a punto de encontrarlos. Sea como sea.

—¿Estás bien? —me pregunta Mikel, que se acerca con Iris. Nel — son y @brokenwindow me miran desde lejos, ansiosos por reanudar la marcha.

—Eso creo —y les pido, mientras me apoyo contra la pared, que me dejen descansar solo unos segundos más.

—Ese tío nunca me gustó… —Mikel no puede reprimir su comentario e Iris lo condena con una mirada que reconozco bien. Es la mirada que nos dedica cuando teme que podamos decir algo inconveniente en el peor momento posible.

—¿Hay algo que debería saber? —pregunto.

—Para nada —intenta zanjar el tema Iris, pero Mikel reacciona con un silencio que encubre un rotundo sí.

—¿El qué, Mikel?

—Tenemos que seguir —me anima Iris.

—¿Me lo vais a contar, o voy a tener que adivinarlo yo?

—Créeme —me responde ella—, ahora no quieres saberlo.

—Claro que sí. Ahora es cuando quiero saberlo todo.

Mikel comienza a hablar, pero Iris lo detiene. Él, sin embargo, vuelve a intentarlo —su secreto le pesa y, de alguna manera, está deseando liberarse de él— hasta que, al final, me cuenta algo que llevo meses sospechando.

—Joel nunca nos gustó… Y tú lo sabías. Se dicen cosas de él que… Bueno, ya Jo has visto. Lo que le ha hecho a ese tipo… Pero tú parecías no darte cuenta. Incluso hoy. Hoy estamos aquí por su culpa… Y es un tío violento. Un tío raro… No podíamos dejar que te hiciera más daño… Iris y yo sabíamos que… En fin, nos dimos cuenta de… Tú ya lo sabes… Y cuando volviste del hospital todo parecía que iba bien, hasta que llegó él y… No te creas que lo hicimos por nosotros. Pensamos que así podríamos alejarlo. Iris lo descubrió y yo… solo quería asustarlo. Nada más. Conseguir que se alejara de ti, de nosotros… Por eso colgué aquel *post*. Y luego aquellas fotos… Por eso mandamos su historial a @lxsdelValdés. Pero a ti eso también te ha dado igual. Que su padre fuera un asesino no te ha importado nada. Y me preocupo, bueno, Iris y yo estábamos muy preocupados por ti.

Me adelanto unos pasos y me escondo un par de portales más allá. Iris y Mikel intentan seguirme, pero los freno con un gesto. No los quiero cerca. Ahora mismo, por lo menos, no. Necesito asumir que han sido mis amigos los que han convertido el curso de Joel en un infierno. Los que han conseguido que su mudanza no haya servido absolutamente nada y han impedido que se sintiera parte de un lugar que sí podía haber sido suyo. Me pregunto si eso forma parte de todo lo demás. Si el incendio tiene que ver con esa rabia. Si todo hubiera sido igual sin esos mensajes. Sin esas imágenes. Sin sacar a la luz el pasado cuando lo único que teníamos que hacer era intentar vivir el presente. Y dudo si, en las palabras de Mikel, en esa condescendencia que me saca de quicio —¿quién les pidió que me protegieran?, ¿quién les dijo que me trataran como si yo fuera imbécil?—, también había una forma extraña de decirme que Iris y él se morían de ganas de tener conmigo la intimidad que, aunque solo fuera virtual, he llegado a tener con Joel. Y eso que no conocieron a Holden, pienso, porque si llegan a saber lo cerca que estuvieron Holden y Swann, puede que entonces hubieran sido aún más crueles. Más violentos. Y hasta me cuestiono si sus retuits

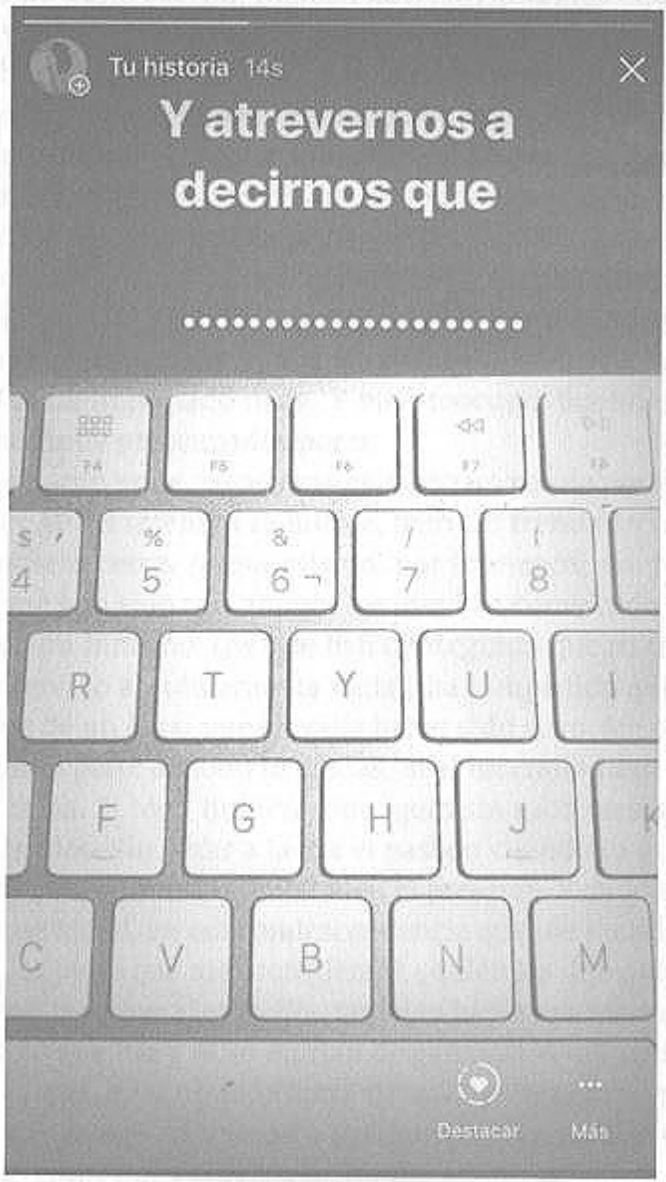
anónimos, si sus fotografías sin nombre no han sido tan brutales como los golpes contra el cuerpo del Pelirrojo.

—¿Nos movemos o no?

La voz de Nelson me devuelve a la realidad inmediata y aprovecho su llamada para alejarme aún más de Mikel. De Iris. De su confesión. Y de todo lo que creo adivinar tras ella.

—Vamos —respondo.

Comienzo a caminar convencida de que da igual adonde nos dirigimos. Incluso qué encontraremos allí. Ahora mismo, nos espere lo que nos espere al final de nuestro camino, lo único que me importa es llegar.


Tu historia 14s
Y atrevernos a decirnos que
Destacar
Más

26

—No hay ganas.

Eso es lo único que consigo que me diga Dani cuando le hablo de otro circo esta tarde, en la misma plaza donde nos vimos —y nos dimos— por primera vez.

Pensaba que, como yo, se reiría.

Que se acordaría de ese día y de cómo hemos terminado conociéndonos cuando ninguno de los dos pretendíamos hacerlo.

—No hay ganas, tío.

Repite.

También yo siento que he perdido la fascinación. Pero que sea en el mismo lugar sí me hace gracia. Casi me motiva.

—Que paso, Joel.

Dani no está bien: hay algo que le preocupa, que, desde hace ya un par de semanas, no le deja dormir.

—¿Me vas a contar qué te pasa?

—No me des la vara, anda.

Y se escabulle.

Sabe que si estoy junto a él seguiré preguntando hasta que derribe su silencio.

Hasta que me suelte lo que le agobia y decida si puedo o no ayudarle.

A su modo, él lo ha hecho conmigo.

Aunque a veces nos distanciemos por el tiempo que pasa en esa casa rodeado de gentuza, aunque él no quiera darse cuenta.

A lo mejor es eso.

A lo mejor ha empezado a darse cuenta de cómo son de verdad y se está planteando si debería plantarles cara. Hablar de lo que se hace allí y, sobre todo, de contra quién se hace…

Dani no es como ellos.

Aunque conozca tantos motivos como yo para sentir que esto no es lo que nos habían prometido que tendríamos, pero él no culpa a quienes vienen de fuera. Ni a quienes piensan diferente. Él tiene bastante con culparse a sí mismo.

No encaja en AC.

No puede encajar entre gente que habla de nosotros y de ellos. Que ejerce una supuesta caridad —qué asco de palabra— condicionada a la nacionalidad de quien la solicita.

Y lo que yo he visto no son más que destellos.

Ráfagas de odio.

Pero él debe haber sido testigo de otras cosas. Seguro que peores.

Me niego a creer que haya participado. Que tenga algo que ver con las noticias que, en los últimos meses, llegan a mi TL.

Para qué pensar a lo grande cuando puedes regodearte en el morbo de lo pequeño.

Palizas. Ataques. Agresiones. Cartones que arden y que están a punto de acabar con quien se resguarda tras ellos. Ya ha habido tres en los dos últimos meses. En este mismo barrio.

Son ellos, pienso.

No puede ser él, me repito.

Y miro a Dani y observo su silencio y me doy cuenta de que confirma mis dos hipótesis. O, por lo menos, parece que la tengo.

—Puedes contármelo, tío. Lo que sea… En serio.

Él se calla porque odia tener que darme la razón.

O porque teme las consecuencias.

No hay nada tan fuerte como el miedo. Ni tan capaz de acabar con nuestra voluntad como sus infinitas redes.

—Eh, que yo no te voy a comer la cabeza con eso de ya te lo dije, Dani, me conoces.

Yo no soy de los que se regodean en lo que ya sabían porque no tengo ni idea de casi nada, así que sería ridículo ponerme chulo con lo poco que acierto.

Venga, Dani, no te enfades, anda.

Pero no me da tiempo a decírselo porque ni siquiera está ya junto a mí.

Y paso de mandarle un wasap.

De ponerme en plan moñas.

Si no hay ganas, no hay ganas.

Ya está.

La verdad es que ganas yo tampoco tengo.

Empieza a bastarme con golpear el saco en el gimnasio. Sobre todo, ahora que nos hemos cambiado de entrenador. Uno con técnica.

Seguramente eso tampoco sería suficiente si luego, en casa, me esperase lo mismo de siempre.

El interrogatorio de mi madre, encerrarme en mi cuarto, fingir que este día sí merece la pena y esperar al siguiente.

Pero desde que Laia y yo quedamos cada noche, eso ya no es exactamente así. Se repiten los portazos. Pero ya no me encierro a solas, sino con ella. Con esa forma suya de cuestionarlo todo que rompe mi silencio y hace que el día, a pesar de todo, sí merezca la pena.

Así que, en realidad, el no hay ganas de Dani me viene bien. Porque justo esta tarde tengo algo que preguntarle a Laia. Y me llevará tiempo.

Sí. El no hay ganas de hoy es casi un alivio.

O lo sería, si no me preocupase Dani.

Puede que haya roto con la tía con la que ha estado saliendo, porque hace unos cuantos días que no trae chupetones.

O que haya tenido algún tipo de movida chunga con Héctor. O con el Pelirrojo. O con el friki ese de Tarantino. O con los tres.

O que esté ocurriéndole todo lo contrario y sean ellos los que lo están volviendo contra mí.

Eso explicaría que no haya ganas.

Que no me responda cuando le pregunto.

Y hasta que me esquive la mirada, como si de repente se avergonzara de alguien.

¿De él?

¿O de mí?

Quien tampoco me mira a los ojos es Aarón.

Puede que la culpa haya sido mía, porque no pude contenerme y le pregunté dónde lo habían llevado el día que vi cómo lo encerraban en un coche.

—Eran colegas —me dijo. Y se rio.

Pero fue una de esas risas que suenan extrañas. Una de esas risas que usamos para disimular; como si una mueca fuera suficiente para cubrir algo que, si se presta un poco de atención, resulta evidente.

Y Aarón ocultaba.

Igual que mintió cuando le pregunté por el Pelirrojo.

—No tengo ni idea de quién me hablas.

Y mintió cuando lo llamaron de Jefatura.

—Mi hermano no pasa nada a nadie.

Como miente cuando le preguntan que si va todo bien.

—¿Y por qué no?

A Aarón le tiembla la voz un día sí y otro también. Se pasa el día mirando hacia atrás. Hacia los lados. Como si alguien estuviera siguiéndolo. Así que se escabulle en cuanto suena el último timbre y evita que puedan seguirlo o, mucho menos, interceptarlo.

Porque está claro que su hermano no solo pasa —claro que pasa —, sino que también está asociado con gentuza como el Pelirrojo. Y empiezo a preguntarme si Héctor y los suyos no se habrán aliado con Rober y compañía para financiar la AC con lo que venden allí. Entre los dos suman unos cuantos soldados con más músculos que cerebro, locales donde distribuir la mercancía sin arriesgarse a que los descubran y, de paso, se reparten el control del barrio tejiendo una red de la que no escapa casi nada. Ni casi nadie. La red que tiene la culpa de que Dani me diga que no hay ganas.

No importa. Mejor que no haya ganas.

Así, en cuanto vuelva del gimnasio, puedo mandarle algo a Laia.

Esperar su reacción y tratar de que me diga un sí cuando llegue la pregunta que quiero hacerle.

Porque no me importa nada ese baile.

Ni la graduación.

Pero ya solo faltan dos semanas y puede que esa sea la manera.

Puede que si le digo que venga conmigo ocurra algo. O, por lo menos, no se escape.

Duele cuando te escapas, Laia.

Duele cuando me miras como me miran todos desde que ese quien sea ha contado mi historia.

No quería hacerlo, ¿sabes?

No me imaginaba pidiéndote que me acompañaras a un baile

que me parece una estupidez.

Pero quizá, si vamos juntos, me olvide hasta de que estoy allí.

De este asco de curso.

De que no sé si me va dar la nota para Bellas Artes.

Ni si aprobaré el examen de ingreso.

De que acabo de recibir otro mensaje de Martín y esta vez, maldita sea, me ha roto más que nunca.

Porque hoy no me dice que soy un asesino. Ni me pregunta que si puedo dormir. Hoy me cuenta que ha encontrado, navegando en el portátil de Vega, un blog donde ella escribía de vez en cuando. Una especie de diario del que nunca me habló y que ocultaba bajo pseudónimo.

Y me dice que sabe que no debería haberlo hecho, pero no ha podido evitar entrar en él. Y leerlo. Y ha pensado que tenía que confesármelo. Y mandarme el enlace.

El maldito *link*.

Porque allí su hermana habla de mí. Porque allí habla de todo lo que, ahora se ha dado cuenta, también me robaron a mí.

«Lo siento, tío», así acaba su correo. «Lo siento mucho».

Y puede que si Laia esta noche me dice que sí al baile, yo me olvide del *mail* de Martín.

O, mejor aún, quizá lo borre.

Se me pasarán las ganas de hacer clic en ese enlace y leer las palabras de Vega como si aún estuviera viva.

Evitaré torturarme con lo que ella pensaba que seríamos, ahora que ya sabemos que nada de todo eso va a poder ser.

Si Laia me dice que sí a esa chorrada de la graduación, yo no tendré que torturarme con todo lo que ya he perdido, y podré pensar, por primera vez desde hace más de dos años, en lo que me está esperando.

En lo que puede que sí vaya a ser mío.

Aunque tenga la sensación de que todo, en un solo momento —pienso en Dani y en Aarón, pienso en Brais y en Rober, pienso en Héctor y en el Pelirrojo— podría volver a venirse abajo.

Y, sobre todo, pienso en ese alguien que, oculto tras el anonimato de la red, sigue disparando contra mí en todos mis perfiles.

Suprimir comentario.

Suprimir mención.

Silenciar tuit.

Bloquear usuario.

Pero si Laia me dice que sí, hasta eso dejará de parecer demasiado importante.

No le dedicaré un solo segundo a los insultos.

Ni a los remordimientos.

Ni a la culpa.

No sentiré cómo la sangre se agolpa en mi frente. Cómo golpea mi cabeza como si fuera un ritual siniestro. Una llamada.

No tendré que buscar el modo de hacerla salir a puñetazos.

Porque si es un sí, tampoco recordaré —aunque solo sea por un momento— que la voz de Vega sigue esperándome.

Que tengo a mi alcance una serie de *posts* y una contraseña.

«Lo siento, tío», me escribe Martín. «Lo siento mucho».

Pero yo no me dejaré arrastrar por nada de eso.

Podré aguantar la rabia.

Las ganas de soltar el próximo golpe.

La necesidad de acallar mi furia en otra pelea.

Silenciar conversación.

Bloquear usuario.

Reportar cuenta.

Y pensaré, por una noche al menos, en lo que sea que aún está por venir.

En que a lo mejor las heridas sí se cierran.

Aunque tarden y duelan mientras lo hacen.

Pensaré que sí puedo ser Holden y moldear su identidad como moldeo mis esculturas.

Como moldeo mi cuerpo en el gimnasio.

Pero todo depende de un sí.

De que Laia se dé cuenta de que ese ridículo baile del que tanto nos hemos reído estas semanas puede ser, en realidad, el momento más importante de este año.

No por lo que los demás pretenden que sea, sino por lo que nosotros dos podemos hacer que signifique.

s_w_a_n_n_m_e

s_w_a_n_n_m_e "I'm gonna live like tomorrow doesn't exist" #carpediem #intentovitalista #mejorcontigo

27

Cuarenta y siete segundos.

No sé cuánta preocupación se puede expresar en solo cuarenta y siete segundos, pero lo cierto es que me cuesta presionar el *play* para escuchar lo que sea que mi padre, desde donde esté ahora, tiene que decirme. Imagino que mi madre lleva toda la noche despierta, que ha tratado de contener sus ganas de hablar conmigo y que, al ver que no respondo ninguna de sus llamadas —el número de perdidas suya crece en mi pantalla—, ha acabado despertando a mi padre para compartir con él sus dudas. Puede que mi hermana esté también despierta, hasta que se haya ofrecido para salir en mi busca. No necesito escuchar su audio para saber lo que me dice, pero sí me provoca una sensación extraña imaginarlos inquietos o, peor, enfadados conmigo a causa de mi silencio.

No sé si solo me pasa a mí, pero detesto los audios. Odio no poder adivinar lo que se oculta tras ellos. Sentir que tengo que dejarlos acabar para confirmar si son noticias buenas —pocas—, malas —algunas— o anodinas —la mayoría. Prefiero el texto escrito. La palabra que dibuja la idea sin necesidad de aguantar un minuto diez, dos minutos veintiséis o, como ahora, cuarenta y siete segundos.

Busco mis auriculares y me aparto un poco del grupo para no tener que compartir con ellos lo que mi padre tiene que decirme.

—Sabemos que es una noche extraña. Y lo respetamos. Creo que estamos haciéndolo… Así que este no es un mensaje para amenazarte, Laia. Ni siquiera te vamos a hacer chantaje emocional. Y eso que, lo sabes, a mí no se me da nada mal… Queremos que nos digas que estás bien. Que no has hecho ninguna tontería y, si es posible, que no estás sola. Cuando termine la noche, podrás contar lo que elijas contarnos. Te prometo que no habrá interrogatorio: ni tu madre ni yo vamos a ejercer de policía secreta esta vez. A cambio, solo te pedimos que nos mandes un sencillo «estoy bien». Creo que no puedes culparnos por sentirnos inquietos. Eso, tienes que admitírnoslo, tampoco sería justo. Te queremos, hija.

—¿Queréis daros prisa? —nos apresura @brokenwindow.

—¿Y a esta quién la ha nombrado jefa?

—Esta tiene nombre —se molesta @brokenwindow.

—¿Ah, sí? Primera noticia…

—No tenemos tiempo para juegos.

—Exacto —le responde Iris—. Eso es justo lo que estaba pensando. Que estoy harta de juegos. Sobre todo cuando acaban con un tío sangrando en el suelo.

—¿Seguimos o no?

—Cuando nos digas tu nombre.

—Iris, por favor —Mikel intenta calmarla.

—No doy un paso más si esta tía no se explica de una vez.

—Ahora no hay tiempo —se justifica.

—Pues yo me quedo aquí. No pienso ir detrás de alguien que ni siquiera tiene nombre.

Ella se lo piensa un instante y quizá se da cuenta de que, tras haber atravesado juntas una noche de la que podríamos jurar que ha durado días, carece de sentido ocultarlo.

—Bea —responde seca—. ¿Y ahora? ¿Podemos continuar?

Iris niega con la cabeza y, mientras espera una explicación que de momento no parece que vaya a llegar, saca su móvil.

—¿No irás a contar esto? —se alarma Nelson.

—¿Pero os habéis vuelto todos idiotas? —se indigna ella—. ¿De verdad me conocéis tan poco?

—Perdona, estamos muy cansados… No quería decir que… —se

intenta justificar Nelson.

—Eso da igual. Lo que importa es que lo has dicho…

Sé que tengo que intervenir. Que, de algún modo, soy yo quien debe hablar con Iris, calmar su inquietud y convencerla de que reanudemos la marcha. Igual que sé que tengo que contestar ese audio y decir algo breve que tranquilice a mi familia. Confiar en que mis padres cumplirán su palabra y respetarán el espacio que necesito, al menos, esta noche. Suelen hacerlo, me digo. Desde que salí del hospital estamos aprendiendo a acercarnos, y cada cual se esfuerza a su manera. Mi madre trata de usar el humor; mi padre, la empatia; mi hermana, la ternura; yo, la paciencia. No se nos da bien, pero lo intentamos y hay días en los que sí funciona. Incluso ocasiones tan extrañas como esta en la que pienso que tengo suerte de sentirme más apoyada que cuestionada. Justo como ahora mismo se siente Iris, que se niega a dar un solo paso si no nos disculpamos con ella y le pedimos que se una al resto.

No es la primera vez esta noche que amenaza con abandonar el grupo y sospecho que, en realidad, su actitud no nace de la desconfianza hacia Bea —qué raro se me hace asociarla con un nombre que no sea virtual—, sino del terror que le provoca cuanto vamos descubriendo. No la paraliza su rivalidad con ella, sino el miedo de seguir descubriendo que tras la ciudad que creíamos conocer hay otra más oscura, un lugar de calles secretas y encuentros clandestinos, de bandas que amedrentan y de individuos sin más principio que el de su propia supervivencia. Una ciudad en la que resulta imposible ubicar a Joel, a quien me niego a relacionar con el Pelirrojo, con ese hombre magullado y hosco que se arrastraba en el suelo. No quiero pensar que ha sido Joel. ¿O ha sido Holden? Me cuesta decidir cuál de ellos es real y me pierdo tanto en sus nombres como en su identidad. Y me decepciona también el silencio de Nelson. Y la sobreprotección de Mikel. Y las mentiras de Iris. Tras esta madrugada, tengo la sensación de que todo cuanto nos une ha sido, hasta ahora, una gigantesca estafa. Una red de mentiras que justificamos con buenas intenciones —para no preocupar, para no hacer daño, para no causar males mayores… — y que, en realidad, lo único que han conseguido es aislarnos. Y lo peor es que no puedo culparlos por hacer lo mismo que, durante el peor año de mi vida, también intenté yo. Mañana será diferente, me

digo. Y trato de convencerme de que, cuando termine esta pesadilla, me sentaré con ellos y les hablaré de lo que viví entonces, de las voces que, aunque se alejaron, aún suenan en mi cabeza en los días malos. Cada vez son menos, creo. Pero siguen estando. Al acecho… Esos días en los que tengo que sacar las notas del cuaderno que me regaló Alba, y respirar hondo, y tratar de hacerlas callar mientras repito los ejercicios que aprendí con ella. Les voy a hablar de todo eso, me prometo, y me pregunto si no debería cambiar el código también con Joel y asumir que ha llegado el momento de mirarse a los ojos para abrirse, sin límite de caracteres ni de tiempo de grabación en el InstaStories. El momento de afrontar que no podemos seguir adivinándonos si, de verdad, tenemos intención de conocernos, aunque eso suponga incorporar a nuestra visión del otro todo aquello que preferiríamos ocultar. Pero sin esos fantasmas no estaríamos completos, no se puede empezar nada con alguien si no se abraza también la propia oscuridad, si no se abren las puertas para que se pueda entrar en el laberinto donde acabaremos perdiéndonos, buscando una salida que quizá, si estamos juntos, no sea tan difícil de encontrar.

Iris rehuye nuestra mirada y sigue buscando algo en la pantalla de su teléfono. Imagino que revisa su TL por si hubiera alguna noticia relativa al incendio. Algo que explique el origen. Las causas. O, lo peor de todo, las consecuencias.

—Vámonos —insiste Bea—. Si ella no quiere venir, que no lo haga.

—Iris… —le digo con un tono que roza la súplica—. Por favor.

Levanta la mirada del teléfono y niega moviendo suavemente la cabeza. Es un gesto tranquilo, meditado, no se trata de una rabieta ni de un enfado caprichoso. Sencillamente, está cansada de no saber adonde nos dirigimos y se mantiene firme en su exigencia de entenderlo antes de continuar hasta el próximo círculo de este particular infierno.

—Por favor… —se suma Mikel.

—O venís conmigo o me voy yo sola —nos amenaza Bea.

—Claro, es una gran idea —se burla Iris—. Total, qué te puedes encontrar. A alguien dándole una paliza de muerte a alguien. O a alguien grabando un vídeo humillando a alguien. O a alguien incendiando algo… Por supuesto que deberías ir sola. Lo que no sé

es si vas a regresar.

—¿Pero qué es lo que quieres? —estalla Bea—. ¿Me lo puedes decir?

—Quiero que me expliques quién era el tío que hemos encontrado en el suelo. Y por qué parece que sabes algo que los demás no. Dímelo y te seguimos. Si no, llamo a la poli ahora mismo y que se encarguen ellos.

—¿Y si nos incriminamos? —se preocupa Mikel.

—¿Por qué iban a relacionarnos con algo así?

—Estamos aquí —me responde con sorna—. No es demasiado difícil relacionarnos con lo que está pasando… A fin de cuentas, los últimos que hemos visto al Pelirrojo ese hemos sido nosotros.

—La poli va a pasar de lo que les digamos —intenta zanjar el tema Bea—. Y no nos van a contar nada que no quieran que sepamos…

—Tú tampoco.

Bea se muerde los labios, aprieta los puños y se aleja unos pasos del grupo. Está tan agotada de callar como los demás de tolerar su silencio. Son ya más de las cinco de la mañana, y la falta de sueño debilita nuestros propósitos. Ahora, cuando parece que la ciudad se dispone a despertar de nuevo, mientras vemos cómo se encienden las primeras luces y suenan los despertadores que interrumpen el sueño de quienes habrán de inaugurar —a la fuerza— el nuevo día, resulta mucho más difícil mantenerse firmes, porque el cansancio vuelve frágil la voluntad. Tanto como para que Bea se dé la vuelta, nos mire con una mueca que no sé si expresa fastidio o rendición y, por fin, hable:

—El Pelirrojo es la mano derecha de Héctor. Los dos son los que lo manejan todo en AC. La captación, el seguimiento, lo que allí se hace… Y también la merca. Es el modo más rápido de conseguir dinero y, aunque la mayoría lo sabemos, todo el mundo mira para otro lado. Tienen tratos con unos tíos que habían montado uno de sus cuarteles cerca de vuestro instituto. Hasta que Joel se metió en medio y los cabreó a todos.

—¿«Unos tíos»?

—No los conozco, Nelson. Palabra. Solo los he visto en la casa un par de veces. Y cuando aparecían, Héctor se encargaba de que se largaran de allí lo antes posible.

—¿Y los otros cuarteles? —pregunto.

—¿Cómo?

—Has dicho que los alrededores del Valdés eran solo uno de ellos. Eso quiere decir que había más.

—No sé.

—Sabes —la presiona Iris—. Deja de mentir, por favor.

—Creo que otro era el gimnasio donde hemos estado… Me parece que uno de los tíos esos curraba en él.

—Por eso Joel y el Pelirrojo han ido allí.

—No sabemos si ha sido Joel —lo defiendo a pesar del obvio escepticismo que me devuelven los demás.

—Buscaban algo, supongo.

—Algo que el Pelirrojo ya se había encargado de poner a salvo, porque eso era lo que decía su wasap… —deduzco—. Pero sigo sin saber qué pinta Joel en todo esto. Él no…

—¿No se mete nada? ¿Estás segura?

—¿Pero por qué tienes que odiarlo tanto, Mikel?

—Porque fue quien los echó de vuestro barrio —confiesa Bea.

—¿Joel? —no sé si me siento más sorprendida o molesta por saber tan poco de él.

—Vuestro amiguito pensaba que no iban a pillarlo, porque dio un chivatazo desde una cuenta anónima y fue la directiva del Valdés la que puso la denuncia. Pero para eso en AC tienen a Tarantino, que es quien se encarga de la parte informática… Y cuando lo supieron, bueno… Desde la denuncia, la poli ha empezado a ir mucho por vuestra zona y eso les ha puesto difícil seguir siendo los amos del barrio. Y esa gente no duda. Esa gente hace lo que tiene que hacer cuando le tocan su dinero. Cualquier cosa. ¿Me entendéis? Cualquier cosa…

Será que son más de las cinco. O que hace un frío extraño e impropio de una madrugada de junio. O que el cansancio aprieta y la noche no acaba. Será que decir no consuela. Que hablar no calma. Será que nada sale como lo imaginamos y por eso Bea no puede reprimir más las lágrimas y deja escapar un llanto tan breve como silencioso.

—¿Un ajuste de cuentas? —pregunta Mikel—. ¿Eso es lo que nos quieres decir?

—Algo así —Bea se esfuerza por recomponerse, aunque su voz

suena más quebrada que antes—. Dani empezó a estorbar desde que pasó lo de…

Nelson le pide con la mirada que se calle: no quiere que Mikel se entere de lo que le hicieron. Los secretos regresan, pienso. Y me enfada que nos dé tanto miedo compartir el dolor cuando, sin embargo, nos resulta tan fácil falsear nuestra felicidad.

—Desde que Dani se negó a hacer lo que le pedían, las cosas se empezaron a poner muy feas. Y Joel le comía la cabeza… Joel le comió el tarro para que amenazara con denunciar lo que estaba ocurriendo y acabar con todo lo que Héctor y los demás habían construido.

De repente, recuerdo ese incidente que Joel nunca me explicó del todo —me han llevado a Jefatura, ha habido bronca, son mala gente, me cambio de *gym*—, y tengo claro que todo está conectado. En cierto modo, el incendio resulta el fin perfecto para acabar con dos voces que ponen en peligro la continuidad ajena: la voz que amenaza a quienes controlan la droga en las calles del barrio y la que pone en jaque a quienes las llenan de odio. Acabar con esas dos voces no solo les permitía callarlos por haberlos perjudicado, sino también mandar un claro mensaje a quien se atreva a volver a hacerlo.

Iris se pone en pie, se acerca a Bea y le tiende su mano.

—Gracias.

Ahora sí, nos disponemos a continuar el último tramo de este camino.

—Creo que deberíais saber algo —nos avisa Iris, que se dispone a leernos el mensaje que acaba de mandarle uno de sus seguidores —. Al parecer, ya hay dos cosas seguras… Los bomberos han confirmado que la explosión que originó el incendio fue provocada.

—Eso no nos sorprende —responde Nelson—. ¿Y la segunda?

Iris hace una breve pausa que hace unas horas habría interpretado como un gesto melodramático y que, tras esta noche con ella, creo que responde a una desolación sincera.

—Ya han confirmado el nombre de una de las dos víctimas.

Nadie pregunta. Ni Bea. Ni Mikel. Ni Nelson. Ni siquiera yo misma. Pienso que, mientras no lo haga, podré seguir prolongando la esperanza un poco más. Hasta que no escuche el nombre de Joel, su muerte no habrá sucedido, así que prefiero que Iris no diga nada.

Que no pronuncie las letras prohibidas. Es más, incluso si dice su nombre, me negaré a creerlo, porque Joel no es Holden. Y la policía no sabe quién es Holden. No pueden haber encontrado entre las llamas a quien ni siquiera saben que existe. Por eso finjo no haber escuchado lo que ha dicho Iris y me pregunto cuánto tiempo puedo alargar este instante. Cuánto tiempo podemos permitirnos la ignorancia como una forma de felicidad. No saber para que no nos duela. No mirar para que no nos hiera. No conocer para que no nos haga daño. Convencida de que es preciso evitar que acabe esta incertidumbre, aprovecho para sacar mi móvil y mandar una respuesta breve pero que al menos, hasta que Iris hable, es sincera. Y quizá, cuando ella haya dicho los nombres que nos esperan en su pantalla, deje de serlo.

Pero Iris no está dispuesta a guardarse para sí el horror y, antes de que decidamos que estamos listos para saberlo, dispara el primero de los dos nombres que se han confirmado.

Ahora ya sí que no hay vuelta atrás.

—Han encontrado a Aarón.

caulfield_is_back

caulfield_is_back "Sing with me, just for today"
#DreamOn #carpediem #contigoclaro #aceptoelreto

28

Ni idea de cómo hemos terminado aquí.

Rodeados de cervezas y con la sensación de que no hay ningún otro sitio al que volver.

—Podríamos pillar algo más fuerte —propone Aarón.

Dani niega con la cabeza —a duras penas puede con su birra— y yo finjo no haberlo oído.

Esto no sirve para nada, pienso.

Pero no se lo digo.

Porque Aarón no necesita que nadie le diga más verdades.

Ni Dani.

Ni yo.

Solo necesitamos que nos dejen en paz.

Que no quieran darnos más lecciones.

Porque lo que viene después ya lo sabemos.

Los tres sabemos cómo es la próxima escena. Pero a pesar de todo, tiramos hacia delante. AHEAD, escribo. Y cuelgo una foto estúpida en Instagram.

«¿Y si fuera tan fácil…?».

Pero seguimos aquí. En este parque donde parece que se hubiera acabado el mundo hace una maldita eternidad.

Hemos acabado aquí porque esta noche no podríamos estar en otro sitio.

Dani no puede estar con la gente de AC que, aunque no me quiera contar por qué, ya no le gusta tanto como antes.

Aarón no puede estar con su hermano y los suyos porque, después del registro de hoy en su piso, le han dejado bien claro que o está de su parte o está contra ellos. No han encontrado nada, claro. Porque no han mirado donde debían. Y hace mucho que

utilizan otros lugares, como el almacén del gimnasio, para esconder sus movidas. Aunque estoy seguro de que pronto, quizá hoy mismo, volverán a cambiar la mercancía de sitio, porque la poli está atando cabos y no creo que tarde mucho en presentarse allí. Desde que les pisan los talones, cada vez les quedan menos lugares donde meter su basura en este barrio. Cuando pienso que tuve algo que ver en ello, que aquel correo fue el principio del fin de su reinado en estas calles, me siento mínimamente orgulloso. Porque estoy harto de que las ciudades las controlen quienes las destrozan.

Y yo no puedo estar en mi casa porque sé que mi madre va a querer hablar del mensaje que me ha mandado hoy y donde me cuenta que, después de la investigación forense, ha quedado claro que mi viejo se ahorcó.

¿Qué se supone que debería sentir ahora?

¿Tendría que pensar que soy culpable de eso también?

¿Que no quiso seguir viviendo porque hasta su hijo le dejó claro que lo odiaba?

¿Qué se colgó en su celda porque no pude perdonarle por haberle quitado la vida a mi chica?

No he sido capaz de leer su blog… He mirado mil veces la contraseña que me pasó su hermano. Hasta he tecleado la dirección.

Pero al final me rajo.

Antes de pulsar *intro*, salgo de la pantalla y mando a la mierda mis ganas de saber qué tenía Vega en la cabeza mientras salía conmigo.

Mientras estaba viva.

—Deberíamos pillar más —insiste Aarón.

—No seas brasas, tío —le corta Dani—. Aún queda.

Y abrimos tres latas más mientras sentimos que, en este parque, somos algo así como los últimos supervivientes de un apocalipsis zombi.

Los que han conseguido escapar y ahora tendrán que buscarse la vida para que los muertos vivientes no los alcancen.

Pero no va a ser fácil.

Por eso suena el móvil de Dani.

Y el móvil de Aarón.

Igual que suena el mío.

Porque los zombis saben que ahí pueden encontrarnos.

Y recordarnos que están cerca.

Que nos esperan.

Dani no va a poder librarse tan rápido de esa gente que ya le ha amenazado si se le ocurre irse de la lengua sobre lo que sea que ha visto en esa casa del terror que le vendieron como un templo de la fraternidad.

Y Aarón tiene las horas contadas para elegir en qué bando se coloca: el de Brais y Rober o el de nuestro instituto.

Y yo puedo alargar lo que quiera esta noche, pero mi madre exigirá esa conversación pendiente en cuanto llegue.

—¿Habl… hablamos o algo? —a Dani no le han sentado muy bien las cervezas.

—Empieza tú —respondo mientras intento contener la risa al ver cómo se le traba la lengua.

—Vale. ¿Y de qué queréis que hable?

—De lo que te ha pasado.

—¿Dónde?

—Con esa gente…

—¿Qué gente? —se interesa Aarón, que, a pesar de la bebida, controla bastante más que Dani.

—La suya…

—Delante de este no hablo, que no lo conozco.

—Claro que me conoces.

—¿Por qué te lo has traído?

—Porque está tan colgado como nosotros.

—Mazo —se ríe Aarón.

—Paso —Dani se cierra en banda—. Además, con esa gente no me ha ocurrido nada.

Podría seguir preguntando.

Podría insistirle hasta que estallara y acabara contándomelo todo.

¿Y si no habla?

¿Y si lo único que consigo es que Dani se largue de aquí para perderme de vista?

Entonces sí que estaríamos perdidos, porque todo el mundo sabe que lo esencial en un apocalipsis zombi es permanecer juntos. Así que me callo por una simple cuestión de supervivencia.

Y porque, en el fondo, sí sé lo que ha pasado.

Sé que se ha dado cuenta de que Héctor y su gente son peligrosos. No tengo ni idea de cómo, pero Dani ha visto o ha oído algo que lo ha distanciado de ellos, y, por lo poco que le he sacado estos días, está pensando si debería hablar con la poli o no.

Su móvil suena cada diez, cada quince minutos.

A veces aparece una tía en la pantalla.

Y un nombre: Bea.

A veces son números no identificados.

A veces es un wasap que no me da tiempo a leer porque él los borra sin mirar.

En el mío, además de las llamadas perdidas de mi madre, solo una notificación importante más.

Entre la basura de siempre —¿cuándo se cansarán de mí y se buscarán algo nuevo de lo que reírse para matar su tiempo?— hay una notificación en mi Instagram.

@s_w_a_n_n_m_e_ te ha etiquetado en una foto.

Después de su no a lo de la fiesta de graduación, dudo si debo abrirla.

No hemos hablado mucho estos días.

Yo finjo que sigo normal, claro.

Pero no porque esté normal, sino porque me toca la moral que ella se dé cuenta de que estoy jodido.

Me fastidia que sepa que me importa ese no.

Que no entiendo por qué, cuando intentamos acercarnos fuera de la red, ella se aleja.

Ahora ni siquiera estamos cerca en la pantalla.

Solo fingimos estarlo.

Por eso no siento ganas de mirar esa fotografía.

Porque me da miedo escribir algo en ella que no deba.

O, peor aún, mandar un audio en wasap.

No se deben grabar audios cuando estás rodeado de latas vacías de cerveza.

No se deberían grabar audios nunca.

Porque la voz te traiciona y dices más cosas de las que de verdad crees que estás diciendo.

Dices que te sigues comiendo la cabeza desde que te llevaste ese no.

Que no entiendes qué es lo que falla.

En qué fallas.

Porque está claro que tienes que ser tú.

El problema está en ti.

Está en ese tú que cada día entiendes menos.

Que te gustaría que alguien te dejase cambiar.

Hay gente que lo tiene tan fácil…

Eso piensas.

Eso sientes.

Así lo dices en ese audio donde crees que solo estás respondiendo a la foto donde te acaban de etiquetar.

Esa foto que no abro porque no quiero que la vea Dani.

Ni que me pregunte Aarón.

Además, si la abro, correría el riesgo de revelar la ubicación de nuestro refugio.

Y eso no se puede hacer cuando te persigue todo un ejército de zombis.

Esconderse es la primera norma.

Pero al ver que alguien más se acerca a nosotros a través de las sombras del parque, nos queda claro a los tres que no la hemos aprendido demasiado bien.

—¿Se puede saber qué haces con estos?

Brais zarandea a Aarón mientras su hermano los observa sin la menor intención de interceder por él.

—Eh, tú, capullo. Suéltalo.

Dani va decidido hacia Brais, pero el alcohol ralentiza sus reflejos y es incapaz de esquivar el puñetazo con el que su rival lo tira al suelo.

Me levanto dispuesto a plantarles cara, pero las cervezas —¿cuántas horas llevamos tirados en este banco?— me impiden darme cuenta de que Rober viene hacia mí armado con un palo, con el que me golpea en la espalda con todas sus fuerzas.

—¿Te creías que te ibas a salir con la tuya? ¿Eso creías?

Noto cómo empiezan a patearme hasta que Dani se rehace y es quien, ahora sí, consigue apartarlos con la ayuda de Aarón.

La fuerzas están demasiado igualadas. Si no fuera por la maldita cerveza, no lo estarían.

Si no hubiéramos bebido tanto, a Dani y a mí nos habría sido muy fácil imponernos.

Pero ellos ya lo saben.

Por eso han esperado a esta noche.

Porque los zombis saben bien cuándo tienen que atacar si quieren lograr sus objetivos.

—Dejadnos en paz —les grita Aarón—. ¡Dejadnos en paz de una vez!

—¿O si no qué? —le amenaza Brais.

Aarón no responde y Rober los observa con expresión preocupada. Sus ganas de que su hermano cierre la boca son idénticas a su temor a lo que sucederá si no lo hace.

—¿Vas a denunciarnos? —le grita Brais—. ¿Vas a irte de la lengua? Aarón sigue sin contestar.

—Porque tú ya sabes lo que le pasa a la gente que se va de la lengua…

Y acaba su frase con un gesto que no requiere traducción.

—¿No lo has oído? —reacciono—. Que os larguéis, joder.

Rober finge escucharme. Mira a Aarón con desprecio, pega su rostro al suyo y, justo después, escupe al suelo.

—Para mí estás muerto —sentencia.

Y se marcha del parque con Brais sin decir una sola palabra más. Los tres nos quedamos en silencio, hasta que un wasap en el móvil de Dani lo interrumpe.

—No puede ser…

—¿Qué pasa, Dani?

Está desencajado. Completamente blanco.

—Tengo que irme…

—¿Pero por qué?

—Mejor que no sepáis nada más.

Sale corriendo dispuesto a hacer algo que, por supuesto, no pienso dejar que haga solo.

Porque sospecho quién está detrás de ese mensaje.

Y no tengo ninguna intención de que ese alguien se salga con la suya.

Aarón ni siquiera pregunta adonde vamos. Tan solo me sigue. Convencido de que cualquier lugar al que vayamos y cualquier estupidez que podamos cometer es mejor que seguir machacándose con las palabras de su hermano.

A los tres, por lo que se ve, nos ha quedado claro.

Si acabamos solos, puede que no sobrevivamos a esta noche.
Y los zombis lo saben.

Caulfield_is_back
@Caulfieldisback

29

—Es Aarón.

Por un segundo, ni siquiera hemos sabido de quién se trataba.

Hemos tenido que correr a buscarlo en el listado mental de la gente con quienes hemos compartido aula estos últimos años. Al principio me ha costado identificar en él al chaval al que le amargaron el curso pasado con aquellas pintadas en los baños del insti. Y luego en sus redes. ¿Y si el incendio lo hubiera provocado él?, me pregunto, pero no quiero creer que haya sido Aarón. Me niego a pensar que ha sido una venganza. O una explosión de rencor. Porque, si ha sido así, quizá todos hayamos tenido parte de culpa en ese fuego. Porque tal vez no hemos incendiado un edificio, pero sí a uno de nosotros. Un Columbine. Un asesinato como el de aquel tío que se cargó a su padre reventándole la cabeza con una máquina de escribir. O un tiroteo tan atroz como el de Florida. Uno de esos episodios horrendos que alguien usará para convertimos en carnaza y criticar cómo somos los *millenials*, cayendo en esas generalizaciones que tanto les gustan —lo que no hacemos, lo que no vemos, lo que no leemos, lo que no sabemos—, todas esas mentiras que nos deshumanizan y convierten en un montón de seres anónimos entre psicóticos y enfermos. Alguien que no sabrá que nosotros aún no tenemos nombre, porque nacimos después de esos *millenials* y estamos esperando a que se inventen una etiqueta o, peor aún, una letra para condenar a nuestra generación.

Si somos sinceros, Aarón no formaba parte de nuestro mundo, así que nos hemos esforzado por fingir tristeza, aunque el hecho de que no hayan sonado los nombres de Joel ni de Dani nos ha provocado una alegría difícil de contener. Una de esas sensaciones que te hacen sentir miserable porque no te crees con derecho a estar

bien cuando los hechos te obligan a estar mal. Tampoco ayudaba que el nombre fuera, de repente, tan anónimo. Nadie cercano a nuestro grupo ni con quien hayamos compartido más frases de las estrictamente necesarias en un recreo. Una de esas personas que circulan invisibles a nuestro alrededor y que forman parte del paisaje humano en el que habitamos seis horas al día, cinco días a la semana, nueve meses al año. Demasiado tiempo, supongo. Por eso hay nombres que apenas conoces y rostros que nunca ves, porque para sobrevivir en el instituto necesitas construir un lugar algo más reducido en el que puedas sentirte menos vulnerable. Menos expuesta.

Iris es quien se encarga de hacer el recuento de datos del que ahora mismo disponemos. Y enseguida asociamos a Aarón con esos tíos que merodeaban el Valdés. A partir de ahí soy capaz de sumar algún recuerdo más y, de repente, también caigo en la pelea de Aarón con Joel antes de Navidades. Más de una vez, después de aquello, los he encontrado juntos en el recreo o a la salida de clase, aunque Aarón forma parte de lo que Joel no me cuenta, así que no sé por qué se pelearon ni cómo terminaron acercándose.

—¿Tú lo conoces? —le pregunta Nelson a Bea.

—¿A ese tío?

—A Aarón —digo su nombre a conciencia, intentando impedir que lo convirtamos en una víctima sin rostro.

Bea niega enérgicamente con la cabeza.

—¿Seguro? —insisto.

—No lo he visto en mi vida —responde ante la foto de su Insta que le enseña Iris.

—Esto no tiene ningún sentido —estalla Mikel—. ¿Qué tiene que ver ese tío con todo esto?

—Necesitamos saber quién más estaba con él para averiguarlo.

La voz de Bea ha sonado excepcionalmente fría, como si a estas alturas ya no le quedara ni una gota de compasión en su interior. El cansancio y la frustración acaban de construir en ella una coraza casi tan sólida como la que, en cierto modo, creo que empieza a envolverme a mí. Un escudo que ya ni siquiera estoy segura de que el hallazgo de Joel pueda romper.

—¿Y si lo dejamos aquí?

—¿Hablas en serio, Mikel?

—Antes no estaba claro, pero ahora sí. Ahora sabemos que quienes han quemado el Valdés lo han hecho a propósito. Que se han cargado a un tío de nuestra edad. Y que no van a dejar de hacer lo que sea necesario para conseguir lo que pretenden.

—No podemos dejarlos tirados… —reacciono.

—¿A quiénes? ¿A Dani? ¿A tu amigo Joel? ¿A un tío violento que no ha hecho otra cosa que dar problemas desde que llegó aquí?

—No lo conoces.

—No, claro. No conozco la versión que te ha vendido de sí mismo. Pero sí conozco la que veo en la calle. La versión real. Y con esa me sobra.

—¿Y Dani? —se indigna Bea—. ¿Él tampoco merece que hagamos nada?

—No sé ni quién es —responde Mikel mientras nos mira a todos con la esperanza de que le demos la razón—. Venga ya, admitidlo. Dani nunca os ha importado nada. Igual que a mí. Nuestro grupo solo somos nosotros. Nadie más. Y podéis venirme con movidas de solidaridad y de apertura y de lo que os dé la gana, pero no son ciertas. Nuestro mundo somos los que estamos en él. Los que nosotros decidimos que pueden estar. Los demás no nos caben.

—¿Y eso a qué viene ahora? —Nelson empieza a perder la paciencia y su tono suena mucho más crispado que antes—. ¿Tú quién eres para decidir si merece o no la pena ayudar a Dani?

—No estoy diciendo eso.

—¿Ah, no?

—No nos rayemos ahora —intercede Iris.

—Me rayáis vosotros, ¿no lo entiendes? Me rayáis porque estáis intentando salvar en una noche lo que no habéis hecho antes —Mikel, completamente descontrolado, alza su móvil como si fuera a lanzarlo contra una de nosotras—. Porque si hubiéramos hecho algo más que mirar esta maldita pantalla, a lo mejor no estábamos aquí. A lo mejor habríamos sabido que ahí fuera hay un grupo de gente apaleando a quienes no les gustan. O que Aarón estaba siendo amenazado por alguien chungo y que podría haberle venido bien nuestra ayuda. O que alguien odiaba tanto el Valdés y a su gente que estaba dispuesto a prenderle fuego. Pero para eso habríamos tenido que saber que existían. Y eso no lo sabíamos. Porque estaban los exámenes, y la EBAU, y el qué quieres hacer luego, y hasta el

maldito baile de graduación. Estaba todo eso. Y nada más que eso. Aunque ahora os mole ir de superhéroes y creeros que perseguir a una sombra por toda la ciudad es de valientes. Cuando lo único que vamos a conseguir es ponernos en peligro y que lo mismo alguien acabe pegándonos un tiro. Porque sea quien sea ese segundo cuerpo, no vamos a salvarlo. No va a marcar ninguna diferencia que sigamos o que paremos ahora mismo. Pensadlo, venga. Aún estamos a tiempo de llamar a la poli, contarles lo que hemos averiguado y dejar que sean ellos quienes vayan a esa dirección. A no ser que os muráis de ganas de colgarlo antes que nadie. ¿Es eso? ¿Es eso o no?

Estira el brazo con la intención de arrojar su teléfono contra el suelo, pero Nelson se acerca a él, y, aunque Mikel parece rechazarlo, consigue rodearlo hasta que se deja abrazar. En ese momento, los dos se dan cuenta de que saben mucho más de lo que se han dicho, de que es posible que las imágenes que Nelson cree que no se colgaron sí llegaran a colarse por alguna de esas puertas falsas de la red. O puede que lo haya descubierto esta misma noche —la reacción de Nelson en su encuentro con el Pelirrojo no ha dejado lugar para demasiadas dudas. O incluso que no sepa nada pero sí intuya parte de lo que nadie le ha contado hoy.

Era más sencillo mantenerse firmes cuando no había un nombre, porque entonces la muerte todavía nos resultaba lejana y abstracta, como si esos cuerpos que habían metido en la ambulancia no fueran más que figuras de ficción en una noche irreal. La anonimia nos permitía creemos que todo esto era parte de un guión, escenas que se sucedían en una narración imposible, construida en una distopía donde resurgen las sombras del fascismo y de la violencia. Pero ahora que ya hay un nombre, se desvanece esa sensación de espejismo y todo resulta mucho más frío. Más doloroso. Tan sórdido como la silueta de la ciudad en medio de este amanecer, donde la luz, lejos de hacerla más amable, la vuelve más ajena. Hace unas horas, cuando caía la noche, la oscuridad permitía inventar lo que creíamos ver, mientras que la claridad nos obliga a asumir lo que tenemos delante.

—Si avisamos a la policía —intento convencer a Mikel mientras señalo a Bea con la mirada—, vamos a tener que dar muchas explicaciones.

—Ella no es mi problema.

—Pero es el nuestro —la defiende Iris.

—¿Desde cuándo?

—Desde que ha intentado ayudarnos… Sin Bea no habríamos llegado hasta aquí.

—Porque se siente culpable.

—¿Y te parece poco? —Iris me apoya.

—Me dejáis a cuadros. ¿Ahora vais a defenderla?

—No necesito que nadie me defienda —replica Bea.

—¿Lo ves, Iris? —se aprovecha Mikel—. Has vuelto a quedar como una idiota.

—No sabía que te lo parecía…

—No es eso lo que quería decir.

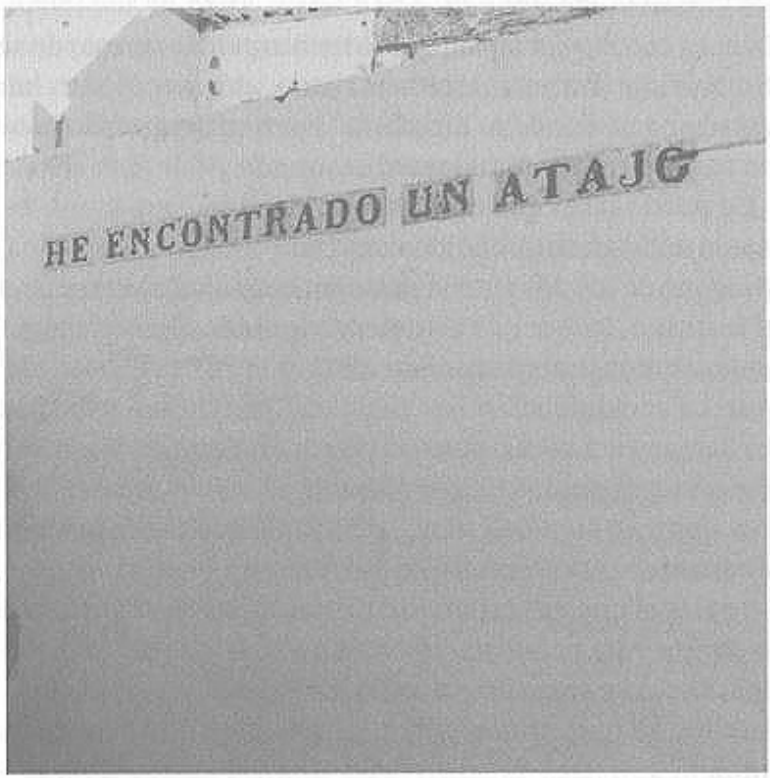
—Solo intento ser justa. Y si eso para ti es ser una idiota, pues muy bien: lo soy.

El sonido de las sirenas nos hace callar a todos.

—Se nos han adelantado —apunta Bea mientras los demás seguimos con la mirada los dos coches de policía que acaban de pasar a nuestro lado.

Estábamos tan absortos que no nos hemos dado cuenta de que se hallaban a tan solo un par de calles de distancia. Ni siquiera necesitamos decir nada: resulta obvio que se dirigen al mismo lugar que nosotros, así que nos ponemos en marcha y nos preparamos para terminar la noche exactamente como la comenzamos: convertidos en testigos de hechos que no podemos evitar. Aunque algo en mí se rebela contra esa impotencia y me exige mantenerme alerta. Porque ignoro qué vamos a encontrarnos, pero sí sé que no quiero volver a sentirme víctima ni que mi silencio me convierta en cómplice. Nunca más.

s_w_a_n_n_m_e



s_w_a_n_n_m_e No existen. No hay atajos. Y si los hay, no llevan a ningún lugar que merezca la pena.

30

Dani ha corrido tan rápido que lo hemos perdido un par de veces.

No ha sido fácil mantener su ritmo, aunque pronto hemos adivinado hacia dónde se dirigía. Un camino demasiado habitual como para no reconocerlo inmediatamente.

—¿Se puede saber qué está haciendo?

Aarón está tan sorprendido como yo.

Ninguno de los dos entendemos por qué salta la verja y se cuela en el instituto. Parece que estuviera buscando algo —o a alguien— y que fuera muy urgente dar con ello.

—¿Se ha vuelto loco?

Lo llamamos a voces, pero no nos oye o finge no hacerlo.

Todo ha empezado con ese mensaje.

Esa alerta en su móvil tiene la culpa de que ahora mismo esté saltándose todas las normas del Valdés.

—De esta sí que nos echan —se ríe Aarón, no sé si por las cervezas o porque está nervioso—. ¿Vamos?

Solo tardo un segundo en responder que sí.

Aunque sé que, si nos pillan, nos va caer una bronca de las grandes.

Y que, con nuestro historial, hasta es posible que nos echen definitivamente.

Pero no podemos dejar a Dani solo.

No hemos llegado hasta aquí para quedarnos a esperar.

Alguien lo ha avisado.

Alguien le ha hecho venir hasta aquí.

Y ese mismo alguien —¿él?, ¿ella?— le ha provocado tanta angustia y tanto miedo y tanta presión como para que haya corrido

sin pensárselo y sin siquiera decirnos qué le sucede.

—Entramos, ¿no? —se confirma Aarón sin esperar a mi respuesta.

Me limito a asentir y los dos nos disponemos a saltar la verja.

Pero justo en el momento en que Aarón comienza a escalar, escuchamos un grito:

—¡Baja de ahí!

Dos individuos salen de las sombras y apenas tardamos un segundo en reconocer a los zombis que acaban de encontrarnos.

—¡Qué bajes te digo!

Rober se lanza sobre su hermano y le agarra con fuerza la pierna, intentando tirarlo al suelo.

Brais, por su parte, viene hacia mí e intenta cerrarme el paso para que no pueda llegar hasta Aarón.

Intento bloquearlo, pero la cerveza ralentiza mis reflejos y es él quien consigue tirarme al suelo con una facilidad que hace que me duela más el orgullo que el cuerpo.

—Y ahora qué, ¿eh? ¿Ahora qué?

Lucho por zafarme, y él deja caer todo su peso sobre mi cuerpo mientras me golpea en el estómago.

Ya ajustaremos cuentas, pienso.

Me protejo de sus puñetazos mientras lucho por librarme de él, a la vez que Aarón hace lo mismo con su hermano.

—¡Baja de una vez!

Pero Aarón, en vez de ceder, consigue librarse de Rober y salta, al fin, la verja.

—¡Aguanta, tío! —me grita mientras corre en la misma dirección de Dani.

Los dos han entrado en el gimnasio del instituto y han roto las cintas con que habían empezado a decorarlo para el baile de la próxima semana.

Por un segundo, veo ante mí el rostro de Laia. Una imagen inoportuna que cruza mi mente mientras Brais se aleja y, completamente desencajado, corre junto a Rober, que llama a alguien desde su móvil.

—¡Paradlo! ¡Paradlo, joder!

Si no supiera que todo está a punto de romperse, me habría levantado del suelo.

Habría corrido hacia Brais.

Hacia Rober.

Me habría lanzado sobre ellos y ahora estaríamos enzarzados en una lucha desigual donde, sin embargo, sí tendría opciones de vencer.

Porque caer al suelo me ha devuelto la lucidez.

Y, sobre todo, la rabia.

Ese sentimiento que lleva tirando de mí desde que todo dejó de ser como era.

Desde que Joel se convirtió en Holden.

Desde que el único motivo por el que merece la pena seguir peleando es esperar que alguien —ella— dé señales de vida. Aunque sigamos lejos.

Tanto, tan lejos…

Si no supiera que este es el finid, no me habría quedado inmóvil. Tirado en el suelo.

Paralizado por el horror de lo que sé que va a suceder.

Porque dentro de mí siento que pasan horas.

Días.

Años.

Siento que el reloj se ha detenido.

Que camina hacia atrás.

Que las agujas se retuercen y me devuelven a otra noche.

A otra ciudad.

Y que el edificio vuelve a derrumbarse sobre el cuerpo de Vega. Sobre mi propio cuerpo.

Pero apenas ha pasado un segundo.

—¡Paradlo! —grita Rober.

Uno.

Dos.

Y…

La explosión suena como debieron sonar los cimientos de aquel edificio cuando se desplomaron.

Tengo que taparme los oídos porque siento que me van a explotar.

Y cierro los ojos.

No quiero hacerlo, pero el instinto se impone a la razón y los tres nos cubrimos, porque soq nuestros cuerpos los que nos ordenan

que sigamos vivos.

El fuego prende enseguida y las llamas devoran todo lo que encuentran a su paso.

Entonces grito.

No sé si grito un nombre.

Puede que esté gritando «Dani».

Que esté gritando «Aarón».

Que solo sea una voz que, en realidad, no dice nada.

Es como si ahora mismo no estuviera aquí.

Lo veo todo desde un lugar donde esto no ha ocurrido.

Un espacio en el que siento que me miro desde fuera.

Lejos.

Convencido de que esto no me está sucediendo: es la escena, es la macabra escena de una película.

Rober parece que intenta saltar también la valla, pero Brais lo agarra y, contra su voluntad, se lo lleva lejos de aquí.

—Vámonos, tío… Vámonos.

Brais tiene que hacer verdaderos esfuerzos para lograr que Rober se mantenga en pie.

Y yo los veo marcharse sin saber si alguna vez me perdonaré lo que acaba de pasar esta noche.

¿Debía haber sido yo?

Me pregunto si era a mí a quien querían allí dentro, corriendo tras Dani.

O si solo lo buscaban a él.

Lo que está claro es que no perseguían a Aarón.

Pero Rober no podía imaginar cómo acabaría todo.

Sigo sereno.

Creo.

Estoy sereno porque continúo mirándolo todo desde un lugar donde no ha sucedido.

Joel está ahí, sí.

Tirado en el suelo.

Gritando.

Pero Holden ya no.

Holden se pone en pie y sale corriendo antes de que llegue la policía.

Holden se viene conmigo. Encerrado en esta voz que no es la

suya.

Con la imagen de Dani.

Con el salto de Aarón.

Y me deja que sea yo quien conduzca sus pasos.

Porque ahora, mientras el fuego lo destroza todo, ya no queda en mí ni rastro de alcohol.

Ni de ese parque donde, a pesar de todo, parecía que sí había un futuro.

Ahora solo siento rencor.

Urgencia de venganza.

Necesidad de llegar a quienes sé que han organizado esto.

Dani llevaba unas semanas muy extraño. Debía estar a punto de hacer algo que los ha puesto muy nerviosos. Así que decidieron aliarse con Brais y los suyos —porque quienes manejan los hilos están lejos de aquí, más allá de estas calles donde solo nos llega su violencia— para acabar con dos problemas a la vez.

Y sé, mientras cruzo la ciudad en su busca, que era a mí a quien esperaban esta noche.

Lo lógico es que Dani acudiera a su llamada —a ese mensaje trampa cuyo contenido ni siquiera me hace falta conocer— acompañado de su único amigo.

Así acababan con la amenaza que suponía Dani y daban una lección a quien les estaba arruinando el negocio.

Nadie esperaba a Aarón.

Él no tenía que haber estado allí.

Pero estaba.

Nadie contaba con que era mucho mejor tío de lo que creían.

Uno de esos héroes que sí entrarían en un edificio en llamas.

Y mientras sigo corriendo, pienso qué voy a hacer.

Y me trago las ganas de llorar.

Y de seguir gritando.

No hay tiempo para eso.

La noche acabará pronto y tengo que aprovechar cada minuto si quiero vengarme.

Y eso mismo, cueste lo que cueste, es lo que voy a hacer.

Caulfield_is_back
@Caulfieldisback

"Muchas veces me imagino que hay un montón de niños jugando en un campo de centeno. Miles de niños. Y están solos, quiero decir que no hay nadie mayor vigilándolos. Solo yo. Estoy al borde de un precipicio y mi trabajo consiste en evitar que los niños caigan en él." #Salinger #H

31

—¡Suéltalo! —grita un policía, megáfono en mano—. ¡Suéltalo y mantente quieto con las manos en alto!

Joel los mira con una expresión que no sé si tiene más de desafío o de desconcierto. Acorralado, inmoviliza a su víctima —un chico rubio y alto mucho más delgado que él— y le retuerce su brazo izquierdo a la vez que parece estar a punto de asfixiarlo con el derecho. Desde aquí parece que solo necesitara hacer un último movimiento para romperle el cuello, y los policías intentan evitar que eso suceda mientras mantienen sus armas apuntando en la dirección donde se encuentran ambos.

Nos mantenemos lo suficientemente lejos como para que los oficiales puedan vernos, y tratamos de pensar si debemos intervenir o no en una situación que excede, con mucho, lo que esperábamos. Si hubiésemos llegado antes. Si ellos no estuvieran aquí. Si hubiera sido posible hablar con él a solas… En nuestra cabeza dan vueltas cientos de inicios posibles de otros tantos condicionales inútiles, porque de nada sirve ahora imaginar cómo habría podido ser lo que, ahora mismo, ya es.

Debería sentir alivio. Eso es lo que me habría gustado experimentar al saber que Joel no estaba en el incendio. Que ha pasado la noche recorriendo la ciudad, igual que nosotros, buscando a quienes cree culpables de que dos personas hayan sido víctimas de un fuego provocado. Bea, nada más verlo, se ha derrumbado. La presencia de Joel no nos deja demasiadas dudas sobre la identidad del segundo cuerpo. Así que, mientras ella repetía entre sollozos el nombre de Dani, Nelson e Iris han intentado calmarla, alejándola lo suficiente como para que la policía no descubra aún nuestra presencia aquí. Yo he preferido mantenerme a cierta distancia,

convencida de que ahora mismo lo último que necesitamos es que yo también me deje llevar por la histeria.

—Suéltalo y no te pasará nada.

Sus voces suenan tan poco convincentes como sus palabras. Joel se mantiene inmóvil, apretando el cuerpo de su rehén y consciente de que, en el momento en que lo suelte, todo habrá terminado. Me pregunto si intentará salir corriendo, si será tan ingenuo como para pensar que aún hay salida, y temo que para frustrar esa huida acabe escapándose alguna bala. Imagino las opciones y todas me resultan infames. Profundamente dolorosas. La bala que le provoca una lesión irreversible en su espalda. En sus piernas. En ese cuerpo que entrena hasta la extenuación y sin el que dejaría de ser él mismo. O, peor aún, la bala que acierta con el órgano vital. Que detiene los latidos de su corazón. Que acaba con la vida de quien intenta salvarse de las llamas en las que ha muerto —¿es Dani quien ha muerto?— uno de sus pocos amigos. El único, quizá.

Mikel se mantiene a mi lado mientras Nelson e Iris buscan un lugar donde tender a Bea, que ha estado a punto de desmayarse a causa de la presión, además de que dudo que haya ingerido nada sólido en las últimas veinticuatro horas. Cuando esto haya acabado, necesitará ayuda, me digo, y pienso en Alba, que le diga lo que le está pasando y que le confiese cuál es la realidad que se oculta bajo ese @brokenwindow que tan familiar me resulta. Pero ahora no hay tiempo para eso. Ahora Mikel y yo asistimos a uno de esos momentos que recordaremos el resto de nuestras vidas y donde nos preguntamos qué deberíamos, qué podemos hacer. Siento que el miedo se adueña de cada centímetro de mi piel y todo lo que encuentro dentro de mí me paraliza. Las emociones, que temen verse comprometidas por una acción irreversible; las ideas, que me avisan del peligro de inmiscuirme en una situación que nadie me ha preparado para afrontar; las expectativas, que se alinean en torno a un futuro lejos de este presente lleno de violencia. Todo en mí me aleja de una posible intervención. Todo salvo la llegada a mi móvil de una imagen que, esta vez sí, es una publicación programada.

Una fotografía que se publica en la cuenta de Twitter de @caulfield_is_back y en la que incluye una cita de la novela a la que le robó su nombre. La reconozco, claro, porque es uno de esos fragmentos que se te graban dentro para siempre y de los pocos que

creí entender de verdad cuando atravesé las páginas de ese libro, intentando conocer a Joel a través de Holden. No son iguales. Ni siquiera creo que se parezcan. Pero él ha encontrado una máscara con la que fingir que es alguien diferente, para que no hieran a la persona en que intenta convertirse.

Muchas veces me imagino que hay un montón de niños jugando en un campo de centeno. Miles de niños. Y están solos, quiero decir que no hay nadie mayor vigilándolos. Solo yo. Estoy al borde de un precipicio y mi trabajo consiste en evitar que los niños caigan a él. *#Salinger #H.*

Es su disculpa. Lo sé. Y me sumerge en una nueva contradicción pensar que, antes de dejarse llevar por la violencia que lo ha dominado esta noche —la misma que le ha hecho destrozar todo lo que ha encontrado en la casa okupa, atacar al Pelirrojo y estar a punto de matar a alguien más delante de cinco policías—, ha tenido un minuto, no sé cuándo ni cómo, para preparar algo parecido a una despedida. Una forma de intentar explicarse y dejar claro que su único fin esta madrugada era hacer pagar a quienes han empujado a las víctimas más allá de ese precipicio que él hubiera querido custodiar. Releo su tuit y encuentro una siniestra lógica en el mensaje de Joel que, seguramente, no sería capaz de interpretar sin todos los anteriores. Sin cada canción. Sin cada fotografía. Sin cada cruce de palabras en ese código que hemos inventado juntos.

—¿Qué estás haciendo, Laia?

Mikel intenta detenerme, pero ya es demasiado tarde. Me escabullo sin demasiada dificultad y, con los brazos en alto, me acerco al círculo policial que rodea a Joel.

—¡Aléjate! —me avisa una de ellos—. ¿Me estás oyendo? ¡Aléjate!

—Lo conozco —respondo tan alto como es posible y me sorprendo al darme cuenta de que, a pesar del miedo, no me tiembla la voz.

—¡No des un paso más! —la agente sale corriendo hasta mí y me impide que me siga acercando—. ¿Te has vuelto loca?

—Puedo ayudar.

—Tienes que marcharte.

—Puedo ayudar —repito.

—Déjanos hacer nuestro trabajo.

—Solo quiero hablar con él.

—Es peligroso.

—No está armado.

—Podría estrangular a ese chico. O atacarte a ti.

—Jamás haría eso.

—Lo está haciendo.

—Dejadme hablar con él.

—No podemos permitir que te acerques.

—Por favor…

—No nos lo pongas más difícil.

«Estoy al borde de un precipicio y mi trabajo consiste en evitar que los niños caigan a él».

Sé que estoy caminando por el filo de ese precipicio, y si no evito su caída tendré que convivir con la culpa el resto de mi vida. Así que, con los brazos en alto, echo a correr esquivando a la policía que rodea a Joel. La agente intenta detenerme, pero mi reacción la sorprende de manera que, cuando intenta cerrarme el paso, ya es demasiado tarde.

—¡No disparéis! —grita a sus compañeros—. ¡No disparéis!

Si pienso en lo que estoy haciendo, podría acabar siendo víctima del pánico, así que no lo hago. Actúo con la mirada fija en lo que pretendo evitar. Con la urgencia de impedir que Joel cometa una equivocación fatal. Porque esta no es una de esas peleas ilegales de las que no me hablaba y en las que no me resultaba difícil imaginar su presencia. Las magulladuras que ocultaba con mangas con las que casi tapaba sus manos. La mirada enrojecida y el gesto dolorido a causa de los golpes. La sudadera XL con la que, más que esconder su musculatura, camuflaba los moratones.

—¿Qué haces aquí? —me grita—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

El chico al que sostiene entre sus brazos balbucea algo. Imagino que está pidiéndome ayuda, pero soy incapaz de entender lo que dice mientras Joel aprieta con saña su cuello.

—Suéltalo, por favor… Deja que se vaya y haz lo que ellos te digan.

—Ellos van a por mí.

—Eso no es verdad.

—Vete de aquí, Laia. Por favor.

—No pienso irme sin ti.

—No sabes lo que dices.

—Deja que se vaya.

—¿Ves lo que dice, Tarantino? —le grita—. Me pide que te suelte. Pero es que ella no sabe lo que has hecho, ¿verdad? ¿Se lo contamos? ¿Se lo cuentas tú, cabronazo? ¿Quieres explicárselo?

Su víctima vuelve a intentar hablar, pero la presión de Joel hace que sus palabras resulten ininteligibles. Le cuesta respirar, y temo que en cualquier momento pierda el conocimiento.

—Ha sido él, ¿sabes? Ha sido él quien se ha encargado de que Dani estuviera allí dentro. Con un maldito mensaje…

—Díselo a la poli. Que se encarguen ellos.

—¿Te crees que van a escucharme? ¿A mí? No, esto tengo que resolverlo yo…

—Joel, por favor.

—Mira cómo tiembla ahora… ¿Qué pasa? ¿Ahora ya no eres tan valiente como detrás de tu ordenador? Se te da bien *hackear* móviles, ¿verdad? Se le da tan bien que le ha mandado un wasap a Dani con el número de Bea. Tú no sabes quién es Bea, Laia, pero no importa. No pasa nada porque no sepas quién es Bea. En esta maldita ciudad, nadie sabe quién es nadie.

—Tienes que calmarte. Joel, por favor…

De repente, un timbre que suena al unísono en nuestros teléfonos nos interrumpe. El mismo que parece que ha llegado a los móviles de Nelson, Iris y los demás, a quienes veo hablar con los policías que nos apuntan para convencerlos de que esperen unos instantes más antes de actuar. La agente con quien he hablado antes intenta apaciguar los ánimos de sus compañeros y les pide que me den una oportunidad que, ahora mismo, no sé si voy a ser capaz de aprovechar.

Joel me expresa con su mirada la misma pregunta que estoy haciéndome yo. Los dos sabemos que esa notificación simultánea no ha podido ser casual. Puede proceder de uno de los grupos de wasap que compartimos. O de una suscripción a algún canal común. O de la cuenta de @lxsdelValdés, que presumen de ser siempre los primeros en divulgar cualquier noticia relativa a nuestro instituto. No sé qué dirá ese mensaje. O ese tuit. O esa nueva publicación en YouTube. No sé qué información se oculta tras esa llamada de

alerta, pero temo que, sea la que sea, provoque una reacción en Joel que resulte imposible de evitar. Está a solo un paso más de perder para siempre el equilibrio.

—No lo mires —le pido a Joel, que busca su móvil en uno de los bolsillos de su pantalón—. Por favor, no lo mires.

Desde lejos observo cómo Iris alza sus brazos y los cruza en el aire, dibujando, con expresión de terror, un gigantesco no. Puedo adivinar el mismo miedo en los rostros de los demás, que me avisan de que no debemos mirar la pantalla del teléfono. Por suerte, Joel parece no atinar con él, debido a las contorsiones que le obliga a hacer el chico al que sigue aprisionando, que intenta zafarse aprovechando el segundo de confusión que ha provocado la irrupción de las alarmas.

—Mírame a mí —improviso—. Olvídate del móvil y mírame a mí, Joel.

Alza su vista y nos encontramos en ese lugar que solo nosotros conocemos. Ese espacio donde, a pesar de que la vida duele, resulta posible dar con motivos para seguir respirando. Ese tramo de realidad que ya hemos atravesado antes y que, cuando cambiamos nuestros nombres, nos prometimos que íbamos a transitar juntos. Entonces es cuando al fin lo tengo claro. No voy a poder traerme de regreso a Joel. Pero sí a Holden.

—No voy a volverme sin ti… Eso lo sabes. No voy a marcharme de aquí sin ti, Holden.

Él no responde, pero escuchar su verdadero nombre provoca un efecto inesperado y abre, por primera vez en esta noche, una cierta esperanza. Él concentra todos sus esfuerzos en impedir expresar cualquier tipo de emoción, mientras, ahora que lo ha encontrado y ha vuelto a someter a su víctima, juguetea con su teléfono sin, de momento, llegar a mirarlo.

—No nos hemos esforzado en inventarnos para perdernos.

—¿Y si no podemos inventarnos? ¿Y si solo somos lo que nos han dicho que íbamos a ser?

No sé qué responderle, así que me limito a decir la única palabra a la que ahora mismo le encuentro algún sentido.

—Holden.

Trato de escuchar cómo suena en mí. De dibujar entre él y yo todo lo que sabemos que significa cada una de sus letras.

—Holden.

Y confío en que, al oírme, él también piense en lo que nos ha traído hasta aquí y en los lugares donde a los dos nos gustaría estar en un futuro.

—Holden.

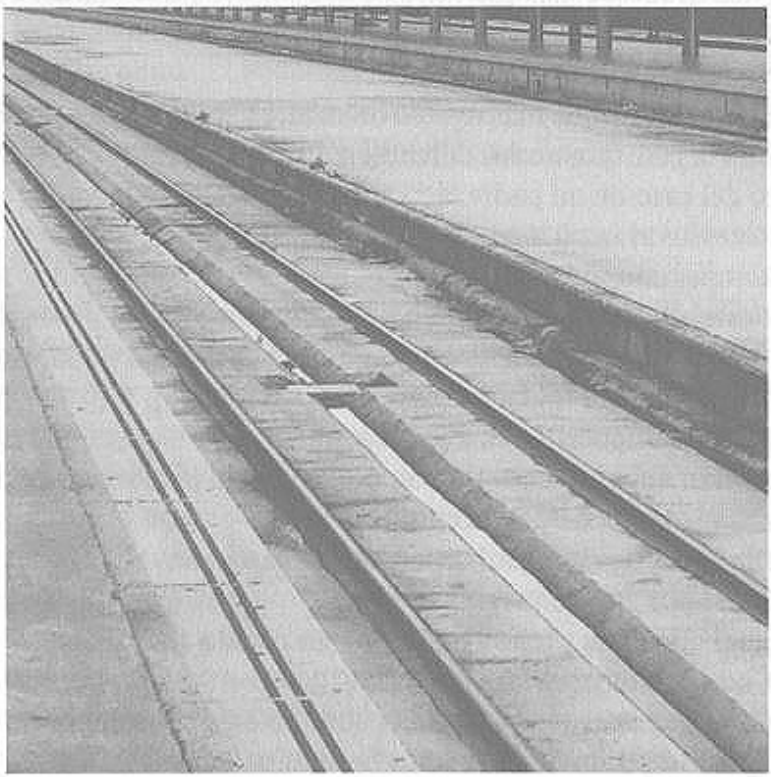
Repito su nombre como si fuera el verso de un conjuro con el que espero que se restaure el orden. Y justo cuando él intenta responderme algo, es derribado por tres agentes que, aprovechándose de que toda su atención estaba concentrada en mí, han conseguido acercarse por los laterales sin que nos diésemos cuenta. Dos de ellos se hacen con él mientras otro se lleva al chico a quien ha estado a punto de ahogar. Todo sucede tan deprisa que apenas tengo tiempo de asimilar lo que está ocurriendo. Los gritos. Las patadas. Los movimientos bruscos con que Joel intenta escapar de la policía, que lo arrastra hasta el coche donde lo llevarán a comisaría. La oficial que antes habló conmigo se acerca a mí y, aunque no estoy muy segura de lo que me ha dicho, también la sigo y me meto con ella en un segundo coche. Aún incapaz de reaccionar, solo le pido que, por favor, me permitan avisar a mi madre. No quiero que se preocupe más, me justifico, y ella accede a dejarme utilizar mi propio móvil para hacer esa llamada.

Cuando lo saco, veo cuál era el mensaje de @lxsdelValdés que nos aguardaba a todos en la pantalla. A través de las ventanillas, Iris y Mikel me gritan que van también a la comisaría. No te vamos a dejar sola, creo leer en los labios de Nelson mientras abraza a Bea, que se ha derrumbado por completo tras conocer la noticia.

Ya tienen el nombre del cuerpo que hallaron sin vida en el incendio.

Se llama Dani.

s_w_a_n_n_m_e



s_w_a_n_n_m_e Hoy empieza el viaje. Elige tú la música. Yo buscaré el destino #HyS #JyL

32

Tranquilo.

No te va a pasar nada.

Esa es la frase que más repiten mi madre y mi abogada estos días.

Solo le pedí que no me defendiera la misma persona que se encargó del caso de mi padre.

Necesito avanzar.

Romper con todo.

Y esta abogada es muy buena. Eso dicen.

Aunque cuando insiste en que no me va a pasar nada, siento que me hierve la sangre.

Porque tampoco les va a pasar a ellos.

No han encontrado a Héctor, que sigue en paradero desconocido desde la noche del incendio.

Y la gente de su organización se ha evaporado.

Como por arte de magia.

Igual que Brais y los suyos. Solo han cogido a Rober.

Y no sé si lo habrá largado todo.

No sé qué cuentas a la policía cuando eres consciente de que has estado a punto de matar a tu hermano.

Aarón saldrá de esta (dicen).

Los médicos son optimistas (parece).

Pero cuando lo vi en el hospital, conectado a esas máquinas, me dio la impresión de que ya no era él. Como si hiciera mucho tiempo que no estuviera allí.

No te va a pasar nada, me intenta tranquilizar Diana.

Es una buena abogada (insisten).

La mejor (me aseguran).

Y a mí, más que pedirle que me defienda, me gustaría rogarle que los encierre a ellos.

Tienen al Pelirrojo, sí.

Y a Tarantino.

Pero faltan quienes lo organizaron todo.

No saben nada de Héctor. Ni de Brais. Ni de la gente que tienen por encima. Los tipos con traje que manejan sus hilos desde algún despacho donde blanquean el dinero sin que nadie se entere. Los que se lavan las manos después de llenarse los bolsillos con la pasta que ganan con la sangre ajena.

Y eso es lo que de verdad me duele.

Se les han escapado los que podrán empezar de nuevo con toda esta basura en otro sitio.

Con otra gente.

No les costará demasiado reunirlos.

Unos cuantos mensajes en las redes adecuadas.

Alguien que los ayude con los bots.

Una banda de esbirros fieles y lo bastante descerebrados como para comprar su veneno. Más soldados y nuevos cuarteles donde colocarlos. No es tan difícil. La culpa está ahí fuera, les dirán. La culpa de nuestra mierda es siempre de los otros.

Diana dice que lo van a tener mucho más complicado, aunque todavía no sepan dónde están ni haya ni rastro de Héctor en los archivos policiales.

Aunque, a pesar de que los hilos se hayan hecho visibles, resulte difícil demostrar la relación entre AC y el tráfico de drogas en el barrio, pues de momento no ha aparecido ni una sola prueba física que vincule a Héctor y a Brais.

Aunque no hayan encontrado evidencias de que fueran ellos quienes provocaron el incendio y tengamos la impresión de que, si la investigación no avanza, acabarán saliendo impunes de casi todo.

Hay palabras que son un maldito obstáculo.

Y «aunque» es una de ellas.

Hay demasiados «aunques» en este caso.

Tranquilo (me repiten).

No te va a pasar nada.

Pero no entienden que lo que me preocupa no es lo que me pueda pasar a mí.

Lo que me destroza es que no les pase nada a ellos.

Lo que me rompe es pensar en Dani.

O visitar a Aarón.

Y no saber si también me tengo que culpar a mí por lo que ha sucedido.

»Si basta con acusar a quienes prendieron las llamas o si tengo que sentirme responsable por algo que jamás va a dejar de dolerme.

Eso lo tienes que decidir tú, me dice Laia.

Su forma de consolarme es diferente.

Ni intenta que me calme ni le resta importancia.

Tampoco me promete un futuro donde todo va a ser mucho más sencillo ni me dice que ya pasará.

No me asegura que esto acabará cayendo en el olvido.

Eso solo lo puedes decidir tú, me escribe.

Y entonces entiendo por qué nos sentimos tan cerca.

Por qué creo que si hay algún tipo de futuro esperándome, ese tiempo tiene que ver con ella.

Al final no hubo baile.

El acto de graduación fue sobrio y triste.

Los nombres de Dani y de Aarón sobrevolaron todos los discursos, aunque en realidad nadie supiera bien quiénes eran.

Tuve que morderme la lengua ante la hipocresía de los que se fingían destrozados por la ausencia de dos personas a las que jamás habían mirado a la cara.

Se nos da bien disimular.

Interpretar la tragedia.

Y las redes del Valdés se han llenado de *hashtags* de apoyo.

De lazos negros.

De imágenes con las que intentan hacer un homenaje a las víctimas (dicen).

Todos han corrido a rescatar esa foto de grupo que se hicieron en l.º o 2.º de ESO y donde, en una esquina, se los ve junto a Dani. O cerca de Aarón.

No les importa que ellos dos ya no estén.

Les importa contar que nosotros sí estuvimos.

Yo lo conocí (escriben).

Yo estaba allí (aseguran).

Yo fui a su clase (presumen).

Y me contengo para no estallar de rabia.

Para no gritar que yo sí lo conocía.

Yo sí estaba.

Yo sí fui (soy, quiero escribir SOY) su amigo.

Pero cuento hasta diez. Y me contengo.

De momento, me cuesta.

Puede que alguna vez me cueste menos, eso me ha dicho Alba.

La culpa es de Laia, que me ha hablado muy bien de ella.

Me ha hablado tanto que he acabado accediendo.

Que vayas a terapia es bueno para el juicio, insiste Diana.

Y mi madre, de repente, está de acuerdo en algo.

Algo en lo que (eso piensa) ya no me parezco tanto a mi padre.

Lo que no les cuento —ni a Alba, ni a Diana, ni tampoco a mi madre— es que, en realidad, lo que me está ayudando no es solo la terapia.

Ni el tiempo.

Es mentira que dejar que pase el tiempo sirva de algo.

El tiempo es solo tiempo. Y se acumula hasta que pesa tanto que no te deja respirar.

Por eso hay que hacer algo (creo).

Por eso dejo que ella me ayude a hacerlo (elijo).

Por eso ahora ya no solo hay canciones en Spotify.

Ni anónimos en el ThisCrush.

Ni fotos en el Insta.

Ahora, a veces, entre Laia y yo hay llamadas de teléfono de casi dos horas.

Y ratos en el banco que hay detrás de su casa.

Y miradas que duran una tarde entera, porque no necesitan más palabras.

Dejo que me hable de su mundo.

De cómo ha conseguido que Bea le cuente la verdad a su familia y la lleven al mismo hospital donde estuvo internada ella. De cómo le duele pensar que usaron su número para hacer creer a Dani que se hallaba en peligro, que le estaban haciendo daño, que necesitaba que corriera en su ayuda, cuando lo único que iba a encontrar al final del camino era una maldita trampa.

Y hablamos de Nelson y de Mikel, que a pesar del horror que hemos atravesado todos, están más unidos que nunca. Más fuertes

aún que antes.

Y de Iris, que ha triplicado los seguidores de su canal de YouTube después de colgar en él, «en exclusiva», las imágenes de esa noche que nadie sabía que estuviera grabando.

Está en su derecho (supongo).

Laia y yo hablamos mientras la miro y me aferró a ella con la esperanza de que esto que tenemos ya no desaparezca.

Y me prometo que me voy a esforzar por seguir aquí.

Por no alejarme.

Que voy a intentar encontrar palabras para contarme.

Escribiré lo que nos ha sucedido (me propongo). Y ella se anima a hacer lo mismo. Intentaremos que las heridas duelan menos vendándolas con palabras y buscando el modo de relatar lo que ella vivió en una noche. Lo que yo he sentido en un año. Dos pesadillas que, en realidad, han durado lo mismo, aunque el tiempo físico nos engañe y pretenda desmentir al emocional.

A ella se le dan mejor las palabras. Pero eso no importa. Yo también encontraré la manera.

Aunque tenga que hacerlo a golpes.

Como si estuviera trabajando en una de las esculturas a las que tan poco tiempo les he dedicado este año.

¿Y para eso tanto buscar un instituto de artes? (Mi madre).

Con las palabras tendré que hacer igual.

Lanzarlas a golpes.

A dentelladas.

Y tratar de que lleguen a ella hasta que sintamos que no hay nada que nos aleje.

Hasta que alguna de esas tardes, mientras habla (mientras yo la miro), sea ella la que acerque su mano, aproxime su cuerpo y sienta la necesidad, la misma necesidad que a mí me quema, de dejar que su piel hable con la mía.

Pero eso, de momento, aún no ha sucedido.

Esperaré.

Seguiré en este banco.

Con la memoria dolorida, llena de los días de verano con Vega, de las tardes en el gimnasio con Dani, de los recreos en el club de los cinco con Aarón.

La memoria llena de llagas. Y la mirada atenta.

Fija en Laia.

En los días por venir.

En ese abrazo, en esos cuerpos que se enredan, que se retuercen como si fueran uno de los cuadros de Schiele.

Una de las imágenes que siguen presidiendo mi perfil y que tanto impresionaron a Laia la primera vez que se lo enseñé.

Seguiré aquí, con la mirada puesta en ese momento que, alguna vez, ocurrirá.

Ese momento en que sentiré su cuerpo. Y nos uniremos en un beso muy largo. Un beso que parecerá eterno porque no querremos separarnos, e incluso cuando lo hagamos, cuando estemos de nuevo mirándonos, frente a frente, sentiremos que seguimos besándonos. Profundamente.

Para conseguirlo, solo tenemos que lograr atravesar juntos este desierto.

Esperar a que no nos duela tanto decir el nombre de Dani. A que salga del hospital Aarón.

Aprender a no preguntarnos por qué la muerte es tan injusta. Por qué el azar tan cruel.

Y seguir caminando, porque si no nos detenemos, si no dejamos que nos obliguen a rendirnos, ese instante en que la vida vuelva a parecer vida sucederá.

NANDO LÓPEZ Es novelista, dramaturgo y doctor *cum laude* en Filología Hispánica. Nació en Barcelona el 28 de junio de 1977. Durante años ha sido profesor de Lengua y Literatura de Secundaria y Bachillerato. Desde joven se sintió atraído por el teatro, y en sus años universitarios participó en montajes como autor y como director, llegando a crear su propia compañía teatral con la que estrenó sus primeros textos. Con el tiempo, ha sabido conjugar su pasión por la literatura, el teatro y la enseñanza. Autor de relatos y de varias novelas, le llegó el éxito con *La edad de la ira*, finalista del Premio Nadal 2010, texto que él mismo adaptó más tarde a lenguaje teatral y que recorrió los escenarios españoles. Como dramaturgo, ha versionado textos clásicos, como *Las harpías en Madrid*, presentada en el Festival Internacional de Teatro Clásico de Almagro, o *Tito Andrónico*, estrenada en el Festival de Teatro Clásico de Mérida. En cuanto a sus obras originales, muchas de ellas de temática juvenil, han podido verse en escena en España y en otros países, como Chile, México, Costa Rica, Estados Unidos, Venezuela y Panamá. Como autor de literatura infantil, ha sabido acercar el teatro a los más pequeños con títulos como *La foto de los 10.000* me gusta en la colección El Barco de Vapor. Como autor de novela juvenil, en sus textos gusta tratar temas como la inclusión, la homosexualidad, el acoso escolar y el impacto de las nuevas tecnologías, como muestra En las redes del miedo. En la actualidad,

compagina la creación literaria con la docencia.